Escríbeme una foto

David Torrejón



EDICIONES DE LA DISCRETA

Luis Almansa pide a sus alumnos del taller literario de Albalajara que escriban un relato a partir de una vieja fotografía encontrada en una almoneda. Los alumnos aceptan y le retan a él, como escritor con experiencia, a que escriba también su relato de la foto. El atribulado profesor se cruza con un hilo que, aparentemente, es el de la verdadera historia. Todo parece indicar que al final del hilo aguarda una recompensa inesperada, pero no tardaremos en descubrir que se trata de un regalo envenenado.

David Torrejón da voz narrativa a cuatro personajes, tres alumnos y su profesor, para desgranarnos cuatro historias tan diferentes como lo son sus autores. Pero aún hay más historias, más versiones que glosan la fotografía que es el motor de esta narración coral y representan formas distintas de literatura, que el lector encontrará en la página de Facebook 'Escríbeme una foto'.

«Un intrigante y atractivo juego de cajas chinas que arrastra página tras página al lector hasta un sorprendente final». Gervasio Posadas (escritor).

«Editado por Ediciones La Discreta, el libro está bien. Podía haber aparecido sin mácula en Ediciones La Soberbia. Arranca con una prosa clara y una idea cabal sobre los talleres literarios, creando varios personajes —profe y talleristas— que luego se enzarzan en una especie de justa creativa». Alberto Olmos (escritor, crítico, y autor del blog Malherido).

«Escríbeme una foto es un concierto: cada instrumentista intenta dar lo mejor de sí en aras, paradojas de la vida, de la armonía del conjunto: esta novela, en la que el director es el lector. Toma la batuta y disfruta de esta gran obra que siendo una son muchas». Javier Guzmán (escritor).

«Si cada novela de David Torrejón es distinta a las demás, en esta consigue que cada relato sea diferente a los demás, tanto en fondo como en forma. Y esto no es nada fácil. Estamos hartos de escuchar, y de comprobar, que cada escritor escribe siempre la misma novela. En su caso, no ocurre esto». Carmen Jimeno (escritora y periodista).

«Hacia el final de *Escríbeme una foto,* en una escena de apariencia trivial, hay un momento mágico que nos induce a revisar todo lo leído. Pero no se alarmen, es un libro de espíritu burlesco, juguetón, que no tramposo, y todo —los cinco o seis mundos que desfilan ante nuestros ávidos ojos— forma parte de un recto plan que nos conduce a un final redondo». A.S. Lorenzo (autor del blog Cita a las Diez).

Escríbeme una foto

David Torrejón

Título: *Escríbeme una foto*
Primera edición: 2014
Primera edición digital (revisada): 2017

Coordinación editorial: Paloma González Rubio
Realización de cubierta: Tamarán Junco
Diseño de la colección: Tamarán Junco
Diseño gráfico: Juan Varela-Portas

Ediciones de la Discreta, S.L.
C/ Arroyo de los sauces, 14, 3º-2
28430 Alpedrete (Madrid)
Tel.: 91-8515083; 625555882
www.ladiscreta.com
administracion@ladiscreta.com

Si no buscas lo inesperado,
no lo encontrarás
porque es penoso y difícil hallarlo.

Heráclito

Índice

Prólogo a las 17:30 horas

Acabo de vender mi alma al diablo. El diablo es una mujer de alrededor de treinta años, su cuerpo es digno de una modelo y acaba de salir de mi apartamento muy satisfecha por el resultado de nuestro acuerdo. A partir de mañana estaré más cerca de conseguir lo que deseo pero, a cambio, no volveré a escribir una sola palabra que pueda considerar realmente mía. Por eso quiero aprovechar mis últimas horas de libertad, para contar cómo ha ocurrido todo.

UNO

Albalajara, junio de 2008

Al principio las cosas no fueron tan mal: diez incautos se inscribieron en mi taller de escritura creativa lo cual, me dijeron, estaba muy bien para una primera convocatoria. Pero, a partir de ahí, todo se desarrolló de la peor manera posible. O al menos de una bastante mala.

El primer día que me enfrenté a esa mezcla heterogénea de seres humanos, tan alejada de la uniformidad a la que estoy acostumbrado como profesor de Lengua española y Literatura en un Instituto de Enseñanza Secundaria, comprendí enseguida que no había sido una buena idea. Era una de esas ocurrencias que suenan bien como proyecto —abrir un taller de escritura creativa que me aliviara del tedio de mi monótona vida— pero que llevadas a la práctica revelan tantos inconvenientes que querríamos abandonarlas rápidamente, de ser posible. Pero no lo era. Tanto le había insistido para que convocase el taller a mi amigo de la infancia Ramón Donoso, ahora concejal de Cultura y Festejos de Albalajara, la ciudad que me había visto nacer hacía casi cuarenta años, que tuve que rechazar a regañadientes la idea de desertar. Tenía por delante cuatro meses en compañía de, según fui sabiendo luego, un militar retirado, dos amas de casa amigas y unidas en su adoración a Isabel Allende, un ingeniero industrial, una funcionaria feminista, una artista plástica argentina, una joven casada con un miembro de la alta burguesía local y, finalmente, un grupo de tres prejubilados de un banco, dos mujeres y un hombre, que habían compartido sucursal durante veinticinco años y ahora estaban dispuestos a seguir todos los cursos que ofrecía la Casa de la Cultura albalajareña. Probablemente terminarían antes de lo que pensaban, porque la crisis estaba reduciendo la oferta a una velocidad mucho mayor que la suya consumiéndola.

Y allí estaban, mirándome como a un bicho raro. Profesor, autor de dos novelas perfectamente olvidadas desde el mismo día en que fueron distribuidas, preguntándose si yo sería ese capaz de hacer de ellos un proyecto de escritores. Y allí estaba yo, recorriendo sus rostros, convencido de que el fracaso era mi único destino. A pesar de todo, intenté empezar bien y tras la introducción que tenía preparada acerca del contenido del curso y los caminos que transitaríamos para excitar su creatividad literaria, terminé con un discurso improvisado alrededor del argumento de que hay tantas literaturas como personas.

—Como en la pintura o en la música, en la literatura estamos en el terreno de los gustos y las emociones, y ustedes saben ya de sobra que no a todos nos gustan ni nos emocionan las mismas cosas. Eso no va a ser nunca motivo de discusión en esta clase, ni por mi parte, ni espero que por parte de ustedes cuando les pida que comenten los trabajos de otros compañeros.

Pero, a continuación, hice una declaración de principios que tendría consecuencias impredecibles.

—También les anuncio lo siguiente: una cosa son los gustos y otra muy distinta la calidad. La calidad de un texto es un elemento objetivo y se fundamenta en la perfección de la expresión, la riqueza del vocabulario, las figuras retóricas empleadas, la fluidez, el ritmo, la adecuación a lo que se quiere comunicar y otra serie de elementos que iremos conociendo a lo largo del taller. Y ahí, me permitirán que sea yo quien utilice mi propio criterio de calidad.

—Este… yo no estoy muy de acuerdo —me interrumpió una voz femenina con acento porteño—. Yo soy pintora y también podría aplicar mi propio criterio, como usted dice, pero creo que la pintura hay que juzgarla más allá de tecnicismos y valorarla por la capacidad de transmitir.

—Estamos esencialmente de acuerdo, no se preocupe —intenté contemporizar—. Todas las cualidades que he enumerado suponen capacidad de transmitir, como usted dice. Pero si alguien no sabe concordar tiempos verbales convendrá conmigo en que mi deber es hacérselo notar.

—Bueno, quizás sí o quizás no —insistió sin pudor la cincuentona aún de buen ver y aspecto post *hippie* refinado—. Es posible que lo que esa persona esté queriendo transmitir se exprese mejor con ese tiempo y no con el correcto.

—No debería hacerlo así, porque el lector no entendería bien su forma de expresión. A diferencia de la pintura, la literatura se mueve sobre unas vías, unas convenciones establecidas que nos permiten comunicarnos universalmente en un idioma: sintaxis, ortografía… y luego, dentro de ese patrón común, cada escritor da rienda suelta a su creatividad.

—¿Y si ese escritor lo que quiere es hablar consigo mismo a través de la escritura para así entenderse mejor? Imagine que lo que entiendan los otros le diera igual.

—¿Es ese su objetivo al inscribirse en este taller? —pregunté con tono educado, refrenando mi impulso de mandarla al guano.

—Podría serlo.

—En ese caso le aconsejo que lo abandone y lamento la confusión. Este no es un taller de introspección o de terapia a través de la literatura. Es un taller de escritura creativa en el que no se

pretende que los asistentes mejoren como personas, lleguen a conocerse profundamente o superen un complejo de Electra o de Edipo sin resolver, según los casos. Solo se trata de que terminen escribiendo mejor que cuando empezaron. Lo demás, sinceramente, me trae sin cuidado. Es más, no me importaría si salieran de aquí peores personas, pero sabiendo escribir. Si hay algún otro alumno que piense como…

—Marcela —respondió a mi mirada interrogativa.

—… Marcela, le doy el mismo consejo. Quizás se encuentren cursos de ese tipo en otros lugares.

Anticipándose a la inevitable réplica de Marcela, una potente voz masculina se levantó a mi izquierda. Pertenecía a un hombre mayor, con buena planta, de pelo blanco y bigote, portador de la única corbata de la clase.

—Si me permite, profesor, yo estoy muy de acuerdo con usted. Aquí venimos a lo que venimos. Personalmente ya estoy harto de tanta pamplina como nos rodea. En este país, cuando terminan las vacaciones no se está jodido, sino que se tiene un síndrome post-vacacional, y ya no hay ningún niño torpe, sino con trastorno de la atención. Y yo no estoy matando el poco tiempo que me queda, sino haciendo terapia ocupacional.

—¿A qué se dedicaba, si me permite preguntárselo? —le inquirió con voz suave la pintora, aunque era una trampa.

—Soy militar en la reserva, a mucha honra.

—Entiendo.

—¿Qué entiende? —replicó el hombre con cierto temblor subterráneo en su bigote.

—¡Señores, señores! —tuve que intervenir para calmar los ánimos—, creo que este punto ya está debatido. Si me permiten seguir con la presentación del taller, les explicaré los temas que vamos a tratar durante la primera semana que empezamos hoy.

No sé si la ayuda envenenada del coronel Alarcos fue fundamental para granjearme el odio del resto de la clase, o si me habría valido yo solo para llegar al mismo punto, pero el caso es que desde ese aciago primer día el curso siguió sumido en un ambiente eléctrico. Tanto, que cualquier chispa hacía brotar una nueva discusión. Por ejemplo, cuando uno de los exbancarios, como ellos mismos se definieron, se refirió a una intervención leída de nuestra funcionaria feminista, Vanesa Vargas en la que se calificaba a *El Quijote* de «obra groseramente machista digna de ser retirada de las aulas»:

—¿No tendrá eso que ver con el tiempo en que está escrita la obra? —preguntó aquel con aire de inocencia.

Inmediatamente todos nos tensamos. Habíamos asistido ya a varias intervenciones semejantes de Vargas y nadie se había atrevido a rebatirla. Yo me había negado a entrar en materia ideológica y reiterado que mi función era centrarme en la técnica. Esa era la primera vez que alguien, tímidamente, le plantaba cara.

—Un tiempo que debería ser enterrado. ¿O le parece bien que nuestros niños y niñas saquen ejemplos de comportamiento de estos libros? —respondió Vargas—. Si de mí dependiera quedarían para el ciclo universitario.

—Yo leí *El Quijote* con doce años y no creo que me perjudicara demasiado. Como ve, estoy aquí aguantando sus tonterías educadamente —replicó el bancario, un tipo calvo de voz bien modulada.

—Ya veo. La típica autocomplacencia del machista español. Ahora me dirá que ayuda en casa y todo eso.

La compañera del bancario, una señora como tantas, bastante parecida a mi madre, no pudo contenerse más.

—No solo ayuda, es el hombre de la casa porque enviudó hace mucho. Y debería saberlo porque la ha estado atendiendo en la ventanilla de la caja durante quince años. Si se preocupara más de las personas de su alrededor y menos de sus frustraciones, a lo mejor veía menos machistas y más buenas personas en el mundo.

Se hizo un silencio sepulcral. Vanesa boqueaba mientras preparaba una respuesta. Al final hablamos los dos a la vez, de forma que no se nos entendió a ninguno.

—Es verdad que las peores machistas son las mujeres.

—Les pediría que siguieran la discusión al terminar la clase y volviésemos al tema.

Transcurridas dos semanas, apenas cuatro clases, los alumnos empezaron a abandonar mi taller al tiempo que las hojas de los árboles se caían de las acacias de la Plaza Mayor. Los tres exbancarios me confesaron que se habían inscrito en él tras no haber llegado a tiempo al de teatro para adultos, que era el curso estrella de la Casa de la Cultura y solía cubrir sus plazas en unos minutos. Pero, al haberse producido tres bajas en este, habían movido algunas influencias para conseguir el traslado. Yo no me iba a oponer, desde luego. Ninguno de aquellos era capaz de combinar dos subordinadas sin perder el sujeto en algún momento, aunque iba a echar mucho de menos a la mujer que se había enfrentado a Vargas hasta dejarla callada durante tres clases.

A cambio, las adoradoras de Isabel Allende fueron tomando protagonismo. Cada vez que abrían la boca era para comentar cómo lo habría hecho Isabel Allende, una cosa parecida que escribió Isabel Allende y lo mucho que, en general, les gustaba Isabel Allende. Cierto día no pude más.

—Permítanme una pregunta: ¿han leído a algún otro autor que no sea Isabel Allende?

—Por supuesto que sí —contestó la más joven, una ama de casa de unos treinta y cinco años y dos niños bastante pequeños aún, según nos había hecho saber.

—Cíteme alguno que también le haya gustado.

—Como Isabel, ninguno.

—Somos conscientes.

—Pues no sé —titubeó—. He leído a Muñoz Molina.

—¿Y? —proseguí con un gesto.

—Me aburre bastante.

—Quizás debería probar con Montero —sugerí educadamente.

—A ese no lo conozco.

Se escucharon un par de resoplidos en clase y la buena mujer supo que había metido la pata en algo.

—Montero, Rosa Montero —recalqué con tono paternalista—. Como veo que les gustan las escritoras, me parece que la Montero puede ser una buena recomendación que les permitiría ampliar el espectro allende Allende, si me permiten la gracia.

El error no tuvo importancia, pero el orgullo de la estudiante se había resentido más de lo que yo pensaba. Al terminar la clase me dijo que se había sentido acosada por mi interrogatorio.

—Le pido disculpas por haberla hecho sentirse así —le contesté lo más educadamente que pude—. Simplemente intentaba que en este curso se hablase de otros autores además de Isabel Allende. Y ya que estamos fuera de clase y nadie nos oye, déjeme que le diga lo que pienso sobre ella. Personalmente —dije por fastidiarla, más que por que pensara así— me parece una mala reedición de la gran literatura latinoamericana, especialmente de aquellos autores del llamado *Boom.* Si quiere leer algo latinoamericano más actual, lea a Bolaño o a Burel, o si no, lea a los originales. Ya sabe: García Márquez, Vargas Llosa, José Donoso, Cortázar…

Si le hubiera dicho una grosería al oído no le habría dolido tanto. Observé que se iba poniendo roja como un tomate y pensé que finalmente me abofetearía. Sin embargo, se dio media vuelta y no volví a verla más, ni a ella ni a su amiga. Las hojas seguían cayendo y yo me había quedado con cinco alumnos. A ese paso no tendría que dimitir: simplemente me quedaría solo.

Una vez nos libramos de las fanáticas de la escritora chilena pareció por un par de clases que las cosas iban a poder encauzarse. Fue un espejismo. Durante la corrección de un ejercicio, un cuento en el que yo había puesto como condición obligada que hubiera más de tres personajes y, al menos, un diálogo, la pintora volvió a la carga. Me entregó una transcripción de la canción, *Hola, don Pepito* de Los Payasos de la Tele. Yo sabía que era solamente por fastidiarme, pues Marcela era la más brillante de mis alumnos.

Cuando llegó el turno de la lectura no se cohibió lo más mínimo.

—«Hola, don Pepito —recitó—. Hola, don José. ¿Pasó usted ya por casa? Por su casa yo pasé. ¿Y vio usted a mi abuela? A su abuela yo la vi. Adiós, don Pepito. Adiós, don José».

Tras la lectura de los ejercicios, procedimos a comentarlos.

—¿Alguien quiere comentar el cuento de Marcela Quiroga?

Nadie movió un músculo.

—Yo no tengo mucho que decir —rompí el fuego—. Me gustaría que fuera ella la que nos contase qué ha pretendido con él.

—Pues he querido utilizar con la escritura una práctica muy vieja en el mundo de las artes plásticas: descontextualizar. Es decir, si tomamos un objeto cualquiera y lo trasladamos fuera de su contexto habitual, podemos crear un nuevo diálogo con ese objeto. De alguna forma, se transforma en algo distinto y puede llegar a ser considerado arte. De hecho, ocurre todos los días en los museos del mundo. Un escobón que sale en horizontal de una pared, un amasijo de tornillos aplastados, cosas en las que nadie se fija, al ser examinadas como un objeto artístico fuera de su entorno, liberan un discurso que para muchos es arte. Yo he hecho lo mismo con la literatura. He sacado de contexto una canción infantil y la he leído en un lugar y momento en el que se pretende una aproximación artística al fenómeno textual.

—Muy interesante, Marcela —respondí un tanto asombrado, pero nada dispuesto a que se saliera con la suya—. Veamos qué ha conseguido con ello. Por ejemplo… usted, Manuel, ¿qué piensa?

Jugaba sucio: Manuel Molina era el ingeniero. Flacucho, con gafas y aspecto aniñado era sin embargo un año mayor que yo y rara vez intervenía. Pero, cuando lo hacía, solía mostrar un cierto desdén por la literatura que me llevaba a preguntarme por la razón de su presencia allí. No me defraudó.

—La verdad —dijo con su tono glacial—, me ha parecido una tontería e incluso me ha dado un poco de vergüenza ajena. Si todos hubiésemos hecho lo mismo, creo que habría sido una pérdida de tiempo para los objetivos de la clase.

—¿Y cuáles son esos sagrados objetivos según usted? —preguntó picada la pintora, al tiempo que se retiraba un mechón de su cabello cuidadosamente desaliñado.

—Aprender a escribir mejor —respondió Molina, capaz de dejar la flema británica a la altura de un ataque de histeria.

—¿Y no le parece que reflexionar un momento sobre el fenómeno de la escritura le va a ayudar a ello? —insistió Quiroga.

—Leyendo en voz alta canciones infantiles, seguro que no —respondió Molina sin agresividad.

—Y ya que lo dice —abundó nuestro militar en la reserva—, todas esas obras de arte que señala me parecen una basura. Una tomadura de pelo. Todo, menos arte. Si le digo la verdad, me gusta mucho más el *Hola, don Pepito* que cualquiera de esas mamarrachadas. Por lo menos puedo cantárselo a mi nieto y hacérselo pasar muy bien.

—A eso me refiero —no se dio por vencida la argentina—. ¿Ve como usted mismo ha hecho la reflexión que yo proponía?

—No diga tonterías —replicó el coronel con el bigote comenzando a temblar.

—Tranquilidad —intervine—. Huyamos de los adjetivos. Diga, Molina —señalé al ingeniero que levantaba la mano.

—Quería añadir —prosiguió Molina— que en mi caso, justamente, es todo lo contrario de lo que he venido a aprender aquí. En mi empresa me pagan este curso para que mejore la redacción de los manuales técnicos de los productos que fabricamos. Al parecer, cuando nosotros pensamos que están perfectamente escritos es cuando menos se entienden y me han matriculado para ver si soy capaz de dar con la clave que mejore su comprensión. Es posible que encuentre alguna vía, pero estoy seguro de que las canciones de los payasos no me van a llevar a ningún lado.

—Está claro, Molina —dije sin pensar mientras digería sus curiosas razones para estar en mi taller.

—¿Cómo que está claro? ¿También piensa que no vale para nada lo que he hecho?

—Discúlpeme, Marcela —reculé—. Quería decir que estaban claras sus razones, no la inutilidad de su discurso.

—Pues yo me pregunto qué pensará de nuestra discusión el autor de la obra, Gabi, Miliki o quien fuera —se oyó decir a una voz femenina y bastante nasal.

María Ballester era nuestra millonaria consorte. Nadie la hacía mucho caso, pero eso a ella le traía sin cuidado. También me preguntaba por qué seguía allí y no estaba mejorando su *swing,* su *drive* o su peinado en lugar de perdiendo el tiempo con una actividad con la que nunca iba a poder lucirse públicamente. Por otro lado, tampoco iba a quejarme de que adornase nuestra clase con su figura perfecta, sus ojos de un verde profundo y sus escotes amplios y despreocupados.

—¿Puede explicarse, Ballester? —inquirí solícito.

—Es sencillo de entender. A todos nos hace mucha gracia la cancioncilla, pero seguro que al payaso, con perdón, que hizo la letra, esta le ha dado ya unos cuantos millones. Más de los que muchos de los autores que se citan en esta clase han visto en toda su vida.

Ballester, a pesar de no tener ni idea de literatura y de su poco éxito entre sus compañeros, rara vez decía tonterías.

Así transcurrieron un par de clases hasta que ocurrió la hecatombe. Esta llegó en forma de inundación en la Casa de la Cultura, concretamente en el ala donde se encontraba nuestra aula. El taller de cerámica, que ocupaba la planta superior fue culpable del desaguisado. La torpeza de algún alumno taponando un desagüe al limpiar sus útiles, unida a la imbecilidad de otro a la hora de cerrar el grifo —por cierto, se comentaba que podía tratarse de un único «tonto del culo»— según mi amigo Ramón, el concejal, había provocado un desbordamiento de suficiente calado, nunca mejor dicho, como para dejar nuestra aula arruinada, con trozos de falso techo que caían tristemente sobre el suelo de imitación a madera, el cual iba adquiriendo por momentos el aspecto y la orografía en miniatura de los montes Torozos. Ramón me llamó a su despacho ese mismo día.

—Lo siento, Luis, pero tu taller tiene que cambiar de horario. Tal como están las cosas, no tenemos presupuesto para reparar la clase este año.

—Lo entiendo, no te preocupes. Entendería incluso que se suspendiese.

—Eso nunca… Si yo puedo evitarlo. Para eso soy tu amigo. Hemos hecho un par de cambios y os podéis trasladar a la otra ala. Además, así me ahorro la devolución de la matrícula.

—¿No había un seguro?

—Al parecer dejó de pagarse hace cuatro años, antes de que llegásemos nosotros —con nosotros se refería a su partido, pero se olvidaba de que él ya había sido concejal con el anterior—, y nadie nos informó del asunto.

—¿Y qué horario tendremos?

—De nueve a diez.

—Eso es tardísimo, no sé si me quedará algún alumno —argumenté con esperanza disfrazada de melancolía.

—Ellos verán. Es lo que hay. Bastante he hecho con convencer a los del club de billar para que adelanten su entrenamiento una hora y que así podáis entrar vosotros a las nueve.

—Lo siento por ellos. Espero que no baje su rendimiento.

—Es difícil. Nunca han pasado de primera ronda en los campeonatos provinciales. Mira, Luis, esto es mala suerte y tú no

tienes la culpa de nada, así que tómatelo con filosofía. Si hubiera sido cualquier otro taller lo habría suspendido y santas pascuas.

Yo mantenía la secreta ilusión de que el horario fuera incompatible con las obligaciones de todos mis alumnos pero, naturalmente, me equivoqué. Vanesa Vargas, María Ballester, Manuel Molina y el coronel Alarcos estaban dispuestos a sacrificarse. Incluso creo que alguno de ellos, como Ballester y el coronel agradecieron la ocasión de estar fuera de su casa durante horas tan poco habituales.

La primera se quejó de que tendría que pagar a la tata que cuidaba de su hijo de tres años para que se quedase con él hasta esa hora, pero todos percibimos que lo que pretendía con su protesta era presumir de recursos y servicio doméstico. El coronel fue más sincero y dijo que echaba de menos las misiones nocturnas, sin precisar muy bien a qué se refería. Quizás fuera una de esas misiones nocturnas la que le impidió llegar a la segunda clase del nuevo horario. Al bueno del coronel un *jamacuco* casi se lo lleva por delante mientras aparcaba el coche. Tuvo suerte de que saltara la alarma del vehículo de delante cuando lo embistió al quedar inconsciente. Pero no tanta como para evitar que saltara el airbag y le incrustase las gafas. El caso es que, de esa forma, vi alejarse a mi único aliado. Había una compensación en el abandono de la recalcitrante pintora argentina, pero me había quedado solo enfrentado a aquellos tres seres antitéticos entre sí, aunque unidos en su deseo de hacer del curso una tortura para mí.

Tuvimos una larga tregua en Navidad, una época del año especialmente deprimente a mi entender. En Albalajara, los mitos y ritos comerciales me resultaban más dolorosamente incongruentes que en cualquier otro sitio. Afortunadamente, ese año había una gran novedad: una mujer parecía haber entrado en mi vida con la intención de quedarse y no de echar una mirada dejando la puerta abierta por si había que salir corriendo.

A pesar de estar ocupado en cultivar mi nueva relación y de ser abducido días enteros por compromisos familiares, no me olvidé del taller. Aproveché para corregir los últimos trabajos, que por cierto estaban bastante bien —lo que atribuí no a los alumnos, sino a los beneficios de su escaso número—, e inmediatamente empecé a pensar en el ejercicio final, aunque aún teníamos por delante unas cuantas semanas. Tenía que ser un relato, claro, pero no encontraba ninguna idea que fuera a la vez lo bastante abierta como para que no se produjese un motín, y lo suficientemente cerrada como para evitar una total dispersión.

En esas dudas andaba cuando una tarde Dora, mi reciente conquista, me convenció para dar un paseo por las calles comerciales del centro. La excusa era buscar un regalo de bodas para un amigo que se volvía a casar en unas semanas. Aunque ella no conocía a mi

amigo, se oponía por completo a que le comprara cualquier cosa el día antes, como era mi intención. Así que deambulábamos en busca de inspiración cuando, al pasar ante una tienda de antigüedades, algo tiró de mi mirada como si hubiera estado esperándome desde años atrás. De hecho, ni siquiera estaba en el escaparate, sino dentro de la tienda, y aun así logró llamar mi atención entre los objetos del primer plano. No tuve más remedio que entrar, para disgusto de Dora, quien no entendía en absoluto mi interés por las antigüedades, ni por otras tantas cosas. Se trataba de una vieja foto enmarcada que compartía espacio sobre el tablero de cuero verde de una antigua escribanía con una brújula de bronce, un repertorio de plumas estilográficas y una pequeña lámpara Tiffany's de imitación. En ese momento pensé que era la fina moldura taraceada en maderas exóticas lo que me había atraído. Mucho más tarde comprendí que no había sido eso, solamente. Como era de esperar, dado mi notorio encaprichamiento, el torpe regateo que ensayé con el dueño de la tienda fue un completo fracaso. Ante el escándalo de Dora, al final conseguí hacerme, por un precio abusivo, con el marco y la foto que cobijaba: una instantánea familiar de los años sesenta o setenta protagonizada por tres niños y un perro, del todo desconocidos para mí.

Fue solo después de tenerla en mi poder cuando articulé la razón que justificaba su compra, tanto ante mí, como ante las insistentes preguntas de Dora, deseosa de averiguar si había iniciado una relación seria con un tarado manirroto. «Además de un bonito marco —le dije, satisfecho—, acabo de comprar la solución a mi examen final».

Cuando las fiestas navideñas eran un eco lejano y la Semana Santa asomaba en el calendario, aproveché la fotografía para plantear el último reto a mis alumnos.

—Llegamos a las últimas semanas del curso —recordé al final de la clase— y es el momento de proponerles el ejercicio final. Este, naturalmente, consistirá en un relato. El tema, como otras veces, será común, pero el estilo o el género serán completamente libres. La idea es que de esta forma comprueben lo que decíamos al comienzo del curso: que hay tantas literaturas como personas. Mi preocupación ha sido enseñarles que, dentro de esa libertad de escritor y lector, es importante que la calidad de la escritura sea un mínimo que debe aprenderse y respetarse, al menos hasta que sean tan hábiles como para retorcer las reglas en su favor. Pero para eso, les aseguro, les queda aún un largo trecho.

Pensé que tendría algún comentario de rechazo, pero no fue así.

—A mí, como prueba empírica, me parece bien —rompió el breve silencio Manuel Molina, instalado, como solía, en la zona de

penumbra entre dos mesas de billar y yo, ingenuamente, pensé que por una vez lo tendría de mi lado.

—A mí me da igual el tema. Lo único que pido es que tengamos tiempo suficiente. Sabéis que no soy muy rápida escribiendo —nos recordó innecesariamente María Ballester, que, por el contrario, solía colocarse cuidadosamente de forma que la luz iluminara sus piernas perfectas, mientras su rostro permanecía apenas velado. Como si no supiésemos que sus anteriores relatos no pasaban de las veinticinco líneas, todas ellas rigurosamente prescindibles.

—Me alegra que estemos de acuerdo —ironicé sin producir el menor efecto en la audiencia—. He estado dándole vueltas al tema de ese relato y, como supuse que cualquier asunto que se me ocurriera a ustedes le sonaría un poco a redacción colegial, finalmente he decidido proponerles algo más divertido. Se me ocurrió paseando por el centro en busca de un regalo de bodas para unos amigos. Me metí a rebuscar en una tienda de antigüedades y…

—¿No pensará regalar un trasto viejo a sus amigos? —me interrumpió Ballester, que se consideraba una autoridad en materia de buenas maneras.

—No veo por qué no —entré estúpidamente al trapo—. Da la casualidad de que a mis amigos les gustan las antigüedades.

—Aunque les gusten, —insistió Ballester— ¿cómo es posible que usted piense siquiera en una cosa vieja y apolillada cuando ellos estarán instalando un hogar y necesitarán de todo, los pobres?

—Mi amigo tiene más o menos mi edad y no necesita ajuar porque ya ha tenido pareja anteriormente. Hay gente que hace esas cosas: se divorcia, se vuelve a casar.

Vanesa Vargas, que se sentaba en la zona más iluminada haciendo alarde de las imposibles combinaciones de colores y texturas de su ropa, no pudo contenerse, pero tampoco se lo reprocho porque mi comentario carecía totalmente de tacto. Por lo visto, por dos veces la habían dejado plantada a pocos días de la boda, según se había rumoreado tras el incidente con la bancaria.

—En efecto —dijo—, hay mucho hijo de puta suelto que se desprende de su mujer en cuanto a ella se le caen las tetas. Confiese, profesor, ¿cuántos años es ella más joven que él?

—Ciertamente, mi amigo es diez años mayor que ella —reconocí para satisfacción de la feminista, pero su sonrisa duró poco—. Por cierto, la chica es sordomuda, no muy agraciada, y nunca soñó que alguien fuera a fijarse en ella, y menos aún llevarla al altar —mentí con alevosía—. Ahora —dije tras una pausa—, si me lo permiten, seguiré con lo del ejercicio final. Les decía que entré en una tienda de antigüedades, olvidémonos de la razón, y entre todos los objetos que allí había, me llamó la atención uno muy humilde: una vieja fotografía

enmarcada. En principio era el marco lo que me interesaba: un bonito trabajo de madera de mediados del siglo pasado, con mucho sabor colonial. Pero luego me fijé en la fotografía y me di cuenta de que, al fin, lo había encontrado.

—¿El regalo? ¿No será capaz de regalarles una foto vieja? —volvió a interrumpir Ballester, aparentemente escandalizada.

—El regalo, no —respondí con paciencia—. Había encontrado el tema de su trabajo. Este es el original y estas que les reparto, sus copias.

De mi cartera saqué el marco con el original y tres buenas copias de la foto que había digitalizado. Se trataba, se trata, porque lo contemplo ahora sobre mi mesa mientras escribo, de un retrato campestre en el que aparecen dos niños y una niña con edades entre los nueve y los doce años, acompañados de un simpático chucho. La instantánea es de una excelente calidad.

—¿No podría precisar algo más? —pidió Ballester, a quien el papel en blanco le producía un vértigo terrible.

—He precisado justamente hasta el punto que pretendía hacerlo. Lo demás es elección suya. Pueden construir una historia de terror, de suspense, de amor, una poesía, incluso…

Molina levantó la mano. A pesar, o por ser, el mayor en edad de los tres, era el único que pedía permiso para hablar.

—Molina tiene una pregunta —advertí al resto.

—No es una pregunta exactamente —precisó como de costumbre—. Verá, profesor, yo entiendo su propósito, pero creo que la muestra es muy escasa y me parece que vamos a obtener poca información con este test.

—Explíquese mejor —le pedí, intuyendo que una catástrofe se avecinaba.

—Si pretende demostrar que cada persona es una forma de literatura, me parece que tres personas son una muestra poco representativa. Creo que usted debería participar también. De esa forma tendríamos un veinticinco por ciento más de representatividad y, además, conseguiríamos hacernos una idea más cabal de la diferencia entre un profesional y unos aspirantes.

Odié a Molina como difícilmente podré volver a odiar a alguien. Odié su aire de mosquita muerta, su retorcimiento intelectual y, sobre todo, lo odié porque había utilizado mis propios argumentos para dejarme sin vías de escape.

—Si le he entendido, quiere que también yo escriba una historia a partir de la fotografía.

—En efecto —remarcó con tono de revancha Vargas, que aún estaba amasando su resentimiento por mi puñalada emocional.

—Pues para eso no hacía falta utilizar argumentos estadísticos

—dije aparentando tranquilidad—. De acuerdo. Yo también expondré ante ustedes mi historia. La verdad es que no me queda mucho tiempo después del trabajo en época de exámenes, pero lo voy a intentar.

Dije intentar, pero estaba claro que para ellos se trataba de un compromiso en firme. Solo había que observar la sonrisilla malévola que se dibujó en sus rostros al escuchar mis palabras. Era un reto en toda la regla y tendría que superarlo o mi orgullo de escritor quedaría destruido para siempre.

—Una última cosa antes de que se vayan. Una sorpresa. O mejor, otra sorpresa. He hablado con el director de *Conexiones,* la revista cultural de Albalajara, que seguramente conocerán. El relato ganador, el que yo, como director del taller, considere ganador —remarqué premeditadamente—, se publicará con todos los honores en la revista y también se colgará en su web. Naturalmente, el mío no cuenta. Yo creo que será un broche final perfecto para este curso. ¿No les parece?

Instalados como estábamos entre mesas de billar e iluminados por la luz verdosa de las lámparas que colgaban sobre ellas, me imaginé en una partida. Yo era el taco y aquellos tres seres singulares las bolas del juego. Tenía que planear una carambola con esas tres duras cabezas que me diera la victoria final.

Cuando lancé el reto de la publicación del mejor relato, mi idea era dejar claro mi poder, pero no calculé que al tiempo inoculaba en mis alumnos, no el amor por la literatura, sino la enfermedad de la literatura, ese mal que yo tan bien conocía y que lleva a quien lo padece a soñarse publicado primero, reconocido después y habitante, finalmente, del Parnaso de las Letras. Yo me había quedado en la primera etapa, como muchos otros, pero ellos, que aún no habían tonteado en serio con esa posibilidad, ahora y gracias a mí, tenían la oportunidad de hacerlo. Una oportunidad con alta probabilidad de realizarse, como diría Molina, dado que solo competirían con otros dos aspirantes.

Me di perfecta cuenta de que estaban contagiados porque, en un lapso de apenas cuatro días, tuve sendos encuentros privados con mis tres alumnos. Fue Molina el primero en querer hablar conmigo y no se ocultó en absoluto. Sospecho que se adelantó por dos pasos a Vargas, quien, por culpa de su ubicación, tardó un segundo más en acercarse. Cuando le oyó proponerme tomar una cerveza, Vanesa se dio media vuelta con aire de fastidio.

Fuimos a un bar cercano comentando generalidades durante el

trayecto. A un nivel superficial, Molina tenía una conversación tan interesante como la de un boxeador sonado pero, al menos, conseguí averiguar que llevaba veinte años en su empresa y que desde hacía uno se ocupaba del asunto de los manuales. Intentó convencerme, sin mucho éxito, de que el departamento que dirigía era muy importante dentro de la organización. Yo me imagino que un ingeniero lo que quiere es que le confíen proyectos. Igual que un escritor prefiere recibir un encargo a dar clases de escritura. Al menos esta charla duró lo suficiente como para llegar al bar y sentarnos delante de unas cervezas. Molina no era un gran conversador, como digo, pero a cambio tenía la virtud de saber ir al grano.

—Necesito me aconseje, profesor —dijo rompiendo el débil hilo de nuestra conversación.

—Mejor Luis, que ahora no estamos en clase.

—Luis. El ejercicio que nos ha propuesto es muy interesante, pero no sé muy bien por dónde empezar. Usted ha leído todo lo que he escrito. Incluso algunas cosas me las ha puntuado muy bien. ¿Qué haría en mi caso? ¿Intriga, terror, realismo social?

—¿Qué le pide el cuerpo, Molina? —tiré la toalla con el tuteo.

—No lo sé. Por eso acudo a usted. Esto no es como resolver un problema o explicar el montaje y calibración de un sensor de presión. No estoy acostumbrado a tomar decisiones de forma tan intuitiva —reconoció, pero no como si fuese un problema suyo, sino mío.

—Entiendo. Dígame una cosa: ¿qué tipo de ficción ha leído usted? Por lo que nos ha contado en clase no he podido deducir claramente sus preferencias.

—Leo, o mejor leía, de todo. Siempre me han gustado las novelas policíacas. Pero me parecen extremadamente difíciles. Sobre todo, las buenas.

—¿Por qué? —vi el cielo abierto—. Mire, yo no me lo pensaría. Usted tiene una mente lógica, para eso es ingeniero, y ese género le puede ir bien. No le veo escribiendo una historia fantástica con magos, elfos y todo eso.

—Y, sin embargo, también me gustó *El Señor de los Anillos.*

—No lo dudo —ataqué su argumento—. Pero una cosa es que lo disfrute y otra que le resulte fácil escribirlo. Usted me ha preguntado y yo le he dado una respuesta. Mi consejo es que se lea cuatro o cinco novelas de género negro. Ya sabe, Himes, Hammet, Chandler… No son muy largas. Y después empiece a escribir su historia: un detective, una búsqueda, unos acontecimientos que se precipitan y arrastran al protagonista. En quince o veinte folios puede tener un relato perfectamente apañado. Es lo bueno del género. No tiene por qué explicar la personalidad del protagonista, ni la de los contrincantes. Solamente limitarse a los hechos y las motivaciones. Y estas suelen ser

las de siempre: dinero, sexo, poder…

—Creo que tiene razón —admitió—. Recuperaré mis viejas lecturas de juventud y veré lo que sale de todo ello.

—Eso está bien, Molina. Pero ahora, déjeme que sea yo quien le pregunte. ¿De verdad solo quiere hacer este curso para mejorar la redacción de los manuales de su empresa? Es una cuestión muy inquietante para mí.

Molina se removió incómodo. Miró su reloj-calculadora Casio como buscando en él una tecla con el logaritmo para responder preguntas personales, una materia en la que no sabía cómo moverse. Tras haberlo odiado tanto, me daba un poco de pena.

—No —dijo al fin con aire de haber sido pillado en falta—. La verdad es fui yo quien insistí a mis jefes para hacer el curso. Siempre me ha atraído la literatura. De joven gané algunos concursos de redacción en mi instituto. Luego no volví a escribir, aunque siempre me ha quedado ese gusanillo.

—Luego, cuando en clase dijo aquello de que la metáfora es la forma más segura de aumentar la imprecisión en la transmisión de la información, ¿estaba fingiendo?

—Claro que no. Lo pienso de verdad. La mayoría de las metáforas me parecen una idiotez traída por los pelos y siempre dificultan la comprensión. Pero reconozco que algunas son sugerentes y pueden generar cierto goce estético. Pobre, en mi caso, pero reconozco que puede existir. La transmisión de información es un fenómeno que he estudiado a fondo y es muy complejo. Entre máquinas no tiene misterio, pero en el caso de las personas es delicadísimo. Y si nos vamos a la literatura o la poesía, es directamente inabordable.

—¿Sabe lo que le digo, Molina? —le corté antes de que siguiera desgranando ante mí los problemas de la hermenéutica.

—Usted sabrá.

—Que me ratifico en mi consejo. Nadie notará su problema con las metáforas en una novela negra. Pero déjeme que le dé otro más: no se haga muchas ilusiones con esto de la literatura. No lo digo porque piense que usted no pueda llegar a escribir bien, sino porque es un mundo ingrato en el que, ni siempre ganan los buenos, ni los que plantean las mejores soluciones a un proyecto.

—¿Lo sabe por experiencia?

—Desgraciadamente, sí.

Con la segunda cerveza y la confianza que íbamos ganando, el ingeniero se soltó poco a poco, aunque su vida no daba para mucho. Alumno modelo, premio fin de carrera, captado por una multinacional antes incluso de terminar, y casi veinte años escalando posiciones. Un día, los objetivos de la compañía cambian y su área deja de interesar. Poco dotado de habilidades comerciales o de gestión, habían

encontrado para él un perfecto acomodo en el área de documentación técnica, donde llevaba un año. Cuando le pregunté por el resto me miró pensando a qué me refería.

—Mujer, novia, hijos, familia. Esas tonterías.

—Estoy soltero. He tenido un par de novias, pero al final no llegamos a nada. Creo que se aburrían conmigo.

Justo lo que estaba empezando a pasarme a mí.

Lo de Vargas fue más intenso, como ella misma. Para empezar, se hizo la encontradiza. De hecho, logró que tuviésemos un encontronazo en la puerta de mi instituto. Como yo iba aparentemente absorto leyendo unos documentos, un truco con el que pretendo, sin éxito, alejar a mis alumnos más pelmazos, optó por ponerse delante de mí y nos dimos de bruces. Yo salí mucho peor parado que ella, teniendo en cuenta que su masa corporal, especialmente en su mitad inferior, era bastante superior a la mía, a pesar de mi personal cintura ensanchada.

—Casi me tira, Vargas —dije colocándome las gafas de nuevo en su sitio.

—Profesor. ¡Qué casualidad!, ¿no?

—Desde luego. Pero no saquemos conclusiones precipitadas, al fin y al cabo esta es una ciudad pequeña.

Vargas hizo caso omiso de mi ironía y siguió con la escena que tenía preparada.

—Pues ya que nos hemos encontrado, me gustaría hablarle de un asunto.

—De acuerdo. No dispongo de mucho tiempo, pero si quiere podemos ir al bar de enfrente —le ofrecí.

—Preferiría dar un paseo, si no le importa.

—En absoluto. Me viene muy bien caminar —respondí aliviado, pues estaba calculando los estragos del taller de escritura en mi tan sempiterna como inoperante dieta.

—Y a mí también.

Ese atisbo de complicidad en su respuesta me hizo comprender que, por una vez, Vargas había enterrado el hacha de guerra. Anduvimos durante veinte minutos, tiempo más que suficiente para alcanzar el centro desde mi instituto y para que las orejas se me quedaran como carámbanos por el cierzo que soplaba ese día desde Aragón. Pero también, y eso no lo esperaba, para cambiar algunas percepciones que tenía de nuestra feminista radical. Como Molina y muy en su estilo, también fue directa al grano.

—¿Qué le parecería si a partir de la foto escribiera un cuento infantil, o casi? —me preguntó con la respuesta implícita.

—Me parecería perfecto —no se me ocurrió contrariarla—. Ya he

comentado muchas veces que a mí lo que me importa es la calidad.

—Lo sé. Pero no sé si en *Conexiones* publicarían algo así.

—Seguro. Lo que yo les dé, lo publicarán. Pero lo cierto es que me sorprende lo que me plantea.

—¿Por qué?

—Bueno, usted da esa imagen de mujer dura —recordé repasando mentalmente su pelo corto, sus cejas anchas, su vestuario *hippie-grunge* y, sobre todo, su mala leche habitual.

—No soy dura, profesor —dijo esperando una repregunta.

—Luis, si le parece bien.

—No soy dura, Luis, sino que estoy endurecida.

—¿Tan mal te han tratado la vida en general y los hombres en particular?

Ahí Vargas comenzó a contarme su historia a grandes rasgos. Era de esas personas que cuando están en un grupo se comportan de una forma completamente distinta a como lo hacen frente a frente. En esas distancias cortas parecía una mujer muy razonable y hasta te hacía comprender las razones de su feminismo militante. No se había enrolado en él, me dijo, porque su novio la hubiese plantado a un mes de la boda. De hecho, ocurrió al contrario, fue su feminismo el que le hizo cometer excesos que su novio no pudo comprender —me abstuve de preguntar qué excesos fueron esos—. Su feminismo tuvo que ver con un padre que maltrataba a su madre desde que tuvo uso de razón y una madre que jamás encontró apoyo en nadie, ni en su familia, ni en las instituciones, ni en los amigos. Solo en su única hija.

—Ahora el problema está resuelto —dijo alejándolo a tiempo de un manotazo—. Pero yo sangro por las heridas de mi madre y, al menor atisbo de machismo, me revuelvo. Reconozco que muchas veces lo hago sin tener razón, o teniéndola, pero sabiendo que a quien me dirijo no tiene por qué entenderme.

—¿Y tu gusto por los cuentos? —intenté que saliera de ese tema.

—Fueron mi refugio. Me encerraba en ellos para huir del infierno de mi hogar. Un día mi padre se cabreó y me dijo que ya no permitiría la entrada en casa de un solo cuento más. Así que tuve que empezar a escribirlos yo misma. Sin quererlo, el muy desgraciado me hizo un gran favor.

—No nos has leído ninguna de tus historias en clase —dije sinceramente extrañado.

—Me da terror que alguien lea esas cosas. De hecho, me apunté al taller para tratar de superar ese miedo. Allí rodeada de gente como yo, pensé, todo sería más fácil. ¿Pero has visto qué clase se nos ha quedado? Un ingeniero que ve la literatura como transmisión de información y una pija que no sabe distinguir la épica de la retórica.

—No te fíes de las apariencias. Piensa que tú tampoco eres lo que

parece.

—Yo me muestro como soy —me respondió retadora—. No engaño a nadie.

—Volvamos —cambié de tema para no terminar mal— a los cuentos infantiles, o casi, como dijiste antes. No lo veas como un género menor, ni siquiera exclusivamente para niños. Por ejemplo, la mayoría de quienes compran esos maravillosos libros ilustrados son adultos, para ellos y si acaso con la excusa de leérselos a algún niño. Todos, en el fondo, llevamos un niño dentro, aunque muchos no lo quieran reconocer. La verdad es que me parece una excelente idea. No sé cómo vas a ser capaz de meter esa foto en un cuento, pero seguro que ya tienes algo pensado. Ahora, si me permites y si no te enfadas conmigo, te voy a dar un consejo.

—Dime, Luis.

—Procura no excederte con el contenido ideológico de lo que escribas. Aunque no lo edulcores, rebájale un par de grados su acidez. Ni a las editoriales, ni a los lectores en general, nos gustan obras donde todo suene a maniqueísmo sexual: todos los hombres malos y todas las mujeres buenas. O al revés, todos los hombres listos y todas las mujeres guapas e idiotas a su servicio.

—Lo intentaré. Pero tienes que saber que mucha gente me pide lo contrario.

—¿Qué gente?

—Mis compañeras de asociación, por ejemplo. Ellas están deseosas de leer lo que escriba a partir del curso.

—Pues tendrás que decidir, Vanesa. O ser leída solo por tus correligionarias, o ser leída por ellas y el resto del mundo.

Cuando terminó nuestra conversación, Vargas, que no era tonta, tenía completamente claro que yo no pensaba declarar ganadora ninguna soflama andrófoba en forma de cuento. A pesar de ello, me dio las gracias y creo que ese fue de los pocos momentos positivos de esta experiencia, aunque en ningún caso sirviera para equilibrar el resultado final.

Al día siguiente, mientras leía el periódico en el despacho de profesores, mi móvil me advirtió de un mensaje de voz que alguien me había dejado durante la clase. «Hola, profesor, soy María Ballester. Quería invitarle a tomar el té esta tarde en mi casa, si le parece bien. Tengo algunas dudas acerca del trabajo de fin de curso que me gustaría que me aclarase, si no le importa. Mi casa de la ciudad está en la urbanización Torre Alta, calle dos, chalé siete. A las seis. En la entrada tendrá que enseñar su carné. Si no me llama antes, cuento con usted».

Habría sido difícil hacerlo porque el número aparecía como desconocido. Típico de Ballester. Sopesé seriamente la idea de darle plantón, pero la alternativa era, de nuevo, dejarme acompañar por Dora a la búsqueda del regalo de boda perfecto. Y además, por qué no reconocerlo, tenía curiosidad por ver cómo viven los ricos de la ciudad.

María Ballester lo hacía en un chalé clásico, ladrillo blanco, techo de pizarra y seis mansardas por cada agua principal. Unos mil metros o más, le calculé a ojo. En la gran parcela no podían faltar una piscina y una pista de tenis. Volví a preguntarme lo mismo de siempre según me acercaba a la entrada principal, tras dejar mi utilitario coreano aparcado junto a un Saab descapotable y un Toyota Land Cruiser americano talla XXL: ¿para qué querrá escribir esta mujer que tiene de todo menos talento? Quizás en unos minutos lo averiguaría. Una doncella de uniforme me llevó hasta el jardín trasero a través de un recibidor de cincuenta metros y un salón de unos doscientos, todo decorado de forma impecable. Demasiado, diría yo. No faltaban ni los detalles que simulaban que la casa se vivía, como si acabasen de marcharse los fotógrafos de una revista de decoración.

—¡Qué alegría que haya podido venir, profesor! No sabe cómo se lo agradezco.

María Ballester se levantó cortés y me ofreció su mejilla. La besé. Sobre la mesa en la que estaba trabajando había un ordenador portátil, papeles y un refresco al lado. El día no era aún de los calurosos de verdad en Albalajara, pero en esa terraza posterior el sol calentaba y se estaba a resguardo del aire. Por eso, pensé inocentemente, estaba justificado que Ballester estuviera cubierta por un blusón neoibicenco. Una pieza en sí misma recatada, pero llena de posibilidades, como descubrí, si la usuaria decidía jugar con ángulos e inclinaciones.

Me senté a su izquierda, junto a ella, en un amplio butacón de mimbre y ante un jardín enorme, también de estilo indefinido y también perfectamente cuidado. Me ofreció un refresco, que acepté, y entramos en materia después de unos circunloquios previos.

—Yo cambiaría esta casa por un buen piso en el centro, pero mi marido prefiere esto, dice, por temas de seguridad. No lo tengo yo muy claro. Para campo, campo, ya tenemos la cortijada y esto no es *ni chicha ni limoná,* ¿no le parece? —No esperó a que le respondiera—. Además, el vecindario es aburridísimo. Si supiera cómo disfruto de sus clases. No solo por usted, ¿eh? También por mis compañeros. Incluso ahora que solo somos tres. Pero qué tres. Es fascinante, ¿no cree?

—Sin duda. Como las torturas orientales —bromeé.

—Vamos, no sea tonto. Aquí estamos en confianza. Yo creo que es un grupo magnífico. Vanesa y Manuel escriben divinamente y son como dos personajes. Para su próxima novela. ¿Qué le parece?

—Preferiría buscarme otros y, en cualquier caso, no creo que haya nunca otra próxima novela. Un par de fracasos son suficientes.

—No sea *pusinálime,* Luis.

—Pusilánime.

—Eso —aceptó sin inmutarse—. Luche por lo que le gusta.

—Gracias por sus ánimos —dije intentando abandonar un tema que me horroriza—, pero aquí hemos venido a hablar de su relato, ¿o me equivoco?

—No se equivoca.

En ese momento nos trajeron los refrescos. La camarera no era la misma que me había abierto la puerta.

—Por favor, Silvia, que nadie nos moleste en una hora. Estaremos trabajando.

Yo me quedé pensando a qué se refería con lo del trabajo, pero no hice comentario alguno. Con un chasquido de lengua que indicaba fastidio, se levantó a cerrar la puerta de cristal. A la vuelta no se sentó. Se quedó de pie y se inclinó sobre la mesa dejando caer su media melena teñida a mechas y también el escote de su blusón. ¿Qué edad tendría?, me pregunté. ¿Treinta y dos? ¿Treinta y cinco? Era imposible precisarlo. Simplemente era una mujer en el cénit de su físico.

—Mire, profesor, aquí tengo su foto —dijo, apartando unos papeles que había encima.

Yo apenas vi la foto, pero sí la totalidad de los pechos de Ballester. Si eran artificiales, el trabajo era perfecto pues mantenían esa caída imprescindible para que resulte tentador suspenderlos con las manos. Nada más tonto que unas tetas tiesas y autosuficientes como un parachoques.

—Ya veo que estaba trabajando en el tema —dije con un nudo en la garganta.

—Y que lo diga, Luis. Qué trabajo da escribir.

Ahora se sentó y lo hizo poniendo el pie izquierdo bajo su muslo derecho de tal manera que el vestido se subió y sus piernas quedaron casi completamente al aire. Al tiempo, apoyó la cabeza en el codo derecho y me miró a través de sus ojos verde oscuro, con lo que se abrieron de nuevo vertiginosas perspectivas ante mis ojos y el nudo de mi garganta creció hasta casi impedirme hablar. De mi boca salió un sonido gutural que pretendía ser de aquiescencia, aunque seguramente se pareciera más a la parte más famosa del *Macarena.*

—De eso quería hablarle precisamente. A mí me hace mucha ilusión ganar este concurso, pero necesitaré algo de ayuda. Yo tengo

ideas, muchas ideas pero, a cambio, me cuesta mucho escribirlas. Si usted quisiera, podría ayudarme a plasmar esas ideas. Mías, desde luego. Podría venir un par de días y lo haríamos juntos, usted y yo —sus ojos no se apartaron de los míos al decir esto.

Ballester se dejó escurrir un poco más en la silla de tal forma que su diminuta braguita blanca y traslúcida empezó a asomar. Tardé en reaccionar pero, con un supremo esfuerzo, conseguí decir algo que no fuera completamente estúpido.

—No puedo hacer eso. Ejem. Entiéndalo. Debo ser justo.

—Pues séalo. No le pido otra cosa. Será para usted como una consultoría. Eso se hace todos los días. Mi marido lo hace constantemente. Luego, cuando llegue el momento de juzgar, juzgue y sea imparcial.

—Justamente, Ballester, llegado el momento no lo sería.

—Deje de llamarme Ballester. En mi casa llámeme María, por favor —dijo con suavidad, acercándome su rostro dominado unos hipnóticos labios frutales, al tiempo que ponía su mano en la mía.

—Lo siento —resistí, tartamudeando—. Le aseguro que me gustaría mucho… hacerlo… ayudarla, pero no puedo. Creo que usted tiene grandes… ideas, eso es evidente, y que, si se esfuerza un poco, podría llegar a mostrarlas… plasmarlas… de forma muy personal, más personal que si lo hiciera conmigo… con mi consejo. No se tome tan en serio lo del concurso. Mire —dije levantándome—, en el momento en el que me dé a leer algo que yo considere interesante, me comprometo a llevárselo personalmente al director de *Conexiones* —mientras hablaba, abrí la puerta y empecé a recular por el salón—. Y le aseguro que ya no le falta tanto. He notado una tremenda mejoría en lo que escribe. De verdad. Ahora tengo que irme. Estoy llegando tarde. He quedado con mi novia. Vamos a comprar un regalo de boda para mi amigo. ¿Recuerda? Muchas gracias por el refresco.

No me fijé demasiado en la cara de Ballester mientras emprendía mi ridícula huida, pero habría apostado a que tenía una sonrisa dibujada en su rostro. Una cosa buena destacaba en aquella mujer y era que resultaba casi imposible hacerla enfadar. Casi tan difícil como hacer que desistiera de algo. Ya en el coche, me di cuenta de que salía del mundo de los ricos sin saber por qué retorcida razón ella, su destacada representante, quería triunfar en el mundo de las letras.

Pasaron tres semanas, largas como una vida en mi caso, y por fin llegó el día en que profesor y alumnos intercambiaríamos relatos antes de emplazarnos para su comentario en la próxima y última cita del curso. Era el momento de la verdad. Con una emoción evidente en Vargas y Ballester y apenas esbozada en Molina, me entregaron sus trabajos. En

su caso, Vargas me entregó dos originales.

—¿De quién es este otro relato? —le pregunté con tono neutro.

—Es de Marcela. Me pidió que se lo trajese —se había olvidado del tuteo de nuestro último encuentro y yo se lo agradecí.

—Vaya, pues dígale que al no ser alumna no podré evaluarlo. Si tengo tiempo en otro momento lo leeré, pero no ahora.

—Pues le aconsejo que lo haga, aunque no lo evalúe. Me parece un relato buenísimo y me gustaría saber si usted comparte esa opinión. Solo eso.

Miré el grueso original por un momento. *El delito de la lluvia,* se titulaba, y al menos eso me pareció original e intrigante.

—Pueden recoger mi relato de la mesa antes de irse —dije dando la cuestión por zanjada y señalando las copias de mi obra con displicencia.

Vargas y Ballester dejaron escapar algún leve gesto de asombro ante la extensión de mi escrito en relación a los suyos. No hubo comentarios personales al final de la clase. Me imagino que todos querían dar la impresión de que habían jugado limpio, aunque más o menos, todos habían intentado algún atajo. Ellos se jugaban una primera publicación de cierto prestigio. Yo me jugaba mucho más: nada menos que mi autoestima. En aquella comparativa podía encontrar razones para no volver a escribir una palabra. Con aprensión, recogí sus originales y me los llevé a casa.

Los leí todos de una sentada, excepto uno: *El delito de la lluvia.* Ese que había dicho que no evaluaría, pero que me había traído a casa. Era mucho más largo que el resto, incluso que el mío. Se trataba de una novela corta y, sobre todo, de un texto magnífico. No voy a opinar en este momento de mi narración sobre lo que me entregaron mis alumnos, usted como lector podrá hacerlo enseguida, pero sí puedo hablar de esta obra que no voy a reproducir por razones obvias. Me pareció excelente: bien construida, de estilo depurado, con una intención bien dosificada en su desarrollo, dos personajes de una pieza, una evolución imprevisible y un gran final. No se podía pedir más. Pero, sin duda, no era obra de Marcela. No solo porque prejuzgara su capacidad literaria, sino porque no encontré un solo argentinismo en sus cien páginas. Por otro lado, aunque la foto aparecía en un pasaje, lo hacía de una forma muy secundaria, aunque cumpliera estrictamente mi mandato. ¿De dónde había salido aquella maravilla?

Me planteé tres hipótesis. Una, que fuera un texto salido del círculo feminista de Vargas. Había en él una importante carga de profundidad contra los estereotipos femeninos. Dos, que se tratase del texto de un amigo o amiga de Vargas que, o bien con permiso o bien sin él, Vargas había modificado para introducir la fotografía y así

poder presentarlo. Y tres, lo mismo que la hipótesis anterior, pero a partir de un texto procedente de algún concurso al que Vargas habría podido tener acceso. Pero, había una pregunta más intrigante aún que era el porqué. ¿Qué pretendía Vargas colándome ese texto? ¿Desacreditarme haciendo ver que no distinguía lo bueno de lo malo? ¿Gastarme una broma? ¿No habíamos hecho más o menos las paces tras nuestro encuentro?

No tengo tiempo esta noche para salirme del hilo principal de mi narración, así que resumo el resultado de mis averiguaciones. *El delito de la lluvia* había concursado en el premio que convocaban la Diputación y el Ayuntamiento con el patrocinio de la Caja de Ahorros. Se presentaron más de cien obras por Internet y el jurado estaba ya terminando su tarea cuando cayó la bomba: el premio se suspendía. La Diputación, el Ayuntamiento y, sobre todo, la Caja de Albalajara, estaban en la ruina. A través de mi amigo Ramón, el concejal, me fue posible confirmar que una obra con este título se había inscrito en el premio bajo el seudónimo Daisy Miller y también que había provocado el entusiasmo de todos los miembros del jurado que la habían leído. Vargas, también funcionaria de Cultura en el Ayuntamiento, pudo tener acceso igual que yo a esa información y, por supuesto, a la novela.

En cuando al resto de relatos, aquí los tengo, sobre mi mesa, y los incluyo a continuación sin anotaciones ni modificaciones. En último lugar colocaré el mío. No lo hago para beneficiarme de una mejor consideración del eventual lector, sino porque, como este comprobará, es la mejor forma de entender lo que luego pasó y que relataré al final de las obritas.

NUNCA PIERDAS TUS CARTAS

Por Manuel Molina

Nota: Como verá, profesor, al final he seguido su consejo. Espero que le guste el resultado.

Desde donde yo estoy, en el cristal de la puerta se lee:

Detectives Privados
Robert J. Wollcott

El plural es más comercial que mayestático, puesto que soy el único detective, y aquí habría sido imposible meter otra mesa además de la mía. La idea era que la gente pensase en la oficina como si fuese la sucursal de alguna gran agencia.

De cualquier forma, ya da lo mismo. Mientras escribo esto espero dos visitas y cualquiera de las dos me llevará lejos de aquí. Una lo haría para siempre y la otra por una temporada tan larga que, si después pudiera volver, seguramente ya no recordaría ni dónde está este despacho. Sea como fuere, será el último acto de mi último caso. El caso de Sue Grant, que comenzó hace solo ocho días, cuando alguien llamó con decisión a esa misma puerta.

—Adelante, está abierto.

Detrás de unas desmesuradas gafas de sol apareció una mujer en la treintena, una probable fanática del *body building* por la dureza de la carne que se veía fuera de su vestido veraniego de a trescientos pavos en una *boutique* de moda; un rostro terso, bello e inexpresivo, algo brillante por efecto de algún filtro solar barato, un escote pecoso en el que las prominentes clavículas y el profundo canalillo formaban una vertiginosa Y, y unas piernas que, de rodilla para abajo, lucían enjutas y trabajadas. Su pelo, entre caoba y pelirrojo, no era natural, aunque tampoco sabía si lo era el resto.

—Mi nombre es Rita Pakoulas —dijo sin saludar mientras se situaba frente a mí con aire retador—, señora de Joe Pakoulas, y vengo a encargarle un trabajo, señor Wollcott.

—Buenos días, señora Pakoulas. ¿Es muy urgente? Estamos algo atareados —mentí.

—Ya lo veo —dijo con un movimiento giratorio de su mano que quería decir, «Esto está repleto de gente, sí, señor»—. Si quiere vuelvo otro día —e hizo ademán de dar media vuelta.

—No, no. Ya que ha venido hasta aquí. Pero la próxima vez utilice el teléfono para concertar una cita. Dígame de qué se trata y veré si podemos ayudarla.

—A mi marido le están haciendo chantaje —resumió sin titubeos.

—¿Desde hace mucho tiempo? Pero siéntese, siéntese, por favor.

Le ofrecí con la mano mi silla de visitas. La miró considerando por un instante mi ofrecimiento como si en él hubiera algo sospechoso.

—Sé —dije ante sus dudas— que no es una gran silla, pero puede aguantar a alguien de su peso durante cinco o diez minutos.

—No necesito tanto tiempo —advirtió sin rastro de humor, pero se sentó cruzando las piernas y se decidió a contestar—. Desde hace una semana, aproximadamente. Ahora me preguntará por qué no hemos avisado a la policía.

—¿En un caso de chantaje? Nunca lo habría hecho, señora. No somos nuevos en el negocio —me había acostumbrado a usar el plural para hacer juego con el letrero.

—Pero, al menos, me preguntará el motivo del chantaje —enunció más que preguntó.

—Desde luego. Aunque no es imprescindible, me haría las cosas más fáciles.

Se quitó las gafas y me miró muy fijamente a los ojos. Los suyos eran sendas chapas de un violeta eléctrico, conseguido con toda seguridad mediante lentillas cosméticas.

—Señor Wollcott, lo que voy a decirle es completamente confidencial y cualquier indiscreción hará que le caiga encima una nube de demandas como nunca ha tenido un detective privado —dicho esto volvió a colocarse las gafas con estudiada lentitud.

—No es un récord que me interese, señora, no se preocupe —dije sin inmutarme.

—Es usted quien debe preocuparse. Bien. Cuando mi marido tenía dieciséis años tuvo una corta relación con un chico de su edad. Fueron contactos iniciáticos. No son tan raros como usted sabrá. Después, cada uno siguió su camino. Joe se casó conmigo y hemos tenido dos hijos, en fin. Todo perfectamente normal, y conste que no tengo nada en contra de los *gays*. El caso es que, no sé cómo, quince años después alguien lo ha sabido y ha empezado a enviarle estas cartas.

Me entregó un sobre dirigido a Joe Pakoulas escrito con letra de ordenador. Dentro, en un papel también escrito con impresora en un tipo de letra de gran tamaño, se leía:

> Le quedan cinco días. Espero que ya tenga los cien mil dólares. Próximamente le diré qué tiene que hacer con ellos. Recuerde que, de no hacerlo, su mujer, sus hijos, sus jefes, todos, sabrán lo que le gusta hacer con su trasero.

—Perdone que me entrometa —dije tras la lectura de aquella joya literaria—, pero si lo que pasó es solo lo que usted dice, no parece que pueda suponerle un gran trastorno. A usted no le preocupa, según veo, y en cuanto al trabajo de su marido, no sé cuál es pero, caramba, esto es California, no Tennesse, y cien mil dólares es mucho dinero por evitar que los niños se lleven un pequeño disgusto, ¿no cree?

—Deje que eso lo decidamos nosotros, Wollcott. Lo que quiero es que usted encuentre a la persona que nos está haciendo chantaje. Luego ya sabremos qué hacer.

—Cinco días es muy poco tiempo, pero lo intentaremos. Tendrá que darme algunos datos. El nombre del amigo de su marido…

—Charles Everhardt —contestó rápida.

—… Dónde vive —empecé a tomar notas.

—No tenemos ni idea. Mi marido no volvió a saber de él. Esta es la dirección de su antigua casa en Santa Bárbara.

Me pasó un papel. Venía preparada para la pregunta, pensé.

—… Y si alguien más supo lo suyo…

—Por parte de Joe, nadie. Y si fuera así, resultaría un tanto extraño que le diera por recordarlo quince años después —hizo un cierto gesto con la mano como si tirara los años por detrás de su espalda.

—¿Sabe si entre ellos cruzaron cartas, fotografías o algo parecido?

—Sí. Lo hicieron. Mi marido le pidió las cartas, pero Charles nunca quiso enviárselas.

—¿Piensa que puede ser el tal Everhardt quien les está haciendo chantaje?

—Mi marido lo duda, pero a mí no me extrañaría.

—Bien. Empezaremos por ahí.

Le di mi tarjeta y ella me entregó un número de teléfono anotado en un papel. Tras fijar los honorarios en una fácil negociación me dio un cheque por los cuatrocientos dólares que le pedí como anticipo para el arranque de la investigación y la vi marchar con una decisión igual o mayor que la que tenía al entrar en mi despacho. Pero, antes, me había puesto una condición que yo acepté.

—Quiero que todos los días me llame a este teléfono y me cuente lo que vaya averiguando. Le pago lo suficiente como para que lo haga.

No le puse objeciones. Parecía un caso de trámite, salvo por los cinco días de plazo, ya casi cuatro, y por el hecho de que podía ganar el triple que en un caso normal.

De mi oficina a Santa Bárbara hay unas buenas doscientas millas, así que disfruté del viaje. Iba tranquilo: solamente se trataba de reconocer el terreno y ser discreto, pero no porque las amenazas de mi cliente

me preocuparan lo más mínimo. Si en este oficio hay algo claro es que ser discreto es tan fundamental como mantener el compás para un batería de *jazz*.

La antigua casa familiar de los Everhardt estaba en un suburbio algo alejado de las zonas más caras de Santa Bárbara. El barrio parecía haber disfrutado de mejores tiempos, igual que la mayoría de sus habitantes: pocos niños en los jardines, muchas casas vacías y algunos coches abandonados.

Por el contrario, el chalé de dos plantas donde vivieron los Everhardt era como un regalo aún sin desenvolver. Lucía una nueva capa de pintura blanca en las paredes, y las ventanas y el tejado brillaban de color verde césped. Un cartel indicaba que la casa estaba dispuesta para alquilarse, pero, por los signos externos, parecía que aún no había convencido a nadie. Hice caso omiso de ellos, bajé del coche y me dirigí a la puerta delantera a través del jardín. Pulsé el timbre y tras un par de toques rituales, los sustituí por unos fuertes golpes con el aldabón de latón dorado, que resonaron en la tranquila calle. Como esperaba, no tardó en aparecer alguien. Lo hizo en el porche de la casa contigua. Era una anciana de aspecto apolillado pero simpático.

—¿Qué desea, joven? —me gritó con su voz ronca desde el porche.

Para una señora como ella cualquier cincuentón como yo era un chaval. Me acerqué hasta la entrada de su jardín.

—Verá, intento localizar a los Everhardt, soy del ayuntamiento y tengo que entregarles unos papeles.

—¿Los Everhardt dice? Vaya, hace ya por lo menos dos años que no viven aquí.

—¿Tiene su dirección?

—Lo siento, joven. Cuando se jubiló el marido se trasladaron a una residencia de esas para parejas mayores. Ahora no recuerdo cómo se llama. Final Feliz o algo así —su risa sonó como una bisagra oxidada—. Yo no puedo ir allí, no me dejan porque soy demasiado vieja. Eso dicen, pero aquí estoy: viviendo sola desde hace más de veinte años y no me va mal. ¿Qué le parece?

—Es extraordinario, desde luego, pero no parece tan mayor.

—Noventa y un años, joven.

—Fantástico. Nadie lo diría. Espero que siga así mucho tiempo. ¿Y sabe si los Everhardt tienen algún familiar o algún amigo por aquí que puedan conocer la dirección de la residencia?

—Su hijo Charles se fue a estudiar al este y luego encontró trabajo en Detroit. Pobrecillo. Pero, ni tengo su dirección, ni sé si seguirá por allí.

—¿Quién vive ahora en la casa?

—Aún no lo sé. Está en alquiler. Si está interesado…

—No, gracias. En fin, le agradezco su ayuda, señora. Ha sido usted muy amable.

—Vuelva cuando quiera, joven, y tomaremos una taza de café —dijo mientras me guiñaba un ojo ostensiblemente.

Lo más provechoso que saqué de allí fue una dirección que figuraba en un cartel situado en la valla exterior: «Reformada por Foster Equipments. 68 Carrillo Street. Santa Bárbara».

A la mañana siguiente me despertaron mis ardorosos vecinos de motel repitiendo el sonoro numerito que habían montado de dos a tres de la madrugada. Eran las siete. Una buena hora para levantarse. El plan del día ya lo tenía prefijado desde cinco horas antes, cuando apagué la luz después de mucho pensar, algo que me agota profundamente.

Foster Equipments empezaba la jornada cuando llegué. Era una empresa familiar que contaba con una nave de pequeño tamaño y, probablemente, dos cuadrillas, una dirigida por el viejo Foster, un tipo alto y malhumorado, de pelo blanco y camisa a cuadros, y la otra comandada por el heredero del negocio, su fotocopia en pelirrojo y con 30 años menos. Finalmente, elegí seguir a la cuadrilla de Foster senior, que partió en una gran *pick-up* Suburban. Fuimos a parar cerca de la casa de los Everhardt. Parece ser que tenían el monopolio de las reformas por la zona y, a tenor de la decadencia del barrio, no iba a faltarles el trabajo durante unos cuantos años.

Estuve un rato observando su labor desde una cierta distancia. Tenía que elegir bien mi objetivo. Del grupo de trabajadores, en su mayoría chicanos y afroamericanos, me quedé con uno de estos últimos que parecía ser el de mayor edad y el que menos se comunicaba con sus compañeros. Era una mole tatuada de uno noventa y cinco y doscientas cincuenta libras. Nada tranquilizador, pero así es este trabajo. No se sabe qué perspectiva es peor, si la de entrar en conversación con un fornido psicópata, o la de pasarse ocho horas metido en un coche contemplando cómo transcurren las horas y se deslizan por el suelo las sombras de los árboles. Finalmente, el equipo se subió de nuevo al vehículo y volvió a la base. Allí mi hombre, prácticamente sin despedirse, se subió en un viejo Chrysler New Yorker color azul claro metalizado y salió disparado. Anoté maquinalmente su matrícula y lo seguí hasta un restaurante de carretera. No sabía si sacaría algo en claro, pero al menos averiguaría en qué consistía la dieta de aquel mastodonte.

—Buenos noches, ¿puedo sentarme? —le dije, al tiempo que me instalaba en el banco de enfrente, mesa por medio.

—No parece que haya otra alternativa, salvo que le eche a

patadas —dijo, todo amabilidad.

—No se preocupe, enseguida me marcho. Mi nombre es Robert Wollcott, soy detective. Esta es mi tarjeta.

El individuo titubeó por unos instantes mientras leía el papel. Tendría unos cuarenta y cinco años y el final de la manga derecha de su mono dejaba ver el inicio de un tatuaje de muy escaso gusto, si se considera que algún tatuaje puede llegar a tenerlo.

—¿Qué quiere, amigo? Tengo poco tiempo y estoy cansado.

Saqué un billete de veinte dólares del bolsillo y lo puse sobre la mesa, pero eso tampoco mejoró su actitud.

—¿Trabajó usted en la reforma del 230 de Old Mission?

—Sí, terminamos hace unas semanas —dijo incómodo.

—¿Sabe si alguien encontró alguna cosa inesperada en la casa?

—¿Qué tipo de cosa? —Su rostro se endureció aún más, lo que no me extrañó, pues sonaba a acusación de robo.

—No sé, unas cartas, una caja con papeles, fotografías, recuerdos, algo bien guardado en algún rincón, bajo una tabla del suelo. Algo de eso.

—No recuerdo bien… aunque puede que…

Saqué otro billete de veinte.

—Sí. Ahora que lo pienso, el viejo Foster debió de encontrar algo porque un día salió de la casa con una bolsa que no llevaba al llegar.

—¿Cómo era? ¿Vio algo más?

—No, amigo, era una bolsa, solo una bolsa de plástico y no puedo ver a través de ellas, ¿sabe? —dijo alzando la voz mientras hinchaba su enorme corpachón.

—Está bien —dije levantándome a mi vez con un gesto de paz—. Guarde mi tarjeta y llámeme si recuerda algo más, señor…

—Lou. Y preferiría no volver a verle —añadió en voz alta mientras yo desaparecía por la puerta.

No sabía qué hacer. El trabajo había ido tan bien, todo había sido tan sencillo, que me habría gustado alargar un poco más los días de investigación a razón de cuatrocientos pavos diarios. Pero, en el fondo, estoy en una edad en la que los moteles baratos, los bares de carretera y las resacas han perdido su antiguo encanto. De hecho, no recuerdo si algún día lo tuvieron. Y quizás por ser honesto con mi cliente lo estropeé todo. Saqué mi celular y me dispuse a cumplir sus órdenes.

—Dígame —reconocí aquella voz fría y grave al otro lado.

—¿Señora Pakoulas?

—Esperaba su llamada desde ayer, Wollcott —me espetó agriamente.

—Bien, pues aquí estoy y con buenas noticias. Yo diría que Charles Everhardt tenía guardados algunos de sus secretos en la vieja casa y debió de olvidarlos o perderlos. Entre ellos figuraría alguna prueba de la relación de su marido con Charles. La casa está ahora totalmente reformada y tengo sospechas fundadas de que el patrón de la empresa que hizo la reforma es quien encontró lo que fuese.

—¿Cómo se llama? —preguntó inmediatamente.

—Foster, de Foster Equipments. Son los chapuzas oficiales de la zona. ¿Quiere la dirección?

—No, no es necesario. Bien, gracias por todo, ha sido un buen trabajo. Pronto le llegará un cheque por el resto del acuerdo. —Desconcertado, comprendí que iba a colgar.

—Pero espere… aún no estoy seguro de que sea Foster quien le hace chantaje, necesitaría unos días más para confirmarlo.

—¿A razón de cuatrocientos dólares? Ni lo sueñe.

—Puedo averiguar si es el viejo y darle un susto, o localizar dónde tiene las cartas y recuperarlas…

—Le digo que no, Wollcott. Desde ahora no le pagaremos un dólar más. Buenos días.

—No cuelgue, por favor. Antes quiero preguntarle una cosa. Si no ha sido el propio Everhardt, es posible que él también esté siendo objeto de chantaje, ¿no cree? Quizás sería bueno localizarlo.

—En absoluto. No nos importa lo más mínimo lo que le pase al señor Everhardt. Y le repito muy en serio, Wollcott: por nuestra parte el asunto está cerrado. Lo que haga con su tiempo libre es cosa suya.

Y a mí lo que hiciera aquella agria belleza con su dinero tampoco me iba a quitar el sueño. Así que emprendí viaje de regreso.

Tres días después descansaba en mi apartamento tras diez horas de persecución a un marido infiel. Me había preparado un buen plato de estofado de verduras y carne con la receta de mi abuela. Cuando ceno en casa me gusta cuidarme para compensar tanta comida basura. Ahora me pregunto para qué y también por qué dejé de fumar hace un par de años. Y me da rabia cuando pienso en el resto del estofado que dejé en el congelador y que terminará por estropearse. El caso es que iba a empezar con él cuando algo que apareció en la televisión me amargó la cena. En el informativo estatal daban la noticia del asesinato de Robert M. Foster, dueño de una pequeña empresa de construcción de Santa Bárbara, y de su mujer. Alguien había maniatado a los dos viejos, y después o antes de registrar la casa, les había matado a golpes de martillo en la cabeza. La policía aún no tenía pistas acerca del asesino o asesinos del matrimonio, muy conocido y querido en la comunidad. Varios convecinos se aprestaron

a ratificar ese hecho con sus propias palabras.

Apagué la televisión y todas las luces de la casa. Tenía que analizar de la manera más fría y racional posible las consecuencias de lo que acababa de oír. Estaba claro que mi cliente había decidido qué hacer, como me advirtió y, además, lo había ejecutado a toda velocidad. Pero lo peor era que había un tal Lou con una tarjeta mía y estaría encantado de explicar a mis viejos colegas de la policía que su titular había estado preguntando pocos días antes por detalles de la vida de los Foster. Lo extraño, pensé, es que, si el asesinato se había producido la noche anterior, veinticuatro horas antes del noticiario, aún no se hubiese presentado por mi despacho o mi apartamento ningún inspector de homicidios.

Una explicación podría ser que yo hubiese hecho pleno, y Lou fuese el chantajista. De haber sido así, el mismo día en que yo aparecí por allí debió de poner tierra por medio. Simplemente me había dado una pista falsa para ganar tiempo. Y esa pista había costado dos vidas. Recordé que tenía la matrícula anotada. Lancé un par de correos y a los quince minutos ya tenía el retrato del bueno de Lou, Lou Dumont, por más señas. Exconvicto por robo a mano armada, agresiones, lesiones, etcétera. Estaba en libertad condicional. Foster Equipments participaba en un programa de reinserción y les había tocado esa joyita.

Fuera como fuese, esa era otra razón por la que Lou había intentado esfumarse: para defenderse tendría que reconocer que estaba detrás de un chantaje, una actividad no del todo compatible con la condicional. Fuera como fuese, yo seguía teniendo un problema. Un caso fácil que se transforma en un problema. Algo tan habitual que me sentí estúpido. Para dejar de serlo tenía que conocer la verdadera razón del chantaje. La desproporción entre la versión de Rita Pakoulas y los dos asesinatos era demasiado fuerte. Nadie, ni siquiera un político, mata a dos personas para tapar una relación homosexual de la adolescencia.

Tenía que tomar una decisión. Podía dejarlo pasar o intentar intervenir. Si lo hacía, tenía que ser ya. Miré el reloj. Eran las nueve y media de la noche. Marqué el número de teléfono de Rita. Me respondió una voz de hombre y desconocida.

—Dígame. ¿Quién es?

—¿Rita Pakoulas, por favor? —repetí.

—Lo siento, amigo, se ha equivocado.

Le leí el número que había marcado.

—Sí, este es el número, pero esto es un edificio de apartamentos en alquiler y le aseguro que en este solo vivo yo.

—¿Puede decirme qué apartamentos son?

—Los Luna Park de Menlo Park.

Llamé a la oficina arrendadora de los Luna Park. No habían alquilado ningún apartamento a ninguna Rita o Joe Pakoulas. En cuanto a mujeres que encajasen en la descripción que les di, «unas dos docenas a la semana», me aclararon.

Si necesitaba una razón para actuar, allí tenía una: Rita, o quien quiera que fuese, había desaparecido sin dejar rastro y yo no tenía nada que sostuviese mi versión de haber sido contratado para investigar un chantaje. Miento, tenía algo: un papel con un teléfono apuntado pero que correspondía a un desconocido. Dormí unas horas y a las cinco de la mañana me puse de nuevo al volante en dirección sur. Acababa de entrar en la autopista estatal cuando sonó mi celular. Intuí que iba a necesitar todas las neuronas para atender aquella llamada y enfilé por la primera salida para parar a la primera oportunidad.

—¿Wollcott? —me preguntó una voz desabrida.

—Yo soy.

—Soy Lou, de Foster Equipments.

—Vaya, Lou, veo que eres hábil eludiendo a la policía.

—Reza porque siga siéndolo, Wollcott. Si me cogen ya sabes quién irá detrás.

—¿Qué quieres decir? —Lo sabía, pero necesitaba que hablase.

—De sobra lo sabes. Mataste a los Foster. Querías encontrar lo que estaba en la casa.

—Estás muy equivocado, Lou, yo no maté a los Foster. Solo soy un sabueso y seguramente los mataron quienes me contrataron —intenté parecer sincero, lo cual, paradójicamente, consigue siempre que parezca que miento.

—¿Cuánto te pagaron, cien de los grandes?

—Me suena esa cifra, Lou. ¿No serás un chantajista?

—Si no lo fuera, ya estarías en la cárcel. Escucha, dile a tus clientes que la oferta sigue en pie, aunque el precio ha subido, ahora valen trescientos mil.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

—No los encuentro. Han cambiado de teléfono. Pero yo sigo teniendo las copias de las cartas.

—Un momento, ¿has dicho las copias? ¿Dónde están las originales?

—No tengo ni idea. Yo solo encontré unas xerocopias.

—No sé qué esperas conseguir con unas xerocopias de hace quince años ante un jurado.

—Que se reabra la investigación sobre la muerte de Sue Grant. Eso no me será difícil. En la cárcel se aprende mucho de toda esa

mierda legal. Y, por supuesto, que tú y tus clientes paguéis por la muerte de los Foster. Era un jodido gruñón y un tacaño, pero en el fondo el viejo me caía bien.

—Su único error fue confiar en un expresidiario.

—Cuidado con lo que dices, Wollcott.

—Vamos, Lou, a ti lo que te interesa es el dinero, si no, no estaríamos hablando.

—Tú lo has dicho, el dinero.

—¿Cuándo y dónde?

—Te llamaré mañana por la tarde y te diré lo que tendrás que hacer.

Tenía unas horas para explorar el terreno en que me movía.

A las ocho de la mañana pasaba por la puerta de la antigua casa de los Everhardt, pero me paraba un número más allá. Mi objetivo final era su nonagenaria vecina. Llamé a la puerta temiendo que, por fin, hubiera ido a parar a una residencia. Pero, no, allí estaba todavía, con su bata floreada y sus pocos cabellos blancos cuidadosamente peinados.

—Buenos días, señora. ¿Se acuerda de mí? Soy el del ayuntamiento.

—Claro que le recuerdo, jovencito. Todavía no estoy tan chocha como parezco.

—Verá, es que necesito encontrar a los Everhardt de forma urgente y he pensado que usted podría darme nombres de amigos o amigas suyas que puedan saber dónde están.

—Pase, pase, le prepararé una buena taza de café.

Lo cierto era que la necesitaba.

—Se lo agradezco mucho, pero no quiero entretenerla.

—No es molestia. Pase y siéntese. Una no tiene ya demasiadas oportunidades de hablar con alguien, y menos con un atractivo desconocido.

Soltó una carcajada herrumbrosa y desapareció dentro de la casa. Me senté en un sofá contemporáneo del televisor de tubo que dominaba la estancia. Ante mí, una mesita baja de la misma época. ¿Cuántos estrenos de Abott y Costello no habrían compartido esos muebles?

Volvió al rato con un juego de café de la misma época, conservado como si hubiera sido comprado ayer. Desafortunadamente, el mismo proceso no era aplicable en absoluto a lo que contenía: sabía a café cosechado en los cincuenta.

—Y, dígame, joven, ¿por qué tiene tanta urgencia en localizar a los Everhardt?

—Por un asunto de impuestos. Parece que no tenían muy en regla algunas cosas y quería advertirles de ello. Próximamente podría acarrearles algún serio disgusto.

—Elmer siempre fue un poco descuidado. Y un desmañado. ¿Pero por qué no les ha buscado en la residencia?

—La verdad es que me he puesto en contacto con todas las residencias de California y no los he encontrado.

—Un poco raro, ¿no le parece?

—Eso mismo pienso yo, señora. Un tanto sospechoso, pero yo cumplo con mi deber. Si no hacen frente a una deuda de solamente dos mil dólares, podrían llegar a tener un serio problema legal con el municipio.

—¿Dos mil dólares? ¡Qué barbaridad! En fin, señor…

—Travis, Ben Travis.

—A mí puede llamarme Margi, señor Travis. ¿Qué quiere que le cuente?

—Solo quería saber si conoce a algún amigo o amiga de los Everhardt, o de su hijo Charles, que pueda saber dónde se encuentran ahora.

—Déjeme pensar. Charles iba mucho con ese chico, Joe Pakoulas, y luego empezó a salir con esa chica morenita… ¿Cómo se llamaba? ¡Ah!, sí: Sue, Sue Grant, y vivía en Figueroa con sus padres… Creo. Es igual, ya no viven aquí desde el accidente. Pobre muchacha, fue terrible. Una auténtica conmoción. Charles quedó muy afectado. Todos quedamos muy afectados. Perdóneme, me estoy perdiendo.

—En absoluto, Margi. Todo lo que pueda contarme me será de utilidad. ¿Qué le pasó a Sue?

—La pobre niña murió en un accidente pocos días antes de que Charles partiera para estudiar en Chapell Hill.

—¿Qué le pasó exactamente?

—Fue terrible, señor Travis, una desgracia. Acababa de cumplir dieciséis años y su padre le había regalado un precioso coche deportivo. Ella estaba como loca yendo de un lado a otro. Debió de pararse a la orilla del lago Cachuma y se quedó dormida. El coche se deslizó suavemente hasta el agua. Se fue hundiendo poco a poco y cuando Sue quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde. Se ahogó en solamente dos metros de profundidad. Tuve muchas pesadillas con esa historia. Era una chica muy lista, y muy guapa. Cuando venía a casa de Charles solía acercarse a charlar conmigo. Una muchacha excelente, sí, señor. Quince años hace ya de esto y lo recuerdo como si fuese ayer. Perdone, joven. Me estoy emocionando como una vieja chocha.

Llevaba un rato con los ojos húmedos, pero yo no quise que dejara de recordar. Veinte minutos más tarde pude salir de allí tras

conocer diversas intimidades de la familia de Margi y de varios de sus vecinos. No obstante, la visita había sido muy provechosa. A tenor de lo que me había contado la anciana, era muy probable que el motivo de chantaje fuese no un cotilleo sexual, sino un asesinato cometido quince años antes.

Llegué a la hemeroteca del diario local, con el tiempo justo para localizar y hacer xerocopias de lo que se publicó del caso de Sue Grant. La verdad es que tuvo una gran repercusión, a tenor del tamaño de los titulares.

El baño mortal de la dulce Sue

> *Una joven de Santa Bárbara muere ahogada al caer con su Corvette al lago Cachuma. La policía, a la espera de la autopsia, cree que su coche se deslizó mientras dormía.*
>
> El cuerpo sin vida de Sue Grant, de 16 años, vecina de esta ciudad, fue rescatado ayer de las aguas del lago Cachuma. Según la versión del ayudante del *sheriff*, Bernie Thomas, la víctima debió de quedarse dormida a orillas del lago, un sitio muy frecuentado por parejas y, de alguna forma, accionar la palanca de cambios de su recién estrenado Chevrolet Corvette, que se deslizó hasta hundirse en el agua. Una muerte tan espantosa como estúpida, que ha conmocionado a la población juvenil de nuestra comunidad, entre la que la señorita Grant era muy popular.
>
> Por el momento, se especula sobre qué habría llevado a la joven en plena noche hasta ese paradero y sobre si estaba sola o no en el momento de la tragedia. No hay pistas al respecto, pero la policía espera a conocer la autopsia para iniciar o no una investigación por homicidio. La joven había sido vista horas antes en algunos de los establecimientos de la costa en compañía de su grupo habitual de amigos.
>
> Al parecer, y tras dejar en su casa a su mejor amigo, Charles Everhardt, Grant partió en dirección a la mansión de sus padres.
>
> El padre de la fallecida, un acaudalado comerciante, propietario de la cadena…

La primera página mostraba una fotografía del coche chorreando

agua colgado del brazo de una grúa, a la orilla del pantano. En la página interior aparecía una serie de fotos de la infancia de Sue Grant. Entre ellas, una me llamó la atención. El pie de foto decía: *«Sue con Charles Everhardt, el muchacho con el que salía, y otro amigo en una foto de su infancia».* En la toma se veía a tres muchachos felices y un perro con las montañas de la costa al fondo. Ella parecía tener unos nueve o diez años, un par de años menos que los chicos, sobre todo que el desconocido, cuyo rostro me resultó vagamente familiar. Lástima que en ese momento yo no me preguntase el porqué de esa sensación.

Probablemente no lo hice porque estaba excitado con otra revelación importante que me hacían las páginas del diario. Si Charles Everhardt era el novio de Sue, la señora Pakoulas, mi clienta, me había mentido. Me había contado la historia al revés. No era Joe quien había rechazado a Charles, sino al revés. Charles quería olvidarse de Joe para seguir su nueva relación heterosexual con Sue. Aquello cada vez me sonaba peor.

Tuve que esperar a las seis de la tarde a que sonara el teléfono. En la pantallita luminosa aparecieron los números del abonado que me llamaba. Los anoté. Descolgué.

—Wollcott al habla.

—Si has anotado el número, date por jodido, Wollcott, te estoy llamando desde una cabina.

—¿Cómo puedes pensar tan mal de mí, Lou?

—Porque te gusta matar a la gente. Te espero mañana a las doce en el parque de atracciones de Santa Mónica, junto al tobogán gigante. Cuando llegues te llamaré y te iré diciendo lo que tienes que hacer para entregarme el dinero.

Lo primero que debe tener un detective son amigos en las compañías telefónicas o, aún mejor, un conocido con alguna vieja deuda por saldar que le haga muy proclive a ayudarte cuando se trata de localizar teléfonos. Después de tantos años en la profesión, me sobraban contactos de los dos tipos y los usé. Efectivamente, tal y como me había dicho Lou, era una cabina y estaba situada a unas cuarenta millas de Santa Mónica. Tracé un círculo de veinte millas alrededor de la cabina. Cogí la guía de moteles y me puse en marcha. No estaba muy seguro de que estuviera en un motel. Bien podía tener algún amigo por la zona, pero me daba la impresión de que Lou no era de los que dejan grandes amistades a su paso. También podía haber intentado dormir en el coche, pero eso habría sido más peligroso que

ir a un motel. En cualquier caso, era mi única oportunidad.

Encontré al menos cincuenta teléfonos de moteles dentro del radio que me había marcado. Hice una lista y uno a uno fui llamando a todos desde el coche, haciéndome pasar por un ayudante del *sheriff* del condado al que conocía bien. Cuando llegué a la zona, ya había hablado con todos ellos. En cuarenta y cinco no recordaban haber alojado a nadie con el aspecto de Lou y un tatuaje asomando por la muñeca izquierda. En cinco de ellos afirmaron tener un huésped así, aunque no recordaban el detalle del tatuaje. En diez de ellos me dijeron que por qué llamábamos otra vez. Afortunadamente, ninguno coincidía con los anteriores, pero me sirvió para saber que la policía estaba ya detrás de la pista de Lou. Casi cinco días habían tardado. Esos chicos estaban perdiendo reflejos. En cualquier caso, eso lo hacía todo más complicado y necesario a la vez.

Me dispuse a recorrer esos cinco moteles uno por uno. No podía entrar preguntando por la habitación del gran negro tatuado y no quería que nadie me relacionase con él, así que me dediqué a analizar los automóviles aparcados en ellos. Por fin, en el segundo motel, encontré el viejo Chrysler lleno de polvo, con los ceniceros a rebosar, restos de *pizza* en el asiento del acompañante y un anacrónico juguete de los que regalan en las hamburgueserías en la banqueta trasera. Lou, en el fondo, debía de ser un sentimental.

Cogí una habitación, pero pasé la noche en el coche, controlando las habitaciones y el aparcamiento. A las ocho vi salir a Lou de una habitación a nivel de calle y dirigirse hacia el Chrysler. Cuando se disponía a abrir la puerta salí de mi escondite. Mientras le encañonaba los riñones con mi S&W, le confisqué una 32 que llevaba en la cintura y lo registré a fondo en busca de alguna navaja. Tras comprobar que su pistola estaba cargada, me guardé la mía.

—Vaya, Lou, tú por aquí —le dije mientras él levantaba los brazos instintivamente al notar el beso de mi arma en su cuerpo—. ¿No me vas a invitar a conocer tu coche? Vamos. Pasa delante.

Lou se sentó en el asiento del conductor y yo justo detrás, después de apartar toda la porquería.

—Toma —le ordené, dándole unas esposas—. Átate la mano derecha al volante y no hagas tonterías.

Lou estaba aterrado. O al menos lo parecía. No era para menos: estaba convencido de que yo era quien había machacado a los Foster.

—Vamos, Lou, antes eras más charlatán. Qué pronto nos hacemos mayores, ¿eh? Cuéntame todo, ¿quieres? Todo, como si yo no supiera nada.

—Imagínatelo, Wollcott. ¿No eres un tío listo? ¿Qué mierda de detective eres?

A pesar del miedo, o quizás por él, le salía su genio. Le golpeé con

la culata en la cabeza.

—¿Me lo contarás ahora?

—Eres un hijo de puta, Wollcott —me contestó palpándose el chichón con la mano izquierda.

—Lo sé. Habla.

—Hace unos meses salí con la condicional. El viejo Foster me contrató por una miseria. Mi primer trabajo fue la reforma de Old Mission. Teníamos que hacer solamente el exterior, pero yo dejé una ventana abierta para volver y echar un vistazo con tranquilidad. Miré por todos los rincones y en una habitación del piso de arriba localicé un doble fondo en un armario. Allí encontré varias cosas, entre otras, esas cartas fotocopiadas. Las enviaba un tal Joe Pakoulas a Charles Everhardt. Los chicos habían hecho buenas migas. Ya me entiende. Pakoulas le decía cosas muy tiernas. Pero, en una de ellas, le hablaba de un asesinato que había cometido. Se había cargado a la novia de Charles, el muy cabronazo. Estaba como una cabra.

—Y pensaste en hacer chantaje a Pakoulas.

—Muy listo.

—¿Cómo lo encontraste?

—Por la compañía telefónica, amigo. Simplemente miré en la guía. No hay muchos joes pakoulas por esta parte.

—¿Te dieron la dirección?

—Sabes que no la dan, Wollcott. ¿Tú tampoco la tienes? Yo podría conseguírtela si me sueltas y nos olvidamos de todo, ¿eh? Y tú te quedas con la mitad de la pasta si quieres. Yo me esfumo y no me vuelves a ver.

—No es un trato que me interese, Lou. No me ofreces nada que no tenga ya.

Lo registré concienzudamente y encontré todo lo que quería. El teléfono auténtico de Rita Pakoulas y un manojo de copias de seis cartas que había costado dos vidas, por el momento.

—Escucha, Wollcott, si me pasa algo, las cartas van a llegar a la policía junto con tu tarjeta.

—No pareces tan listo. Lo siento, Lou.

—¿Dónde está la tarjeta que me diste, Wollcott? ¿Eh? Dímelo. Se la he dado a un abogado.

Le quité los zapatos. Allí estaba.

—Buen intento, chico.

—Necesitaba guardarme tu tarjeta. Al abogado le di una fotocopia.

—No me hagas reír. Dime una cosa más. Si no tienes su dirección, ¿cómo le hiciste llegar los mensajes anónimos que me mostró Rita Pakoulas?

—¿Te ríes de mí, Wollcott? Yo no he escrito un anónimo en mi

vida. Si casi no sé leer.

—Debí suponerlo. ¿Llegaste a hablar con Pakoulas?

—No, siempre lo hice con la zorra de su mujer. Menuda hija de puta. Te engañó, ¿eh, Wollcott? Seguro que no te ha pagado un dólar.

—Aunque no te lo creas, no me interesa el dinero en este caso. Bueno, a lo mejor sí te lo crees porque si fueras solo ligeramente inteligente te darías cuenta de que eres un verdadero problema para mí.

Quizás no debí haber dicho eso ante un tipo así. Con la mano izquierda liberó el asiento y lo empujó para atrás con toda su fuerza hercúlea. El tope del mecanismo de inclinación saltó por la presión. Como yo tampoco soy pequeño, sentí el dolor de mis piernas y mi tórax, aplastados contra el asiento. Al tiempo, se giró para intentar golpearme con su puño izquierdo, cosa que consiguió parcialmente. Pero, sobre todo, pudo agarrar mi brazo derecho en el que sostenía su pistola. Fue un movimiento ejecutado a la perfección, pero a Lou le fallaba la aritmética. Aún estábamos dos brazos a uno. Con mi mano izquierda recuperé la pistola y le disparé por encima del asiento. Cuando una bala te entra por la cabeza todo debe apagarse de repente, pero Lou siguió aplastándome durante unos instantes. Aun después tuve que esforzarme en salir.

Con las ventanillas subidas, era posible que el disparo no hubiese causado mucha alarma, pero no estaba seguro, así que tenía que tomar una decisión: intentar deshacerme del cadáver de Lou o dejarlo todo como estaba y realizar una visita inesperada al hogar de los Pakoulas. En cualquier caso, cada vez tenía más mierda encima y solo podría quitarme una buena parte si encontraba al asesino de los Foster. Y mis amigos de la policía californiana no iban a tardar en aparecer por allí. No había elección.

Le quité las esposas, puse la pistola cerca de su mano sabiendo que la trayectoria de la bala y la falta de pólvora en su mano no engañarían a los chicos del CSI. Subí a mi coche y me alejé, al tiempo que comenzaba a mover de nuevo mis contactos para localizar el domicilio de los Pakoulas a partir de su teléfono. Una vez lejos, curioseé las cartas. Ya eran tres los muertos que habían provocado unos inocentes trozos de papel escritos hacía quince años. Lou Dumont había removido un pasado muy peligroso. A veces para tapar un muerto hacen falta otros más. Y en ocasiones no se sabe dónde se detiene el proceso.

Era un edificio de apartamentos, también de Menlo Park, que había tenido mejores épocas. Ya no tenía tanta prisa como hacía dos horas, cuando buscaba a Lou, así que me dediqué a estudiar el lugar. El

edificio tenía planta de U, con un pequeño aparcamiento abierto delante. La entrada a los apartamentos propiamente dicha era de madera y no tenía cerrojo. Pasada esta había una piscina y, alrededor de ella, las puertas de los apartamentos del piso bajo. Arriba había otro piso con puertas a un pasillo abierto en voladizo.

A las dos de la tarde vi llegar un Dodge Stealth, una monería de 350 c.v. La reconocí al instante. Ya no era pelirroja, sino morena, y probablemente sus ojos eran oscuros y no violeta eléctrico. Su ropa era más bien la de una jovencita deportiva, muy distinta del vestido de niña bien con el que la conocí. Pero era ella.

Entró a paso firme en el patio. Su apartamento estaba en el primer piso y, por lo que había visto, ninguno tenía alarma.

Era una confiada comunidad formada por profesores de paso, jubilados e investigadores becados por sus lejanos gobiernos. Estábamos fuera de curso, así que la mayoría estarían vacíos.

Dejé pasar el tiempo hasta que se hizo de noche. A las diez salí de mi coche, entré en el jardín y bordeé la piscina. Subí al pasillo del primer piso. La ventana que había junto a la puerta de su apartamento estaba abierta. Solamente había que meter la mano y girar el picaporte. Demasiado fácil.

Me pegué a la pared del apartamento anterior y estiré el brazo para llamar con los nudillos. Al momento, dos disparos apagados y dos agujeros en la puerta. Imité un gruñido de dolor y golpeé fuerte los pies contra el suelo, intentando simular el ruido de un cuerpo al caer.

A los pocos segundos se entreabrió la puerta. Aproveché el momento para empujarla con toda la fuerza de mis más de doscientas libras.

Con el golpe, ella cayó hacia dentro y la pistola se le fue de la mano. El picaporte se le había clavado en el estómago y no podía respirar. Cogí su pistola y me guardé la mía. Cerré la puerta y esperé a que se recuperase. Cuando lo hizo, le até los brazos por detrás de la espalda con mis esposas y la senté en el sofá. Estábamos en una estancia única, decorada con mucha parafernalia deportiva, así que no tenía que preocuparme por el señor Pakoulas. De pie delante de ella comencé a interrogarla.

—Buenas tardes, señora Pakoulas —dije cuando recobró el aliento.

—Muy listo, Wollcott, aunque un poco menos de lo que yo pensaba.

—¿Por qué?

—Se ha dejado engañar por un negro expresidiario.

—Yo le pedí más tiempo, ¿recuerda? Con solo un día más habría descubierto la mentira y los Foster estarían vivos. Pero no quiso gastarse cuatrocientos pavos más.

—Ya ve, por cuatrocientos míseros pavos.
—¿Por qué lo hizo?
—No sea idiota: porque usted me dijo que el viejo tenía las cartas.
—Pero no las encontró. ¿Para qué matarlos entonces?
—¿Quiere que le diga la verdad, Wollcott?
—Claro.
—Pues la verdad es que los maté antes de registrar la casa. Me estaban poniendo nerviosa con sus gemidos.
—Lo entiendo. ¿Y cómo sabía que yo vendría esta noche?
—Lou me advirtió sin querer.
—¿Lou?
—Oiga el contestador.
Busqué el aparato y le hice soltar el último mensaje.
«Vaya, vaya, mi pequeña zorra tiene muy mala uva. Me has mandado un sabueso para que me encuentre y me mate. Pero lo he engañado y el gilipollas ha matado a los Foster. Ahora voy a llamarle para citarme con él mañana. El caché por las pruebas ha subido a trescientos mil. Te lo digo por si el detective quiere pasarse de listo con nosotros dos».
—Luego no había anónimos: eran llamadas.
—Los anónimos los tuve que escribir para hacerle creer mi versión…
—… De chantaje por motivos sexuales.
—Era lo más parecido a la realidad. En cuanto supe que habría cita comprendí que le mataría. Lo ha hecho, ¿no es cierto?
—Así es —reconocí con pesadumbre.
—No le quedaba otra solución, ¿verdad?
—Siempre hay otra solución, pero Lou creyó que no. ¿Pero dónde está el señor Pakoulas? En esta casa no lo veo.
—¿No lo ha adivinado aún? Le creí más listo.
Me golpeé la frente con la mano izquierda mientras seguía apuntándola con la derecha. Miré sus piernas fibrosas, sus clavículas potentes. Sin embargo, sus manos y su voz eran perfectas.
—Joder, es verdad: un travestido.
—Un transexual, Wollcott.
—Tendría que haberlo adivinado al darme cuenta de que me contó la historia con los papeles invertidos. No era Joe Pakoulas el que había rechazado a Charly Everhardt, sino al revés. Estoy perdiendo facultades.
—Nunca las tuvo, Wollcott. Por eso lo elegí.
—Pues parece que he llegado más lejos de lo que esperaba. ¿Cuál es su nombre de pila ahora?
—Jane Pakoulas.
—J. Pakoulas en la guía telefónica. Por eso el tonto de Lou pudo

encontrarla. ¿A quién se le ocurre tener el nombre en el listín?

—¿Piensa matarme por ello como a Lou Dumont?

—Me temo que es la misma situación. Uno de los dos sobra y ahora yo tengo la pistola.

—Eso no es cierto. Piénselo. Usted sabe que yo maté a los Foster.

—Y a Sue Grant —añadí.

—Y a Sue. Correcto. Y yo que usted mató a mi chantajista. Si usted no habla, yo no hablaré. Y viceversa. Medite un momento. Seguro que usted ha montado un simulacro de suicidio y ha destruido todas las pruebas que puedan relacionarnos a los dos con Dumont. ¿Me equivoco?

—En absoluto —mentí.

—Entonces por ese lado podemos estar tranquilos. Es la prueba de que vamos juntos en esto. Si ninguno de los dos habla, ambos estaremos seguros. El caso de los Foster se limitará a un asunto entre un empleado negro y exconvicto que mata a su jefe y termina suicidándose.

—Es un razonamiento interesante, pero falla. Primero porque existen las cartas y usted ya ha demostrado que es capaz de matar a cualquiera por ellas. Y da la casualidad de que ese cualquiera que las tiene ahora soy yo. Y, segundo, porque a pesar de todo lo que ha expuesto, los dos dormiríamos más tranquilos si el otro estuviese muerto.

—Me lo pone difícil.

—Como usted a Sue Grant. ¿Cómo lo hizo? ¿Barbitúricos?

—Si me va a matar, prefiero llevármelo a la tumba. Pero yo que usted me lo pensaría, Wollcott. Matar a una policía, aunque sea transexual, es algo que suele acarrear bastantes problemas.

En esto último tenía mucha razón. Era su mejor argumento y la creí enseguida: esa era la causa de su extraordinaria sangre fría en esos momentos. Yo había visto asesinos dispuestos a comerse sus heces por conseguir treinta segundos más de vida. Ya estaba bastante cubierto de mierda como para además echarme encima a la hermandad de polizontes.

—Está bien. No me gusta matar más de dos veces en un mismo día. La sensibilidad se embrutece.

Le solté las esposas, pero seguí apuntándola.

—Pero dígame a cambio qué pasó con Sue Grant.

—Si le soy sincero, fue sencillo, como un juego. Ese día todos los de la pandilla habíamos estado bebiendo demasiado. Era prácticamente nuestra despedida. Al día siguiente empezaríamos a partir a diferentes universidades. Charles se iba a marchar al este, y yo me iría a UCLA. Sue era un año más joven. Charles y Sue habían empezado a salir en serio hacía solo unas semanas. Yo estaba rabiosa,

fuera de mí, pero decidí actuar con frialdad. Le dije a Sue que tenía una cosa muy importante que decirle acerca de Charles y quedé con ella a orillas del lago a la una de la mañana. Esa noche Sue dejó a Charles a las once en su casa y luego vino a la cita. Recuerdo que había una tormenta seca espectacular. Llevé una botella de *whisky* cargada de somníferos. Sue los tomaba desde que sus padres se divorciaron. Elegí los de su marca. Lo demás fue sencillo, aunque tardó en dormirse más de lo que yo planeé. Charlamos y bebimos. Yo le dije que la amaba, que no quería irme de allí sin decírselo, que Charles era mi mejor amigo, pero que a partir de ahora cada uno seguiría su camino. Nunca más volveríamos a vernos, pero que al mismo tiempo no quería desaparecer sin que ella lo supiera. Todo ese rollo. Le dije que Charles era el mejor chico que podía encontrar y que se casara con él cuanto antes. Recuerdo que me besó y se quedó dormida con sus labios en los míos. Después dejé en el coche la caja de somníferos, la botella de *whisky*, moví la palanca de cambios y quité el freno de mano. Se hundió lentamente y ella ni siquiera reaccionó. Por lo menos yo no oí nada. Borré las huellas de mis pies y también las de mi coche hasta la carretera.

—¿Qué dijo el forense?

—Que había muerto ahogada, pero que tenía grandes dosis de alcohol y somníferos en el cuerpo. Suficientes como para no darse cuenta de que el coche se hundía hasta que fue demasiado tarde. La gente dijo todo tipo de tonterías, incluida la de que se había suicidado porque no podía soportar separarse de Charles.

—¿Y luego?

—Lo tiene en las cartas. Volví a declararle mi amor a Charles y le expliqué que la muerte de Sue era una prueba de él. Una estupidez de adolescente. Charles se alejó de mí para siempre. Estoy seguro de que ahora es un *gay* que vive feliz con algún tipo bigotudo en Detroit, pero entonces no podía admitirlo. Era demasiado joven y estaba demasiado presionado. La vieja historia. Yo al final no terminé la carrera. Me hice una mujer, me metí en la academia de policía y así acaba la historia.

—Hasta que Foster contrata a Lou Dumont y el nuevo dueño de la vieja casa de los Everhardt los elige para reformarla antes de alquilarla de nuevo. Lou se cuela en la casa, encuentra las cartas, empieza con lo del chantaje y usted necesita a alguien que investigue en su lugar, que le haga el trabajo pesado. Del sucio ya se encargaría personalmente. Bien… hágame un favor: la próxima vez queme las cartas. O mejor, nunca más vuelva a escribir una.

—La verdad es que yo creí que las cartas no existían. Le pedí a Charles que me las devolviera y este lo hizo. Luego las quemé. Pero el muy hijo de puta debió de hacer una copia, no sé para qué. Quizás para evitar que en el futuro yo le hiciese chantaje por nuestra

relación, ¿quién sabe?

—Pues ahora que ya sé todo lo que quería saber, aquí le dejo las copias y le aseguro que yo no he hecho otras. Creo que es la mejor manera de asegurarme de que no va a querer matarme de nuevo.

Me levanté para dirigirme a la puerta. Aunque estaba sobre aviso, fue muy rápida. Levantó la tapa de una caja que había en la mesita baja, junto al sofá, sacó una 14 milímetros y disparó cuando yo aún no había terminado de apuntarla con su pistola. Me atravesó el costado izquierdo a la altura del ombligo. Mi bala le alcanzó en pleno rostro.

Yo llevaba puesto el silenciador, pero ella no. Pronto habría mucho jaleo por allí. Alguien habría llamado ya a la policía. Apretándome el costado con la chaqueta para que no cayera la sangre al suelo, traté de eliminar toda huella de mi paso, incluidas las cartas. Metí en una bolsa todo el dinero y lo que había de valor por allí encima. Ya me iba a ir cuando recordé mi tarjeta. La encontré en su bolso de mano.

Han pasado quince horas. Estoy en la oficina sentado en mi silla, mirando la puerta de cristal con mi nombre al revés seguido de «detectives». Lástima que el plural no sea verdad y no tenga un socio que me eche una mano ahora. Pero siempre he sido un lobo solitario.

La herida ha dejado de sangrar hace tiempo. Confío en que el túnel que me ha hecho la bala haya atravesado solo unas cuantas capas de grasa. No lo creo: el agujero tenía hace un rato un aspecto grisáceo bastante sospechoso, y un dolor me acomete de vez en cuando como una puñalada. Las fuerzas también me están abandonando rápidamente.

No sé si llegará antes la vieja dama de la guadaña o los chicos de homicidios, los amigos de Jane Pakoulas. Para el caso es lo mismo. Supongo que he dejado bastantes pistas como para que den conmigo. Alguien me vería con Lou en el *parking* del motel, o entrando en el apartamento de Pakoulas. Alguna gota de mi sangre habrá caído en la moqueta. O quizás los de homicidios hayan seguido los movimientos de su colega transexual hasta averiguar que hizo una visita a un viejo detective fracasado. Es probable que Jane Pakulas fuese una mujer ordenada y hubiese anotado en su chequera cuatrocientos pavos para Wollcott. O a lo mejor Lou no era tan estúpido y, en efecto, ha dejado el encargo de que envíen los documentos a la poli en el caso de morir. Hay tantas posibilidades. Pero el caso es que han pasado quince horas y sigo aquí.

Las cartas xerocopiadas están encima de la mesa. También la copias de las páginas de un viejo periódico. Me gusta mucho la foto de los tres chicos. He estado mirándola un buen rato. Es la imagen de una

infancia feliz y olvidada. Algo que ni yo ni Lou Dumont tuvimos nunca, pero que sí tuvieron esos muchachos antes de crecer y complicarse la vida. Todo se complica cuando uno se hace mayor. Desde hace un rato ya sé también por qué me sonaba el muchacho de la derecha. Era Jane Pakoulas. Qué idiota soy. Si la hubiera reconocido a tiempo quizás todo habría sido diferente. Con eso me habría bastado para defenderme en un juicio. O quizás no. Quién sabe lo que puede hacer la policía por encubrir a un colega. Pero ya no puedo dar marcha atrás. He resuelto el caso, pero lo he hecho demasiado tarde, incluso para mí mismo.

He pensado en quemar todas estas pruebas, pero creo que ya no tiene sentido. Quedarán encima de mi mesa y solo las quemaré si, cuando despierte de este sueño que se va apoderando de mí, la herida tiene mejor aspecto, oigo los coches pasar por el bulevar y los de homicidios siguen dando vueltas alrededor de cuatro cadáveres sin saber lo que les une.

PASIÓN A TRAVÉS DEL TIEMPO

Por María Ballester

Nota preliminar

Señor profesor: Este relato es solamente un resumen de la historia que he imaginado alrededor de la fotografía. A lo mejor algún día tengo tiempo de desarrollarla por completo. Gracias.

Esta historia empieza cuando tres chiquillos y un can se juntan frente a una cámara fotográfica para ser retratados. Están junto al río, en el borde oriental de una gran finca particular. Se trata de Francisco Javier, al que llaman cariñosamente Javo; su hermana Ana María; Beto, el hijo del jardinero, y su perrito Tolo. La foto la toma el padre de los dos hermanos y dueño de la finca.

Beto, o Roberto, es un chico noble, aunque ambicioso y con grandes aspiraciones. Con solo doce años se ha propuesto que, de mayor, llegará a tener lo que tienen sus amigos: una gran casa, caballos, un piso en la ciudad, coches, sirvientes. Por el contrario, Javo es un botarate divertido e irresponsable, de la misma edad que Beto. Es el ojo derecho de sus padres y se aprovecha de ello a cada minuto del día. Por último, Ana María es opuesta a su hermano, una niña estudiosa, responsable, y con solamente diez años, enamorada de la lectura. Tiene una gran vida interior que apenas nadie conoce.

Al volver a casa Roberto le cuenta a su padre la excursión. El jardinero, que es viudo y vive con su hijo en una pintoresca casita dentro de la gran propiedad, se enfada mucho y le prohíbe posar en más fotos con los señores. También le recomienda que ponga toda la distancia que pueda entre ellos o terminará por provocar problemas para los dos.

Pasan los años. Ana María se ha transformado en una mujercita preciosa de dieciséis primaveras. Beto, que ha cumplido los dieciocho, sueña con ella despierto y dormido. Al mismo tiempo, Beto y Javo compiten en todo, aunque Beto siempre gana. Es más listo y mejor deportista. En uno de sus desafíos, una imprudente carrera a caballo por la finca, Javo sufre un accidente al perder el control. Sale despedido por las orejas del caballo y queda tendido en el suelo, inconsciente. Hay una conmoción terrible en la casa. Carreras, gritos histéricos… La madre de Javo, fuera de sí, acusa a Beto de haber sido

el causante del accidente. Cuando Javo, que finalmente solo tiene una conmoción, despierta, también acusa falsamente a Beto de haberle cerrado el paso hasta hacerle descabalgar. El padre de Javo cree esta versión y habla con el jardinero para pedirle que su hijo no pise fuera de su casa y el pequeño terreno adyacente.

Beto decide marcharse pero, antes de partir, le confiesa su amor a Ana María. Lo hace apresuradamente, mientras ella está tomando un baño en la piscina. Desde el borde le dice que la ama. Ella también está muy enamorada de él, pero habría querido que su declaración se produjese de una forma más romántica. No sabe que Beto tiene un billete de tren para una hora más tarde. Molesta y altanera, miente y le dice que lo quiere mucho, pero como a un hermano, y que ya estaba prometida desde hacía una semana. Después, cuando se da cuenta de que Beto se estaba despidiendo para siempre, llorará amargamente por su niñería.

Pasan doce años. Ella se ha casado con un chico de buena familia, pero no es feliz. No tienen hijos y ninguno de los dos se encuentra a gusto con la idea de tenerlos. Han dejado de hablar de ello y prácticamente han dejado de hablar. Ana María trabaja de asesora en el Ministerio de Cultura. Su marido es directivo de una gran empresa. Un día, esa empresa es comprada por otra mayor. A los pocos meses, Ana María y su marido son invitados a asistir a una cena de compromiso en la gran mansión del nuevo dueño. Llegan a ella con sus mejores galas. Ana María sale del vehículo y se encuentra con Beto en la escalinata de mármol que lleva hasta la puerta. Lo reconoce y le saluda cariñosa. «Me alegro de que trabajes en esta casa tan importante», le dice. «Y yo me alegro de que tú te alegres», contesta él. Cuando han llegado todos al enorme salón, Beto pide silencio y comienza a decir unas palabras como anfitrión. Ana María se quiere morir. Beto se ha convertido en el dueño de un grupo de empresas en una de las cuales trabaja su marido. Ella averigua durante la cena que también se casó, pero que ahora está separado. En un momento dado, Beto deja plantado a un grupo de aduladores y va derecho hacia Ana María. Ella quiere pedirle perdón, pero él no le deja ni intentarlo. Le propone dar un paseo por el jardín. «Como el día en que me declaré, solamente tenemos unos minutos —le dice él—. Espero que esta vez te hagas cargo mejor de la situación». Lo hace y en solo unos minutos se ponen al corriente de sus vidas sin guardar secretos. Él le propone una cita. Ella se niega, pero Beto insiste. «Sigo siendo como un hermano para ti, ¿no?», argumenta. Ana María acaba por aceptar.

A pesar de sus palabras, en la cita, que tiene lugar en un elegante ambigú propiedad de Beto, este la corteja desde el primer instante. Le confiesa que sigue enamorado de ella y que tuvo que dejar a su mujer cuando se dio cuenta de que solo podía quererla a ella. Incluso reconoce que la empresa de su marido no le importa nada y que si la había comprado era con el único objetivo de tener una oportunidad de volver a verla y de reaparecer ante ella como un triunfador. A pesar de todo, Ana María resiste. Durante las semanas siguientes, Ana María lanza todo tipo de mensajes de socorro a su marido: le propone viajes, un cambio de ciudad o de país, pero este se niega a todo y empieza a tratarla como si estuviera loca. Finalmente tienen otra cita. Beto la prepara minuciosamente y Ana María sucumbe a sus deseos.

Beto envía al marido de Ana María lejos del país por una temporada. Sin estorbos de ninguna clase, los amantes se ven a diario en un discreto pero lujoso ático del centro de la ciudad. Ella pierde la noción del espacio y el tiempo. Se entrega a él como el drogadicto a la droga, recurriendo a ella cada vez que a su conciencia aflora el más ligero malestar. Pero, a las pocas semanas, el marido tiene un grave accidente de tráfico en el lejano país donde lo ha enviado Beto y queda inválido. Ana María despierta de su sueño y, de repente, se ve en la disyuntiva de abandonar a su marido y marcharse para siempre con Beto o consagrar su vida a cuidarle. Es una lucha interior desgarradora. Ana María se siente culpable del accidente de su marido de una forma irracional. Sospecha que su misión en el extranjero había tenido que ver con Beto y que ella no había querido asumirlo. Contra su corazón, decide dejar de ver a Beto y ocuparse de su marido enfermo. Le envía una carta muy triste a su amante en la que afirma que lo querrá siempre, pero le pide que dejen de verse.

Pasan cinco años más. Beto se ha enfrascado en sus negocios y a sus treinta y cinco años es una de las grandes fortunas del país. Ana María ha permanecido todo ese tiempo cuidando de su marido. Este se ha vuelto un ser completamente insoportable. Un déspota cruel que disfruta torturándola psicológicamente. Cuando Ana María más desesperada está, al borde mismo de una fuerte depresión, alguien llama a la puerta de la casa y tras ella aparece una mujer acompañada de un niño de cinco años. Al parecer, antes del accidente y durante la corta etapa que pasó fuera, también a su marido le había aprovechado el tiempo. La mujer se presenta con pruebas fehacientes y pide que se le reconozca la paternidad al niño. Al hombre no le queda más

remedio que admitir los hechos y confiesa que quiso mucho a esa mujer. Es más, afirma que nunca pudo olvidarla. Ana María asiste atónita a la escena en la que esa pobre campesina se echa a los pies de su marido y le suplica que le deje cuidarlo. Por fin Ana María se siente libre para volver con Beto.

Esta vez es ella la que lleva la iniciativa. Tienen un encuentro en una ciudad alejada de la suya. Ella quiere que todo sea nuevo. Que su relación comience de nuevo sin ataduras ni embargos. Él no está acostumbrado a que alguien le marque el paso, pero se traga su orgullo porque sigue tan enamorado como el primer día.

Parece que esta vez, por fin, va a acabar en boda. Se envían las invitaciones, se inician los preparativos y Ana María vive en una nube de felicidad. Su hermano Javo recibe también la invitación. Para ello Ana María ha tenido que perdonarle muchas cosas pero, principalmente, que nunca la ayudara tras el accidente de su marido y que, tras la muerte de sus padres hubiera dilapidado la fortuna familiar. El alocado Javo se ha vuelto un ser amargado, con tendencias autodestructivas. Su débil voluntad dejó el camino expedito al alcoholismo y la drogadicción. Pero, a pesar de que la unión de Ana María suponía arreglar definitivamente su situación, Javo no puede soportar la idea de que su hermana se case con el hijo de su jardinero. Así que espera al peor momento, el día de la boda, y cuando el cura hace la pregunta, él alza la voz para decir que el matrimonio no puede producirse porque Ana María y Beto son hermanos. Afirma que su padre tuvo una relación con una mujer del servicio y que ella se casó después con el jardinero, aunque entones ya estaba embarazada. Después la mujer murió en el parto. Se organiza un escándalo tremendo pero la boda se suspende. Beto se niega a las pruebas genéticas, pero Ana María le convence de que olvide su orgullo y se las haga. La historia de Javo es una gran mentira, pero no es un idiota y tiene ya preparada la forma de hacerla verdad. El jefe del laboratorio donde se practican las pruebas está en sus manos por un viejo asunto de drogas y accede a falsificar los resultados. El padre de Beto, mientras tanto, no se ha enterado de nada. Vive retirado en una casita que le ha construido su hijo dentro de su gran propiedad. Pero Javo se ocupa de que se entere haciéndole llegar copias de los periódicos sensacionalistas. Al hacerse públicos los falsos resultados, el pobre viejo no puede resistir tanto oprobio y se suicida. Beto intenta sobreponerse a la tragedia apoyándose en Ana María. Le pide que se sigan viendo, que sean amigos. Pero ella le responde que es imposible, que nunca podrá verle como un amigo y que vivir enamorada de su hermano es para ella un peso demasiado grande.

Pasan como otros diez o doce años. Beto tiene 48 y se ha convertido en uno de los hombres no solo más ricos, sino más poderosos del país. Sigue soltero y sin compromisos serios. Vive para el trabajo y la política.

Ana María también vive sola. Beto quiso proporcionarle una casa y una pensión, pero ella se negó. Ha dejado hace tiempo la Administración y es dueña de un picadero. Al principio le resultó difícil pero, a base de voluntad y esfuerzo, ha conseguido que el negocio funcione y vive desahogadamente, aunque a costa de mucho trabajo y de estar pendiente de todo. Su única preocupación es Javo, que está muy enfermo, en fase terminal, por culpa de una cirrosis. Ella es la única persona que lo cuida porque ninguna mujer, ningún amigo de los muchos que ha tenido en su vida, lo han querido de verdad. Unas horas antes de morir, Javo le confiesa a Ana María con lágrimas en los ojos que todo aquel asunto de las pruebas genéticas fue un engaño, y le pide que le perdone o no podrá morir tranquilo. Ana María le perdona sinceramente y Javo muere en sus brazos. A los pocos días del entierro, Ana María llama a Beto y le anuncia la muerte de su hermano. En la misma conversación le pide una cita para contarle algo que Javo le dijo antes de morir. Se encuentran. Beto sigue siendo un hombre tremendamente atractivo, adornado por sienes plateadas y un rostro en el que cada arruga parece tener una situación adecuada para incrementar su encanto. Beto piensa igual de Ana María. Sigue teniendo un tipo de veinteañera y lo acompaña de una elegancia innata potenciada por la economía de gestos de la edad. Ambos se lanzan piropos mutuos pero, cuando ella le explica que definitivamente no son hermanos, que todo fue un montaje de Javo y que pueden volver a intentarlo, Beto se entristece. Queda largo tiempo en silencio y finalmente le contesta que no, que para superar el trauma de su separación tuvo que extinguir su amor para siempre y que ya no siente nada por ella, solamente su vieja amistad.

Ella vuelve a su vida cotidiana que ahora le parece carente de todo sentido. Pero a los pocos días recibe una carta anónima. El autor es el mismo jefe de laboratorio que aceptó el chantaje años atrás. Al conocer la muerte de Javo decide liberar su conciencia y le envía los resultados verdaderos. ¿Por qué? Porque los análisis no solamente determinaban que Beto no tenía nada que ver con Ana María, sino que detectaban en Beto una enfermedad genética que podía llegar a ser mortal si no empezaba a tratarse ya en ese momento. Ana María comprende entonces que la maldad de su hermano había ido aún más lejos incluso de lo que él mismo quería. Y entiende, además, por qué Beto no quiere volver con ella: él está ya enfermo y prefiere ahorrarle lo que se le viene encima. Ana María consigue convencerle de que vuelvan a verse con la excusa de unos negocios en los que quiere que

él la asesore.

En la cita, Ana María obliga a Beto a confesar lo que le pasa. Ella le suplica y llora, y le maldice, hasta que le convence para que se casen y le deje cuidarle. Se casan en la intimidad y él comienza una batalla perdida contra la enfermedad. Ambos luchan juntos contra lo imposible. Él demuestra una entereza ejemplar que asombra a los médicos. Ella es la encarnación del amor sacrificado. A los seis meses de la boda Beto muere. Ana María se había empeñado en firmar una separación de bienes antes de la boda, pero enseguida descubre que, a sus espaldas, Beto había hecho testamento a favor suyo y de una Fundación que había creado para proteger a la infancia de los países pobres.

Al leerse el testamento, Ana María descubre que, además, es la dueña de la vieja mansión de sus padres. Beto se la había comprado secretamente a Javo a través de una empresa y le había dado mucho más dinero del que valía, lo que le permitió vivir dignamente hasta su muerte. Beto le pide a Ana María que siga manteniéndola.

Cuando entra en la casa, Ana María se la encuentra totalmente restaurada y espléndida. Recorre los jardines con el alma sobrecogida. Escucha los ecos de su infancia en los rincones ocultos, en los retorcidos senderos que ahora le parecen mucho más cortos. Después entra en la casa y recorre las estancias. También están arregladas conforme a la decoración del momento en que Beto dejó la casa para hacer su vida. Al entrar en su cuarto, sobre la chimenea, descubre la vieja fotografía de la excursión al río con Javo, Ana María y su perro Tolo, que había guardado toda su vida como un tesoro. Junto a ella hay una larga carta, la última carta de Beto. En ella, él le reafirma su amor eterno y hace un recorrido de todo lo que había hecho por ella y para ella. También le dice que quiere que dirija la fundación y vuelva a dar muestras de la misma entereza con que había hecho frente a su penosa enfermedad. Incluso tiene palabras de perdón para Javo, la persona que más daño le había hecho en su vida. Primero, alejándole de Ana María, segundo provocando el suicidio de su padre y tercero, evitando que su enfermedad se tratase a tiempo. Al final, dice, ni siquiera él, ni siquiera la enfermedad habían evitado que sus almas se reunieran. Se despide de ella temporalmente a la espera de que dentro de muchos años los dos se junten para siempre.

Ana María se pone al frente de la Fundación creada por su marido para defender a los niños pobres del mundo y empieza una nueva vida

en la que Beto está siempre presente acompañándola y aconsejándola.

ELISA, BAILARINA GIGANTESCA

POR VANESA VARGAS

NOTA: Como verá, profesor, he seguido sus consejos, pero no del todo.

Hace unos años alquilé un local para instalar las oficinas de mi empresa. Era un piso grande y luminoso, situado en un barrio burgués de una pequeña y próspera ciudad. Durante años y hasta que yo entré con mis mesas y mis mamparas desmontables, había sido utilizado como academia de baile. Todavía quedaban algunos trastos por allí antes de hacer la mudanza, entre ellos, un feo archivador de chapa gris. Una tarde, mientras esperaba a los pintores mucho más tiempo del que habría esperado al mejor de mis clientes, me entretuve en curiosear sus carpetas. Muchas estaban vacías, pero en una de ellas encontré un relato interesante. Me lo imagino destinado a inspirar una coreografía o una ópera, o quizás a unir las dos cosas en un solo espectáculo total. Su título era intrigante: «Elisa, bailarina gigantesca».

Elisa era feliz pero no crecía. Vivía en una pequeña ciudad de provincias, tenía unos padres que la querían mucho y buenos amigos. Y además tenía la danza, que era su gran pasión. Elisa se sentía muy bien en los 130 centímetros en los que se había instalado desde los ocho años. Le parecía una altura excelente aun ahora que tenía quince. A los doce años le había venido la regla y su madre, en lugar de preocuparse por aquella cosa extraña que le ocurría a su cuerpo, empezó a obsesionarse con su altura. Al año siguiente, el médico anunció a sus padres que la niña no crecería más. La niña estaba presente y no entendió por qué su madre se puso a llorar, ni por qué el médico actuaba como si ella no existiera. A su madre se le pasó enseguida y ella prefirió pensar que todo había sido una tontería de los mayores.

Elisa vivía en dos mundos diferentes. Durante los días de clase se instalaba en el mundo femenino: el de sus compañeras, el de las clases diarias de danza donde todas eran chicas. Durante el fin de semana se trasladaba al mundo que más le gustaba, el de los chicos. En él tenía a sus dos mejores amigos, Quique y Carlitos. Eran un poco mayores en edad pero, sobre todo, habían crecido bastante más que Elisa. En la foto preferida de Elisa aparecían los tres juntos en una excursión a la montaña organizada por la parroquia, junto a un perro que les siguió toda la jornada y al que llamaron Richard, no se sabe muy bien por qué. Probablemente a instancias de Carlitos, que era el que más

imaginación tenía. Cuando estaba triste, mirar esa foto le traía consuelo.

Si el tres dicen que es un mal número, ese no era su caso. Eran inseparables. Todo lo hacían juntos, incluso jugar al fútbol. Cuando se organizaban los partidos, el resto de los chavales sabía que había dos condiciones: tenían que admitir a Elisa a pesar de ser una chica, y los tres tenían que jugar en el mismo equipo. La primera condición solo dio problemas la primera vez, porque enseguida Elisa demostró que era ágil como un gato, o mejor dicho, como una bailarina, y se escurría como una anguila entre las piernas de los chicos con la pelota pegada a sus pequeños pies. Pero su mundo iba mucho más allá de jugar al fútbol. El trío era habitual de los programas dobles en el cine del barrio, consistentes generalmente en una del oeste y otra de romanos. También eran asiduos a la biblioteca pública, donde los sábados de lluvia y frío disfrutaban de interminables mañanas de lectura. Elegían un libro cuidadosamente y luego lo leían los tres al mismo tiempo. Habían llegado a igualar sus ritmos de lectura para que quien pasara las páginas no tuviera ni siquiera que preguntar cuándo podía hacerlo.

De tanto en cuanto, y si el tiempo era apacible, se alejaban de las casas del barrio hacia los arrabales para volar, o intentar hacerlo, alguno de los aparatos que construía Carlitos, un apasionado del aeromodelismo. Su campo de lanzamiento era una colina pelada que se elevaba un centenar de metros sobre el paisaje más bien chato de la ciudad. La mayoría de los vuelos eran breves y siempre únicos, porque el aterrizaje causaba tremendos estragos en esos artilugios de papel y madera. La vuelta a casa les servía para consolarse y encumbrar con el recuerdo colectivo esos breves instantes en los que el planeador se había hecho un rumbo propio entre el suelo y el cielo y evolucionado en una libertad exultante y suicida, antes de chocar con la copa de una morera o amorrarse contra una piedra. Quique, el cronista del grupo, levantaba acta al día siguiente de cada lanzamiento mediante la narración de los hechos en un cuaderno azul marino, serio y milimetrado. Aunque a veces se le iba la mano en la exaltación de las evoluciones del aerodino, Quique daba a sus relatos toda la seriedad que un científico pondría en sus cuadernos de trabajo.

Día 25 de mayo. Ligero viento de poniente. El aeromodelo Sirius III, de 145 cm de envergadura levanta el vuelo mediante un cable de arrastre manual a las 17:30 horas. Tras adquirir altura se libera del arrastre y

emprende un suave y elegante planeo en dirección a levante con ligera cadencia descendente. El vuelo progresa hasta que la aeronave toma contacto no deseado con el poste de un tendido eléctrico en desuso, sufriendo daños graves que le impiden continuar en el aire.

La vida de Elisa iba a cambiar con la misma brusquedad con que terminaban los vuelos de los aviones de Carlitos. Una tarde de junio sus padres acudieron a una cita con doña Dolores, su profesora de *ballet*. «Ya no puedo enseñarle nada —les dijo—. Su hija tiene futuro en la danza, al margen de su estatura, y sería una pena que no continuase la carrera. Yo puedo hablar con la dirección de la Fundación Nijinski para que le concedan una beca. Allí terminaría el bachillerato y tendría la oportunidad de llegar a ser una profesional». Esas pocas palabras bastaron para destruir el mundo perfecto que había sido hasta entonces la infancia de Elisa. Por un lado estaba el *ballet*, su gran pasión. Por otro sus amigos, su ambiente, su vida. Pero Elisa había dejado de ser una niña y sabía que las cosas no iban a seguir así mucho tiempo. Carlitos y Quique tenían un año más y, pasado el verano, iniciarían el preuniversitario. Al año siguiente se marcharían a estudiar a universidades lejanas. Carlitos estudiaría una ingeniería en la gran ciudad. Quique probablemente seguiría el mandato de su padre cirujano y se matricularía en Medicina, a pesar de que quería ser periodista. Así que a su mundo le quedaba, en el mejor de los casos, apenas un curso de vida.

Ese verano, Elisa recibió sendas cartas de sus amigos. Carlitos, que estaba en la costa, le pedía que se quedara, que se olvidara del baile y que estudiara para ir a la universidad. Allí la estaría esperando. Él la quería. A cualquier persona aquella le habría parecido una carta desapasionada, pero Elisa sabía lo que alguien como Carlitos había tenido que sufrir para poner en palabras sus sentimientos. Quique, que viajaba por el extranjero, también le declaró su amor. Pero lo hizo a su manera. Le aconsejó que aceptase la beca, que iniciase su propio camino, y que no le olvidase, porque tarde o temprano volverían a encontrarse.

La última vez que se los vio juntos fue el 10 de septiembre de aquel año. Se reunieron el día antes de que Elisa se marchara a la Fundación. Era una tarde de luz naranja en la que el verano daba sus últimas y deslumbrantes bocanadas. Las moreras liberaban las primeras hojas amarillas a lo largo de la vereda. Elisa no sabía qué iban a volar esa vez. Carlitos llevaba una bolsa pero no se veía asomar por ella ningún ala o fuselaje. Era una sorpresa, le habían contestado al unísono sus amigos. Cuando llegaron arriba, Quique entretuvo a Elisa mientras Carlitos hacía los preparativos. «No mires o no tendrá

gracia», le dijo, mientras le contaba que haría el curso preuniversitario orientado a Medicina. «Ya está», anunció Carlitos. Elisa se dio la vuelta y vio un globo aerostático de unos dos metros de diámetro elevarse del suelo lentamente. Estaba construido a gajos naranjas y rojos y en el centro, en grandes letras, se leía «Elisa: sé feliz». Se reunieron los tres y Elisa agarró las manos de sus amigos mientras el globo subía sin descanso al tiempo que se alejaba en dirección al oeste. Cuando ya no se pudo ver ni rastro de él en el cielo volvieron de la mano, sin decir palabra.

Elisa amaba la danza más que a nada y en la Fundación debería haber sido feliz. De hecho, cuando bailaba, parecía casi feliz. Pero una tristeza subterránea había anidado en sus entrañas desde que se separó de sus amigos. Se había llevado la foto con ella y de vez en cuando la miraba, pero ya no ejercía el mismo efecto. Elisa se entregaba a la danza como si fuese el único consuelo, pero su tristeza crecía. Algunos dicen que fue eso lo que le produjo un cambio hormonal, otros que fue debido a una gripe mal curada pero, fuera lo que fuese, el caso es que por fin, y a pesar de los pronósticos médicos, Elisa empezó a crecer. Y lo hizo a un ritmo insospechado. Con quince años y medio llegó a 140 cm. Sus padres y profesores se alegraron mucho, porque era una estatura que le permitiría huir de un futuro circense. Con dieciséis años llegó a 150 cm y todo el mundo pensó que pronto terminaría ese súbito estirón. Pero, con dieciséis años y medio, se acercaba ya a 170 cm y los médicos empezaron a preocuparse. El último curso lo empezó marcando 180 cm y ya tenían que hacerle las zapatillas a la medida. Para la función final de curso, Elisa había pasado de 190 cm. Lo increíble era que mantenía toda la técnica, flexibilidad y equilibrio que lucía cuando alzaba 60 cm menos. Nuevamente era un fenómeno que se aproximaba a lo circense, pero esta vez por el otro extremo. Los escasos bailarines que había en la compañía resultaban ridículos bailando a su lado, y no había muchos en todo el mundo que pudieran hacer pareja con ella. Los médicos repetían sus análisis una y otra vez sin encontrar la razón por la que Elisa crecía y crecía. Pero los médicos no saben dónde se encuentra el lugar de la tristeza.

Cada final del curso se ofrecía la gran función de los alumnos del último año. Era un acontecimiento no solo para la Fundación, sino para todo el mundo de la danza. A ella acudían los directores de los *ballets* más famosos del mundo, ansiosos por descubrir y contratar a

los mejores nuevos talentos. Para la Fundación era, por tanto, un tremendo compromiso. No podía fallar si quería seguir siendo considerada como el lugar donde se gestaban las futuras figuras del *ballet* mundial. Pero ese año se enfrentaba a un serio problema: su mejor alumna tenía la altura de una pívot de baloncesto y parecía empeñada en seguir creciendo. Finalmente, los profesores encontraron una solución ingeniosa. La protagonista tenía que ser por fuerza Elisa, pero no podía bailar con pareja. Así que resolvieron dividir el papel entre dos alumnas. Elisa bailaría los solos del personaje en una posición más retrasada, de forma que no pudiera ponerse en relación su altura con los que aparecían en primer plano. Para ayudar al efecto, el escenógrafo preparó un decorado con objetos un quince por ciento más grandes de lo habitual: árboles, plantas…

Elisa casi llegó a olvidar su tristeza al escuchar los aplausos entusiastas al final de la representación. Fue un tremendo éxito, uno de los más grandes que se recordaban en la historia de la Fundación hasta ese momento. Elisa no salió a saludar en la misma línea que sus compañeros. Tuvo que hacerlo desde unos metros atrás. La otra solista lo hizo entre ella y la línea principal, de forma que pareciera una estrategia premeditada.

Pero la ilusión óptica no pudo mantenerse mucho tiempo. Todos los directores presentes quisieron conocer a la nueva diva y se acercaron a los camerinos a saludarla a ella y a la compañía. Elisa no tuvo más remedio que aparecer ante ellos. Y allí se esfumó su entusiasmo. Elisa pudo ver cómo la expresión de su cara cambiaba instantáneamente y después de un saludo respetuoso abandonaban su presencia deseándole mucha suerte.

Parece ser que, solamente un mes después de aquel estreno, Elisa llegó a los dos metros de estatura. Pero una buena noticia rebajó su tristeza: un promotor se lo había pensado dos veces y estaba dispuesto a contratarla. El astuto empresario pensó que, por un lado, Elisa sería la primera figura más barata que había tenido y, por otro, que si a él le habían engañado con unos simples trucos de escenario, cualquier persona normal sería incapaz de adivinar la estatura de la bailarina. Efectivamente, Elisa debutó con enorme éxito bajo el nombre de La Bella Desconocida. Sí, porque el empresario decidió que era imprescindible crear misterio y anonimato alrededor de su nueva pupila. Aunque todo el mundo preguntaba por ella y por su auténtica identidad, nunca se daba una versión oficial. Simplemente se decía

que la primera figura no podía atender a la prensa porque se sentía indispuesta, porque había tenido que salir de viaje urgentemente… Eso hizo incrementar la expectación y los ingresos de la compañía. Todo el mundo hacía conjeturas acerca de la nueva figura de la danza y pronto empezaron a correr rumores disparatados. Para unos, era un transexual. Para otros, llevaba una máscara porque su cara estaba desfigurada por culpa de un accidente. Fuera lo que fuese, la gente se acostumbró a que la bailarina misteriosa saludase diez metros más atrás que el resto de sus compañeros y desapareciese elegantemente hasta la siguiente presentación. Ninguno de los admiradores o curiosos que montaban guardia ante la puerta del teatro llegó a sospechar nunca que esa figura de 205 cm que agachaba su cabeza para poder salir por la puerta de artistas era aquella a la que todos estaban esperando.

Su fama creció deprisa. El empresario sabía que, tarde o temprano, alguna persona de la compañía rompería su pacto de silencio a cambio de un buen fajo de billetes. Así que las actuaciones se sucedían sin descanso de país en país, de ciudad en ciudad. Las críticas eran extraordinarias. Ningún periódico se olvidaba de dedicarle unas líneas o incluso la mayor parte de ellas. Todos los críticos alababan su técnica, su maestría y, sobre todo la profunda emoción que transmitía. «Ser hecho de aire y música», llegó a escribir uno de ellos. «¿Personaje virtual o diosa reencarnada?», se preguntaba otro. Elisa recibía docenas de ramos de flores. Hombres y mujeres de todo el mundo se rendían a sus pies en notas inflamadas de pasión. Más de uno se ofrecía en firme a casarse con ella. Elisa apenas leía ya las tarjetas, pero un día se fijó en un pequeño sobre en el que había escritas dos palabras: «Para Elisa». El corazón le dio un vuelco. Era una nota manuscrita de su amigo Carlitos. Hacía cuatro años que no sabía nada de él. En la nota le decía que estaba por unos días en esa ciudad, que la había reconocido y que necesitaba verla como fuese.

Se encontraron en un viejo café del centro. Elisa tuvo que quitarse el pañuelo y las gafas con las que se ocultaba para que su amigo la encontrase entre las mesas. Cuando se acercó, Elisa permaneció sentada. Él le pidió que se levantara para poder darse un abrazo. «¿De verdad lo quieres?», le preguntó ella. «Por supuesto». Carlos no mostró la menor sorpresa cuando notó cómo su cara se aplastaba contra el escote de su vieja amiga. «Estás preciosa», le dijo sencillamente. Eso fue lo mejor del encuentro. Porque Carlos seguía queriéndola, según le dijo. Y también que nunca había dejado de pensar en ella y que ahora que conocía su gran secreto casi le parecía una bendición. Porque pensaba que a Elisa no le quedaba más remedio que dejar la danza. En

algún momento, alguien descubriría lo de su estatura y sería objeto de burla y escarnio. Así que tenía que dejar esa locura del *ballet*, volver a su ciudad y casarse con él. Carlos ya no hacía avioncitos. Estaba en el último curso de Ingeniería Industrial y tenía un despacho preparado en la fábrica familiar para cuando volviera. Ella no tendría que ocuparse de nada, solamente dedicarse a vivir bien y a cuidar de los hijos que tuvieran.

Elisa le agradeció su ofrecimiento, pero le dijo que la danza seguía siendo su vida. Él se quedó muy cortado y, al poco rato, sin nada ya que decirse que no fuese banal, se separaron tremendamente decepcionados los dos. Él, porque la mujer que amaba lo rechazaba por un sueño imposible. Ella, porque uno de los pocos hombres en quienes confiaba había demostrado ser uno más.

El último capítulo de la historia de Elisa se inició el día en que su gira la llevó de vuelta a su vieja ciudad. Los acontecimientos ocurrieron ajenos a ella hasta el desenlace. Quique, ahora Enrique, finalmente había convencido a su padre y estaba estudiando Periodismo. Ese mismo verano, había comenzado unas prácticas en el periódico local. La danza no era un espectáculo habitual en la ciudad y el cronista cultural del diario estaba de vacaciones, así que la invitación para cubrir el evento fue a parar a su mesa. Quizás si todo hubiera quedado en eso, el aspirante a periodista no habría descubierto nada pero, por desgracia, se encontró con los padres de Elisa. No era, desde luego, algo raro. Lo raro fue lo nerviosos que se mostraron cuando les preguntó por ella. Prácticamente salieron corriendo. Durante la representación, Quique se quedó dándole vueltas al asunto y al hacerlo tenía muy presente el rostro de su vieja amiga en la memoria. Y fue como si al ver a la primera bailarina, la famosa Bella Desconocida, se superpusieran las dos caras, la de Elisa en su memoria y la de esa misteriosa diva. Rápidamente le pidió unos prismáticos a su compañero de palco y enseguida lo confirmó: la Bella Desconocida era, sin duda alguna, Elisa. Antes de que terminase la obra, Quique salió corriendo para la redacción. Tenía la primera exclusiva de su carrera, una exclusiva que le haría famoso y deseado por cualquier periódico, emisora o cadena de televisión. En ningún momento pensó que con eso perjudicaría a su amiga. Al contrario, vagamente hasta creyó que sería bueno para ella. Así todo el mundo sabría quién era y no tendría que esconderse más.

Al día siguiente su diario publicaba en portada y enorme tipografía: *«¡La descubrimos! La bella desconocida es una joven de nuestra ciudad llamada Elisa…».* Hubo una gran conmoción y, aunque trataron de ocultárselo, finalmente Elisa leyó el artículo firmado por su viejo

amigo. Aquello fue suficiente para que se desmayara y cayera en una profunda depresión. No quería bailar, no quería ver a nadie. El empresario tuvo que dar la cara y confirmar la noticia, al tiempo que anunciaba que su estrella había sufrido un fuerte choque emocional y suspendía la gira. En el fondo, sabía que tarde o temprano eso iba a suceder, así que ya tenía en cartera un programa para seguir su ruta. O eso creía él.

Quique, que había asistido a la rueda de prensa ya como reportero estrella, comenzó a preocuparse. Se enteró de dónde estaba ingresada su amiga. Sus padres estaban en la habitación y no hicieron ademán de prohibirle la entrada. Quique se asustó al comprobar que a la cama de Elisa le habían tenido que añadir un suplemento para que reposaran sus pies. «¿Es ella?». «Sí. Ya conoces su secreto. Si quieres, también puedes desvelarlo. Ya has destruido su carrera. Ahora qué más da». Le dijo el padre. Elisa estaba sedada y no llegó a saber de la visita de su amigo.

A pesar de los medicamentos y del cuidado médico, Elisa empeoró rápidamente. Su longilíneo cuerpo, antes tan fuerte, parecía a punto de rendirse. Tras el desengaño con Carlos, la traición de Enrique había sido para ella como si ya no le quedase nada. Porque la danza parecía que también se le acababa.

Pero entonces sucedió algo inesperado. En el hospital se presentaron cinco compañeras de Elisa y la joven contable de la compañía. Se suponía que seguían de gira, así que Elisa se extrañó enormemente al verlas allí. No era una visita de cumplido. Esas bailarinas y la contable habían dejado la compañía tras el escándalo, muy enfadadas con la actitud del empresario, y habían decidido que iban a establecerse por su cuenta. No solo eso. Habían decidido que Elisa iba a ser la estrella y principal accionista de una nueva compañía. Pensaban que ella seguía siendo la mejor y que su estatura no solo no importaba, sino que haría también más grande el espectáculo, más singular. Y no había problema a la hora de contratar bailarines porque no los habría. Sería la primera compañía formada exclusivamente por mujeres. El éxito estaba garantizado, decían. Ya tenían coreógrafos y escenógrafos dispuestos a trabajar para ella, para convertirla en el centro natural de las representaciones. Como resumen la contable se atrevió a decir: «El cisne siempre es más grande que los patos». Pero ya se sabe que los contables no suelen ser ejemplo de diplomacia y saber estar.

El día del debut oficial de la compañía, el público, puesto en pie,

aplaudió hasta enrojecer, y Elisa, por primera vez en su vida, se acercó al borde del escenario y saludó. Y, por fin, dejó de crecer.

ESCRIBIENDO UNA FOTO

Por Luis Almansa

Capítulo primero

La fotografía que actuó como detonante de todo lo que voy a relatar aún está en mi poder. Es una instantánea bien compuesta, tomada en el exterior con una máquina de calidad, probablemente de enfoque superior. Está positivada en blanco y negro y, desde que la vi, pensé que podría fecharse entre los años sesenta y setenta.

La protagonizan dos chicos, una niña y un perro. Están situados de pie, ante una puerta de madera rústica que cierra una valla de piedra. A través de la puerta se ve un prado que asciende suavemente hacia unas cercanas colinas. Los personajes aparecen de cuerpo entero, alineados ante la cámara, pero ocupan diferentes alturas por lo irregular del terreno. A la izquierda se sitúa ella. Da la impresión de tener unos nueve o diez años. Es una niña morena, muy guapa, pizpireta y de ojos claros. Viste una ropa que podríamos calificar de moderna, nada que en aquellos años llevase una chiquilla española de clase obrera y menos rural: unos pantalones vaqueros, una camisa a cuadros y unos mocasines de cordones de cuero. Su pose es puro desparpajo infantil, con la mano derecha en la cadera y el tronco cimbreado al lado contrario. Detrás, un poco más hacia el centro, figura un chico, quizás un par de años mayor, unos once. De pelo probablemente castaño claro, rostro anguloso y expresión decidida. Muestra un aire marcial, con los brazos en jarras y la mirada segura y retadora. Un polo Fred Perry's y una gorra de béisbol completan su aspecto de MacArthur de bolsillo.

A la derecha tenemos el tercer personaje. Puede ser un año mayor que el soldado, pero a lo mejor solamente es más alto. A esas edades los críos crecen con ritmos desacompasados. Este tiene un rostro exótico dominado por grandes ojos oscuros, pelo rizado negro, gruesas cejas que intensifican su mirada y una boca amplia que sonríe abiertamente. Sobre el hombro izquierdo balancea una especie de bastón improvisado, quizás una vara de fresno, que sujeta con la mano del mismo lado. Su mirada está diciendo: «¡Hola, mundo! He llegado. Prepárate porque voy a disfrutarte todo lo que pueda».

El último ser vivo que aparece en la fotografía es un perro. Un chucho simpático con algo de cazador que separa a los dos primeros del chico de la vara. Su pelo corto es de color claro con manchas negras, una le enmarca el ojo derecho y otra termina su rabo.

Llevaba dándole vueltas a la foto la mitad de la noche. Me admiraba la pericia del fotógrafo para captar con una naturalidad extraordinaria la psicología de unos personajes que, a pesar de ser niños de edades parecidas, mostraban personalidades tan diferentes. Probablemente el anónimo autor pensó algo parecido, dado que encargó una ampliación y compró un marco de lujo para lucirla.

Con perro incluido, formaban un cuarteto perfecto, la representación ideal de una infancia feliz. Que alguien se deshiciera de ella me resultaba casi criminal. Probablemente en ese juicio influyera mi acusado fetichismo para con los objetos de mi pasado. En mi piso tengo una habitación y todo un cuarto trastero dedicados nada más que a guardar cajas y bolsas con las más absurdas pertenencias: desde canicas melladas en crueles combates de *guá,* a lámparas de viejos televisores que en tiempos oficiaron de perfectas naves espaciales, pasando por los libros de texto de todos los cursos, todas las cartas y postales que había recibido, raquetas de tenis alabeadas, esquís apenas usados pero hace mucho inservibles, restos de maquetas de barcos, un viejo *pick-up* Philips, un Scalextric —como nuevo porque solo podía usarlo cuando estaba mi padre, pero él murió al poco de regalármelo y ya nunca más quise jugar con él—, los Juegos reunidos Geyper… todo aquello formaba un universo cerrado y perfecto, el universo de la infancia y la primera adolescencia. Pero también estaban los restos de la primera juventud y la añorada etapa universitaria. En fin, que por esa inclinación mía quizás me resultaba incomprensible y misterioso que alguien se deshiciese de una foto como aquella.

Si finalmente me hubiera ido a dormir dándole vueltas a esas cuestiones nada habría pasado. Pero, de repente, se me ocurrió desmontar el marco y liberar la fotografía, presa en esa cárcel probablemente desde hacía varias décadas. Quería comprobar si la parte trasera tenía algo que decirme, algo que me ayudase a desvelar su secreto.

Y así empezó todo. La tinta azul aplicada con sello de caucho se había corrido un poco, pero era aún perfectamente visible en el ángulo inferior derecho: «Martínez Brieva. Fotógrafo. Villar de la Recia». Había también una fecha escrita a lapicero: julio de 1967. Aquello fue como una revelación.

Aún no lo he dicho, pero yo tenía que escribir un relato cualquiera con esa imagen como pretexto y demostrar así a mis alumnos del taller literario de Albalajara que su profesor era capaz de pasar con brillantez el ejercicio final del curso. Podía haberlo hecho sin un gran esfuerzo usando únicamente la imaginación, pero el destino parecía

empeñado en mostrarme un camino diferente. Me proporcionaba una vía franca para averiguar cómo y por qué aquella excelente fotografía había llegado a una almoneda, una forma de conocer qué había sido de aquellos tres personajes y qué les unía en la realidad, además de ese viejo cliché. Me dije que, al menos, quería intentarlo. Después tendría ocasión de decidir si la historia real, cualquiera que fuese, merecía ser contada. En definitiva, mi reto iba a ser buscar la verdad de esa fotografía a partir de los rastros que habían quedado en ella. Quizás por la mañana no lo vería tan claro pero, a esas horas, tenía la impresión de que, aunque mi empeño finalmente fuese vano, solamente emprenderlo iba a ser una tarea excitante.

Y es que mi vida en una pequeña ciudad de provincias, la misma en la que había nacido hacía casi cuarenta años, no estaba sobrada precisamente de excitación. Clases en el instituto, clases en el taller de escritura, un apartamento de solterón que me arreglaba una asistenta de la familia, de toda la vida —una especie de vicario materno—, sesiones de cine o DVD, charlas vespertinas en el casino, cenas con viejos amigos ya casados y siempre dispuestos a hablar de sus hijos hasta el hartazgo, y poco más. Bueno, desde hacía algunos meses, algo más. Algo que había roto un tanto mi rutina: la relación con una mujer, a la que todavía no me atrevía a llamar novia. Dora trabajaba en la biblioteca de la Caja de Ahorros local, una estancia grande, tranquila y bastante bien surtida, igual que ella.

Si había dos personas que tenían que llegar por fuerza a conocerse en esa ciudad, esas éramos Dora y yo. No había otro cliente de la biblioteca más leal y persistente que mi persona. De hecho, era uno de los pocos asiduos y me cuidaban como oro en paño. Era lógico. Alguien, más pronto que tarde, pediría datos, estadísticas de libros prestados, visitas y otros parámetros que demostrasen la utilidad social de la biblioteca. No sé si mi sola aportación serviría para salvar los puestos de trabajo de la plantilla pero, desde luego, sin ella estarían perdidos. Así que, cada vez que pedía una obra, Dora me sacaba además alguna otra del mismo autor. Al principio me pareció una deferencia a mis ansias investigadoras. Luego, cuando comprobé que si no había tres obras de Carlos Fernández Shaw, me entregaba una, acompañada de dos de su hijo Guillermo, comprendí que no era un favor, sino una actividad defensiva regida por el orden alfabético de autores. Entonces pensé que ese artificio de los títulos pedidos y entregados resultaba literariamente muy atractivo para otros fines. De esa forma mis desbarres literarios se unieron al hecho de que mi sequía amorosa se prolongaba ya más de un año y, de repente, el rostro fino y agradable, sin más pretensiones, los ojos oscuros, el pelo

negro, corto y brillante, y las curvas de amplio radio de Dora se convirtieron en un objetivo digno de aquel empeño.

Es probable que ella también se hubiese fijado en mí y que cualquier aproximación clásica y respetuosa hubiera culminado con éxito pero, a mis años, ya he aprendido que la forma en que uno se acerca a una mujer condiciona en buena medida lo que puede llegar después. Cualquiera la habría invitado a un café con la excusa de charlar de literatura, pero yo nunca me he considerado un cualquiera.

Un día, le pedí en préstamo *La soledad era esto* y noté la mirada compasiva con que me lo entregó, sin faltar a la misma amabilidad y discreción de siempre. A los dos días devolví la novela de Millás y le solicité *Mujeres de ojos grandes.* Ella me puso la obra de Ángeles Mastretta en la mano, en lugar de dejarla en el mostrador, mientras me ofrecía sus pupilas oscurísimas. Pensé que iba por el buen camino. En efecto, cuando le demandé *El arte de amar,* que no tenía ningunas ganas de volver a leer, ella me lo trajo junto con otra obra que yo no había pedido: *Cerca del corazón salvaje.* Allí no había otros intereses ocultos, pensé: Fromm y Lispector están alejados un montón de letras en el abecedario. Mi siguiente movimiento fue bastante directo. Pero no más que el de ella, porque, en lugar de traerme *Te trataré como a una reina,* esta vez ni siquiera disimuló y me entregó *Un tranvía llamado deseo.* Entre Montero y Miller la confusión era posible alfabéticamente, pero la mirada ardiente con que me lo dio dejaba poco espacio a las dudas. Así que no me extrañó que *Qué me quieres, amor* me viniera con una notita dentro: «Quiero que nos veamos fuera de aquí. ¿Qué tal a las ocho en el Baobab?». «Muchas gracias —le dije tras leerla—. Allí estaré, pero no creo que me dé tiempo a leer la obra de Rivas». «No se preocupe —me contestó— tiene toda una semana para hacerlo».

Esa tarde descubrí el principal encanto de Dora, que no era otro que la facilidad con que se metía en mi cama. Lo hizo esa primera vez y apenas me costó dos cervezas. Hasta entonces nunca había tenido semejante éxito, es más, mi última conquista, nunca mejor dicho, me había llevado seis meses de asedio y un nada despreciable dispendio en cenas y bebidas alcohólicas. Todo ello para perderla en apenas tres semanas. Bastaría con que Dora me durase solo una, para que el esfuerzo hubiera sido más que rentable, así que me sentí tremendamente satisfecho. Por otro lado, su desinhibición externa iba pareja a una aún mayor desenvoltura íntima. Hacía y se dejaba hacer cualquier cosa, y siempre parecía quedar satisfecha. En resumen, Dora a sus veintinueve años me ofrecía bastante más de lo que yo, a mis casi cuarenta, con mis ochenta tripudos kilos para un metro setenta y

cinco centímetros y una calva más que incipiente, podía ofrecerle.

Por otro lado, es cierto que ya había empezado a entrever en ella un defecto que en ese momento me parecía insignificante. Y era que, a pesar de su trabajo, la cultura no le interesaba en absoluto. Lo sospeché a partir del momento en el que le confesé que mi autor favorito era Calvino. «¿Eres protestante?», me preguntó con curiosidad obviamente sincera.

No es que Dora fuese lo que se dice una inculta, o que no tuviese conversación u opiniones propias, que las tenía. El problema era que se centraban en temas que no me interesaban absolutamente nada. Desde despreciables personajes que aparecían en infectos programas de televisión, a videojuegos consistentes en recorrer pantallas en busca de estúpidos objetos. Pero ese era un detalle que, por el momento y dada mi situación anterior, tendía a considerar superfluo.

Y es que, en el momento de comenzar mi búsqueda marcada por aquella fotografía, llevábamos viéndonos apenas un mes durante los fines de semana y algún que otro día laborable. Era poco tiempo pero, aun así, me parecía el suficiente como para darle explicaciones de por qué ese sábado no íbamos a poder vernos. Cuando me preguntó la razón con su habitual franqueza pensé en mentir, pero me decidí por la verdad.

—Es un poco complicado. Resulta que a los alumnos del taller les he puesto un trabajo de fin de curso que consiste en escribir una historia alrededor de la vieja foto que encontré en aquella almoneda. Como están algo picados conmigo, me retaron a que yo hiciera lo mismo y no me he podido negar.

—Pues escribe tu historia —me respondió con su sencillez aplastante, como el que dice: pues duérmete la siesta.

—Lo haré, pero lo cierto es que me he impuesto un reto: escribir la historia verdadera. No quiero imaginación, relatos policíacos, dramas psicológicos. No. Quiero escribir la historia auténtica que hay detrás de los personajes que aparecen en la fotografía, un poco a lo Capote.

—¿A lo torero?

—No, a lo Truman Capote, el de *A sangre fría* —precisé sin inmutarme.

—¿Y cómo piensas hacerlo si no los conoces?

—Una pregunta muy inteligente. Lo cierto es que se me ocurrió sacar la foto del marco para examinar su trasera y ¿sabes lo que me encontré?

—Una dedicatoria —aventuró con tino.

—No, algo mejor: descubrí el sello del establecimiento que la positivó, el mes y el año. Fue en julio de 1967 y el lugar, Villar de la Recia.

—Eso está cerca, ¿no?

—A unos treinta kilómetros.

—Yo creo —vaticinó con una seguridad que me hirió— que no vas a sacar nada en claro y que acabarás escribiendo la primera historia que se te ocurra. Para eso eres escritor y no periodista.

Dora, a pesar de estar culturalmente desenfocada, o quizás por ello, tenía una enorme dosis de sentido común. En ese momento de nuestra relación no se había atrevido a decirme que mi plan era una soberana estupidez y que le parecía una forma artera de pasar fuera un fin de semana sin contar con ella, pero probablemente dos meses después me lo habría dicho más claramente.

CAPÍTULO SEGUNDO

Villar de la Recia es un poblachón cabecera de comarca extendido sobre el llano y respaldado por montes salpicados de villorrios, antaño deudores de su iglesia y sus señores. Yo recordaba haber estado allí un par de veces durante mis correrías etno-alcohólicas de la época universitaria. Estas consistían, en teoría, en recoger el legado cultural y folclórico de la región, siempre en peligro de perderse por la muerte del último abuelo o abuela del pueblo. Y lo intentábamos por medio de cassettes, cámaras fotográficas, tomavistas y dibujos de campo. En la práctica y sobre el terreno, se parecía bastante a acudir a los pueblos en fiestas y unirse a la parranda hasta que el cuerpo aguantase o los lugareños estuvieran dispuestos a aceptar. Como quiera que el grupo de antropólogos en ciernes lo formábamos un número similar de chicos y chicas, ocho en total, los indígenas no solían ponernos muchas pegas, siempre que pudieran arrimarse a aquellas mozas foráneas y de costumbres probablemente casquivanas. En más de una ocasión tuvimos que urdir estratagemas para escapar de hordas de mozos en celo y borrachos. Los chicos del grupo sabíamos que de costumbres casquivanas, a pesar de los atuendos pseudo *hippies,* nada de nada, pero no perdíamos la esperanza de que en alguna de aquellas operaciones de rescate acabásemos siendo recompensados como merecíamos. No recordaba Villar de la Recia como uno de aquellos pueblos especialmente peligrosos. Claro, que recordaba más bien poco de aquella etapa. Un día, me dije mientras me aproximaba a él bajando de la suave sierra, tendría que desempolvar aquella parte de mis archivos. Seguramente encontraría material más que suficiente para un cuento o pasajes de una novela.

El viaje resultó una delicia entre campos primaverales, arroyos desbordantes y bosquetes lujuriosos. El sol también acompañó, matizado de vez en cuando por algunas nubes rollizas como rebaño desperdigado, que aportaban una perspectiva pictórica al paisaje, a lo Ortiz Echagüe. Un gran día también para una primera aventura literaria que me tenía bastante excitado. Era verdad que yo no era periodista, pero la nómina de autores que han sacado petróleo de pequeños acontecimientos reales resulta inabarcable. Mi problema era que todavía no tenía idea de si allí había algún acontecimiento o solamente la vida. Ya sé que hay algunos capaces de hacer grandes obras solo con la vida, pero no sé qué ocurre que a la gente no le da

por leerlas, salvo que una fuerza muy poderosa le diga que eso es muy bueno e inunde las librerías de ejemplares. En cualquier caso, mi estado de ánimo era francamente positivo cuando aparqué en la misma Plaza Mayor y bajé del coche.

La temperatura era agradable, aunque un vientecillo racheado se ocupaba de que no nos olvidásemos de la fecha. La plaza, grande y porticada, seguro que había servido durante muchas décadas como coso taurino en las fiestas patronales. Recorrí con la mirada los comercios que podía ver entre las columnas. Ninguno sonaba a establecimiento fotográfico. Era cuestión de recorrerlos uno a uno. El sello en la trasera de la fotografía decía escuetamente: «Martínez Brieva. Fotógrafo. Villar de la Recia». Martínez no había considerado necesario incluir ni la dirección ni el teléfono, sin duda porque en aquel tiempo no tenía competencia, o quizás simplemente por ahorrarse unos céntimos en el sello de caucho.

Comencé al azar por uno de los costados de la plaza, a la derecha del ayuntamiento, viejo, pero menos que el resto de la plaza y de corte puerilmente neoclásico. Pasé uno a uno todos los establecimientos: relojería-joyería, papelería-librería, un par de bares restaurantes grandes, tienda de prensa y chucherías, otra de ropa para niños, zapatería, oficina de turismo, supermercado Spar, dos tiendas de artesanía y recuerdos y, finalmente, me encontré en el punto de partida. Al primer obstáculo, mi ánimo empezaba a decaer a gran velocidad y las palabras premonitorias de Dora me vinieron a la cabeza. Tras hacer memoria, me decidí por la papelería-librería, aunque fuese solamente por afinidad profesional.

—¿El fotógrafo? Sí, está pegado a la Iglesia de Santa Brígida. Siga por la calle Mayor todo adelante.

La chica de la papelería no pudo percibir la emoción que me provocaron sus palabras. Claro, que quizás yo era en exceso optimista. Mi pregunta había sido: «¿Sabe dónde está la tienda del fotógrafo?». Podría haber formulado una cuestión más precisa como «¿Sigue existiendo en este pueblo el establecimiento de un fotógrafo llamado Martínez Brieva?». Pero de sobra sabía que cuando planteaba preguntas de ese cariz y con mi hablar académico, normalmente me llevaba otros buenos minutos explicar su significado paso a paso. También podría haber seguido el interrogatorio hasta saber si el fotógrafo era el que yo buscaba, u otro nuevo. Pero tenía todo el día por delante y preferí averiguarlo por mí mismo.

Eché a andar por la calle Mayor siguiendo las instrucciones de la tendera. La ubicación del fotógrafo era bastante lógica. Si hacía bodas y bautizos, sin duda la mejor. En menos de cinco minutos estaba

delante de una iglesia más sólida que grande y sin mucho atractivo, probablemente de la misma desgraciada etapa arquitectónica que el ayuntamiento. Menos mal que no era la única del pueblo porque, a lo lejos, se veía una pareja de torres barrocas que prometían bastante más. Y, en efecto, a la derecha del templo, en la calle lateral, podía leerse un cartel en un primer piso que decía: «Martínez, fotógrafo». Ahora sí que me emocioné.

A ambos lados del portal se lucían las muestras de su calidad como retratista. Niños pecosos con misales nacarados entre las manos, niñas en vestidos de volantes, parejas de novios el día de su boda en planos ligeramente picados, unos en estudio, otros en exteriores con fuentes y un toque de *flou,* y no faltaba el retrato de una belleza del pueblo, sonrosada y ligeramente bizca, quizás una antigua reina de las fiestas, ahora probablemente gorda y cargada de críos, dado el tono amarillento que estaba adquiriendo la copia. Subí a la primera planta y, obediente, pasé sin llamar. Sonó una campanilla. Había un mostrador bajo de cristal y detrás de él una puerta tapada con una cortina oscura. Enseguida salió una mujer, de unas treinta y cinco lustrosas primaveras, para atenderme.

—¿Qué desea?

—Verá, querría hablar con el señor Martínez.

—Ahora mismo no puede atenderle. Si me dice de qué se trata a lo mejor puedo ayudarle —me respondió mostrando sus mejores formas para con aquel forastero.

—Es un asunto particular —contesté con tranquilidad, aunque me daba cuenta de que la mujer estaba impacientándose.

—Yo soy su mujer, así que puede contarme a mí todo lo que quiera.

—Si es usted su mujer, deduzco que su marido es hijo del fundador, el señor Martínez Brieva.

—Así es. Mi marido se hizo cargo del negocio cuando mi suegro se jubiló.

—Perdone, ¿vive aún su suegro?

—Mi padre vive, gracias a Dios —dijo una tercera voz.

Detrás de la cortina surgieron una bata blanca, una figura enjuta y unos ojos pequeños y rápidos que me miraban a través de unas gafas de vista cansada.

—Este señor —explicó ella, como si no hubiese quedado ya claro para todos lo que pasaba—, que quiere hablar con tu padre.

—Bueno, quizás usted también pueda ayudarme. Mi historia es un poco larga y no quiero aburrirles.

En ese preciso momento sonó de nuevo la campanilla y entró una pareja con aspecto casadero. El rostro y los gestos de la mujer del fotógrafo pasaron de la frialdad a ser la representación más certera del

buen trato. Fue el propio Martínez quien resolvió la cuestión.

—Espéreme en el bar del otro lado de la Iglesia. Estaré allí en quince minutos y me lo cuenta.

Bendije el saber hacer del fotógrafo y me avergoncé de mis escasas dotes para las relaciones públicas. Diez minutos después estábamos acomodados en la semioscuridad de una mesa de madera en una esquina del antro, frente a sendos vinos de la tierra. Allí pude soltar mi parrafada con tranquilidad.

—Disculpe usted que le dé la lata, señor Martínez. Lo que me ha traído aquí es mi curiosidad y un asunto sin importancia. Verá, hace unos meses falleció una tía mía, soltera, por más señas. Sus cuatro pertenencias las repartió entre sus sobrinos y entre las que me tocaron, destacaba una fotografía enmarcada que le enseñaré a continuación. El asunto es que en mi casa nadie sabe quiénes son los que aparecen en la fotografía y nos gustaría saberlo. Mi tía guardó la foto muchos años y me resulta un poco triste desconocer si son familia mía o no. Como en la trasera de la foto figura el nombre de su padre y el pueblo, pues me dije que quizás, si el fotógrafo original aún vivía, podría reconocer a los retratados.

—Déjeme ver la foto, por favor.

Saqué de mi bolsillo una de las copias que hice para la clase.

—Esta es una copia. No he querido traer el original por no estropearlo.

El fotógrafo se colocó las gafas que llevaba colgando del cuello y se entretuvo un tiempo en contemplar la copia.

—Lástima que no me haya traído el original. Es una toma muy notable, desde luego —dijo al terminar su examen.

—¿Verdad? A mí me encanta. Me parece una fotografía magnífica acerca de la infancia.

—Tiene una composición muy inusual, pero al mismo tiempo equilibrada. El perro, que es un elemento incontrolable, está en el sitio justo y los niños ocupan cada uno su propio espacio y aportan su personalidad, como si fueran tres retratos en uno solo. Uno se pasa la vida queriendo encontrar esta naturalidad con significado sin poder aproximarse siquiera a ella y, de repente, un aficionado la logra sin querer y seguro que sin darle importancia. En fin. Es la suerte, amigo. Aquí me tiene haciendo lo que la gente quiere y no se salga usted del guión o le tirarán el reportaje a la cara. Mi única libertad es enviar de vez en cuando alguna de mis fotos personales a revistas de fotografía. ¿Ha visto *Photostop* de abril?

—No, lo siento.

—Pues me publicaron un reportaje muy bueno, modestia aparte. Era sobre sillas de pueblo…

—Lo felicito. Pero ¿sabe usted quiénes son los chicos de la foto?

—le corté para evitar que se extendiera por su éxitos profesionales. Enseguida lo catalogué como una de esas personas con inquietudes que, para su desgracia, carecen de interlocutores cercanos capaces de entenderlas, y andan a la caza del primer extraño para hacerse valer, aunque fuera durante diez minutos. Pero yo no tenía el mínimo interés en escucharle.

—Ah, sí. Lo lamento, pero no. Probablemente yo tendría más o menos la misma edad de esos chicos cuando se hizo la foto. Mi padre aún no había empezado a enseñarme el oficio. De hecho, él no quería hacerlo y tuve que ser yo quien se lo pidiera ya con dieciséis años…

—Entonces no tiene ni idea… —le atajé de nuevo.

—Yo no, pero mi padre es posible que se acuerde. El viejo tiene ya ochenta años y a veces le falla la cabeza, pero para las cosas del trabajo mantiene una memoria increíble. Yo le sugiero que espere a que cierre la tienda y nos acompañe a casa. Se lo presentaré y veremos si hay suerte. Ahora tengo que marcharme. Saldremos a las dos y cinco. Si quiere puede esperarme aquí. Lástima que no haya traído la copia original, a mi padre le habría hecho mucha ilusión ver un trabajo suyo tanto tiempo después.

—Si es tan importante, puedo ir a buscarlo. Me llevará alrededor una hora ir y volver y aún son las 12.

—Usted verá, señor…

—Almansa, Luis Almansa.

—Ernesto Martínez —dijo tendiéndome la mano y haciendo que maldijera de nuevo mi torpeza.

Lo de volver a mi casa para recoger la copia original me resultaba una soberana pesadez pero, al parecer, era trascendental para conseguir que el viejo recuperase la memoria. A la segunda pasada, los campos primaverales me parecieron menos verdes, los arroyos más bien amenazadores y los bosquetes de pinos, un peligro si tenía la mala fortuna de salirme de la carretera, ahora que iba más deprisa de lo que mi torpeza al volante hacía recomendable. A la tercera, claramente empecé a sentir un odio profundo por aquellos parajes sádicamente bucólicos que parecían hacerse más y más extensos por momentos, como si quisieran llegar a infinitos y tragarme para siempre. Llegué solo cinco minutos antes de la hora prevista. Esperé a la pareja con el coche en el mismo portal.

—Si quieren les acerco.

—De acuerdo —dijo el fotógrafo—. Vivimos al lado, pero así le vamos indicando.

La pareja entró en la trasera de mi exiguo dos puertas, dejándome en condición de chófer.

—Antes vivíamos en el piso de encima del estudio —explicó la mujer sin venir muy a cuento— pero, cuando nació el segundo, nos mudamos a esta casa, que es nueva, mucho más grande y tiene mucha luz. Tuerza a la derecha y siga hasta donde muere la calle.

Allí nos encontramos frente a una pequeña fila de modernos y arquitectónicamente insulsos chalés adosados, que habría encontrado mejor acomodo en las afueras de una gran ciudad que en el casco urbano de Villar de la Recia. Me hicieron pasar al salón y me sorprendí retrospectivamente del comentario de la mujer, puesto que lo mantenían en penumbra a pesar de los grandes ventanales. La casa sería moderna, pero las costumbres seguían siendo las de siempre. Hubo que subir un poco las persianas para no estar como en un confesionario.

—Un momento. Voy buscar a mi padre.

La mujer también desapareció y la oí trastear en la cocina. Me quedé solo unos minutos en aquel salón decorado con el mismo gusto medio de la clase media. Podría haber sido el salón de mis padres, pero esta buena gente tenía treinta años menos. Llegó primero Ernesto, acompañado de un anciano encogido y apoyado en un bastón. Aparentaba tener bastante más de ochenta años. Ahora que los setentones de las ciudades están obligados a mostrarse como chavales en plena forma, ver viejos de los de antes me resultaba casi una curiosidad.

—Siéntese aquí, padre. —Ernesto le hablaba alto y al oído—. Mire: este señor ha venido de la capital para preguntarle por una fotografía suya.

—Buenos días —dijo con su voz cascada tendiéndome su mano leñosa y sin energía—. Ernesto Martínez Brieva.

—Encantado. Luis Almansa.

—Un sitio, por favor —dijo la mujer mientras se aproximaba con una bandeja repleta de cervezas y refrescos—. ¿Una cerveza?

—Sí, gracias —asentí mientras colaboraba a apartar un espantoso y pesado cenicero de bronce y a sembrar de posavasos la mesa de metacrilato.

—¿A qué se dedica, joven? —me interrogó el anciano.

—Soy profesor de instituto.

—Un hombre de letras. Eso está bien. ¿Y qué asignaturas enseña?

—Lengua española y Literatura.

—Muy interesante. Yo soy fotógrafo, ¿sabe?, aunque ahora estoy jubilado. Podría seguir trabajando, pero mi hijo ya no me deja. Es normal. Hay que dejar paso a la juventud. Y dígame, joven: ¿qué quería preguntarme?

—Quería enseñarle esto —le dije en el mismo volumen con que le hablaba su hijo—. ¿Reconoce usted esta fotografía? ¿Podría decirme

algo de los chicos que aparecen en ella? Es una herencia de mi tía y me gustaría saber si son de mi familia o no.

Le pasé la foto al viejo. Todos le observamos expectantes. La tomó en su mano izquierda mientras, con bastante torpeza, con la otra mano se colocaba las gafas que llevaba en un bolsillo de su camisa. Permaneció contemplando la fotografía unos segundos, sin mostrar más que concentración. Finalmente habló.

—Sí. Recuerdo muy bien esta fotografía —dijo con la mirada aún perdida en el pasado—. La revelamos en el estudio, pero yo no la tomé. Me llamó la atención. Es una instantánea magnífica, a lo Cartier-Bresson. La hizo… ¿Cómo se llamaba?… Ayúdame, hijo, a ver si te acuerdas, el padre de Los Tapaos, los de la casa de la vega.

—Don Ignacio, ¿no? —se adelantó la mujer.

—Eso. Don Ignacio. Me trajo solamente el negativo porque debió de revelarlo en la ciudad. Me pidió que le hiciese unas cuantas copias. Bastantes. No recuerdo cuántas, pero bastantes. Lo hacía de vez en cuando. Me traía algún negativo y me pedía copias manuales. Quería un trabajo de calidad. Y en este caso lo merecía. Esta fotografía me impresionó. La recuerdo perfectamente. Es una alegría para mí volver a verla.

—¿Y los chicos? —volví a la carga. El abuelo se lo pensó poco esta vez.

—Seguramente sus hijos, tenía dos, chico y chica. El otro puede ser algún amigo o un sobrino. No lo sé con seguridad. Es una foto de antes de la desgracia, eso desde luego.

—¿Desgracia?

—Sí, hubo un accidente o algo así. Ya no recuerdo muy bien. No me gusta hablar de esas cosas —terminó abruptamente.

—Mi padre siempre ha sido muy discreto. Dice que es fundamental para mantener la clientela en un pueblo —me explicó el hijo en un tono normal, probablemente fuera del alcance del oído de su padre.

—¿Y quién podría hablarme de ello, don Ernesto?

—Vaya a la casa —me contestó el hijo, adivinando seguramente que su padre pensaba mantener su mutismo respecto al tema—. La viuda vive aún allí. Está un poco loca y a lo mejor no lo recibe, pero inténtelo. Quién sabe. Si es usted medio primo suyo…

La familia intentó invitarme a comer, especialmente el hijo, pero me negué cortésmente recordando los dos intentos de contarme sus andanzas de horas antes. Les prometí que pasaría por la tienda a contarles lo que averiguase. Antes de partir me dieron instrucciones precisas y hasta me dibujaron un plano para llegar a la casa de la vega.

En la calle el sol me cegó. El salto de la penumbra a la luz encalada de mediodía de ese día límpido me trasladó súbitamente a mi infancia, concretamente a las visitas de fin de semana al pueblo materno. Pero entonces no me afectaban tanto. Cuando pude abrir los ojos lo suficiente, me dirigí hacia la plaza. Comería en uno de los bares que había descubierto de mañana y meditaría sobre mi aproximación a la casa de Los Tapaos.

Frente a un café y una copa de aguardiente, que habían llegado precedidos de unos huevos con morcilla y un estofado de ciervo, recapitulé con tranquilidad. Las cosas no podían haber ido mejor para mi relato. Por un lado, estaba cerca de identificar a los personajes. Por otro, había una desgracia por medio, según el viejo fotógrafo. Los ingredientes de la historia se iban conjurando unos a otros a partir de una realidad aparentemente convencional, como en una novela de Paul Auster. ¿Qué más podía esperar?

La única preocupación que tenía ahora era la de organizar mi aproximación a la señora de la casa. Me había inventado un posible parentesco, pero no sabía si sería capaz de mantener la patraña ante algún miembro de mi supuesta familia. Yo no tenía parentela por aquella zona, aunque sí, y mucha, en otros pueblos. El último familiar que había muerto era una tía de mi madre, tía abuela mía, por tanto, y desde entonces habían pasado tres años. Ni era soltera, ni me había dejado herencia, pero era bueno tener algo a lo que agarrarse.

Pensé que las cinco y media sería una buena hora para la visita y, como aún eran las cuatro, decidí darme una vuelta por los alrededores de la casa de la vega. El cómo acceder lo pensaba dejar al azar pero, cuando iba a dejar el restaurante, me di cuenta de que en una de sus paredes colgaba enmarcado un plano de la zona, de esos a gran escala hechos por los militares. Me detuve a examinarlo. Aunque sea una nulidad al volante, soy bastante bueno orientándome. Fui el guía oficioso del equipo universitario de antropólogos *amateurs* y folcloristas frustrados, así que estaba muy familiarizado con aquellos planos. Al comparar sus líneas con las que me había dibujado el fotógrafo, enseguida localicé el pequeño punto cuadrado que representaba la casa de la vega. Estaba retirada, como a un kilómetro de las últimas casas recogidas por el cartógrafo *militroncho* quién sabe hacía cuántos años, a unos doscientos metros del cauce del río, y a unos quinientos metros de la carretera que salía del pueblo y atravesaba el puente, a la cual estaba unida mediante un camino.

—Es la casa de Los Tapaos —dijo una voz a mi espalda al ver dónde apuntaba mi índice derecho.

—¿Perdón? —Me hice el tonto a propósito para ganar tiempo. Era el camarero que me había atendido, bajito y moreno, más o menos de mi edad.

—Es una zona muy bonita, pero está toda vallada, ¿ve? Si quiere entrar tiene que pasar forzosamente por la casa y pedir permiso. No suelen poner problemas.

—¿Por qué se llama de Los Tapaos?

—La verdad, no tengo ni idea. Ya sabe cómo son estas cosas en los pueblos. A uno se le ocurre la gracia y el mote queda de generación en generación. A lo mejor es porque se hicieron la casa lejos del pueblo. Vaya usted a saber. De todas formas, si coge este camino antes del puente, podrá llegar a este cerro y desde allí echar un vistazo a toda la vega y al pueblo. Es una buena vista.

—Se lo agradezco.

Se lo dije sin especial calidez y me marché sin más explicaciones. Empezaba a tener la impresión de que mi visita y sus objetivos habían dejado de ser un secreto entre yo mismo y la familia Martínez, a pesar de su sagrada discreción. Si mi historia hubiese sido cierta quizás no me habría importado, pero viéndome a mí mismo como un impostor, me sentí muy inquieto ante esa posibilidad.

Seguí las instrucciones de mi ocasional informante y me encontré, en efecto, con unas vistas excelentes. Al este y a mi derecha, el pueblo en casi toda su extensión, el llano extendiéndose frente a mí hacia el norte hasta la muy lejana Sierra Grande que, gracias a la nitidez de la atmósfera, pude ver coronada de blanco. Bajo mis pies, el río empezaba a separarse allí mismo de la montaña y serpenteaba hacia el noroeste como si quisiera deshacerse en la llanura de rastros de verdor robados en las montañas.

Capítulo tercero

La casa de la vega era perfectamente visible desde el lugar que me había indicado el camarero cotilla. Me esperaba un sólido caserón de granito, así que se puede entender mi sorpresa al encontrarme con un gran chalé horizontal con algunos muros de piedra de la zona y otros encalados. En su mayor parte era de una planta, salvo cuando el terreno bajaba y al adaptarse a él ganaba una planta inferior. Eso, unido a su enorme superficie, propiciaba la sensación de que el edificio estaba pegado al suelo, como si lo completase en lugar de interrumpirlo. No tenía tejado como tal, sino grandes terrazas separadas por los cambios en las alturas, y las paredes formaban un juego de entrantes y salientes aparentemente carentes de lógica, pero milagrosamente armonioso. Era un edificio insólito no solo para aquella zona, sino para un país en el que las casas no suelen acoplarse al terreno, sino al revés. Me pareció una especie de casa de arquitecto pasada por materiales y terminaciones propias del lugar. Desde luego no era una obra centenaria. No me imaginaba tan temprana influencia de Frank Lloyd Wright en aquellos parajes. Calculé que esa construcción sería de los años cincuenta, como muy atrás. Había unos cuantos edificios de servicio esparcidos por la propiedad, claramente posteriores y mucho menos agraciados. Ciertamente, la casa me gustó mucho y la puse en relación con la fotografía. De ella me había llamado la atención desde el principio que la ropa de los chicos fuera tan poco habitual para la época. La niña vestía unos vaqueros y una camisa a cuadros de corte norteamericano. No era del todo normal que en los años sesenta en España una niña de ocho o nueve años vistiese pantalones y menos tejanos. Los chicos lucían sendos polos y, el que parecía más pequeño de los dos, una gorra de béisbol. Esa indumentaria tan poco habitual me había despistado. Ahora, al ver la casa, todo encajaba.

En cuanto al terreno, efectivamente, cortaba una buena parte de los accesos al río por aquel lado. La propiedad estaba situada en la zona superior de un gran rectángulo que se pegaba al cauce, alejada de la humedad, pero vigilada por fresnos y castaños de gran porte, plantados estratégicamente no para ocultar sino para enmarcar la construcción. Ahora todo el suelo parecía verde, pero era perfectamente apreciable la zona de césped que rodeaba la casa y que dentro de un mes estaría lindando con hierba seca. Otra cosa era

evidente de la casa de la vega: no era una propiedad en la que se hubiese cultivado nada, al menos en los últimos veinte años.

Eran ya las cinco y cuarto, así que desanduve el camino hasta el pueblo, crucé el puente, giré a la izquierda en el cruce y pronto me encontré ante la puerta de la casa de la vega. Me di cuenta entonces, por el cartel en azulejo que se veía en la jamba derecha, de que su nombre real era ese: Casa de la Vega. Me armé de valor y traspasé el portalón metálico, abierto completamente en esos momentos. Delante de la casa había un techado capaz de cobijar varios coches, pero estaba ocupado solamente por un todoterreno de gran tamaño. Aparqué mi utilitario a su lado y me dirigí hacia la entrada. Vista desde allí, sus paredes entrantes y salientes formaban un curioso juego de luces y sombras que producían la sensación de una mayor profundidad. Pero no era fácil perderse, pues un camino enmarcado con farolas a ras de suelo llevaba directamente a la puerta principal. Ya había llegado hasta allí. Seguía siendo un impostor y aunque poco a poco me estaba creyendo mi papel, la prueba más dura estaba a punto de empezar. No hizo falta que llamase al timbre. La puerta se abrió antes y apareció una muchacha del servicio.

—Buenas tardes, ¿qué desea? —me preguntó con aire distante una joven empleada de hogar.

—Querría ver a la señora un momento, si es posible.

—Doña Rosa está ocupada. Si quiere, llámela por teléfono más tarde.

—Lo entiendo. Verá, es que soy un pariente de la señora, he venido de lejos y es posible que no le guste que me vaya sin verla.

La chica pareció impresionada, más probablemente por mi verborrea que por la amenaza que esta dejaba entrever y que, seguramente, no llegó a captar.

—Espere aquí, por favor —me dijo mientras me hacía entrar y señalaba un sillón individual junto a la puerta.

Miré a mi alrededor fascinado. Había entrado de repente en una revista de decoración, quizás de hacía algunos años, pero sin duda todavía impresionante. Yo tenía mis posaderas en un sillón de Le Corbusier y en el enorme espacio que había ante mí se repartían varios espacios menores construidos con sillones de los Eames, mesas y sillas de McIntosh, lámparas de Aalto y todo un muestrario de muebles de firmas reconocidas probablemente no reeditados, sino originales. Toda referencia a la arquitectura local se había quedado afuera. Allí había una millonada en decoración. Todo un hallazgo inesperado para mí, que siempre había pensado que las casas que aparecían en esas revistas con las que yo soñaba en mi apartamento de cuarenta metros, no existían en la vida real.

El tiempo de espera me dio para entretenerme en pocas

cavilaciones más. Desde el fondo del salón, un par de peldaños por encima de donde yo estaba, se fue acercando una figura alta y elegante. Doña Rosa era toda una dama. Según mis cálculos, debería de tener entre sesenta y cinco y setenta años, pero si me hubiesen dicho que tenía cincuenta y cinco, bien podría haberlo creído. Lucía un rostro cuidado de pómulos amplios y frente despejada, una nariz pequeña y unos grandes ojos azules. Los labios amplios y gruesos aún tenían un toque sensual. El pelo muy bien arreglado con volumen de peluquería, probablemente teñido en su rubio original. Los ojos pintados muy ligeramente, lo suficiente para destacar sobre su blancura. Llevaba un vestido largo y veraniego que marcaba una cintura aún nítida y que, a su vez, separaba volúmenes amplios, aunque proporcionados a su altura, cercana al metro ochenta. En conjunto, se ajustaba perfectamente a lo que en teatro se llamaría una gran dama, pero más de Broadway que de El Paralelo.

Me levanté mientras se acercaba, al tiempo que notaba un nudo crecer en mi garganta. La expresión de su cara era amable y serena, como de reina bondadosa. Pero, según se acercaba, fue sufriendo sorprendentes cambios. Primero reflejó duda, vacilación, como si la hubiesen pillado de improviso y, finalmente, estupor. La mano que había empezado a tenderme se quedó a medio camino. Incluso ella misma se detuvo a unos metros de distancia.

—¿Eres tú, Andrés? —me preguntó con voz emocionada.

Yo también estaba bloqueado. Primero la tensión de la espera, después la aparición de la gran dama y ahora su inesperada reacción. Balbuceé unas palabras.

—No, disculpe. Me llamo Luis. Luis Almansa.

Durante un segundo siguió mirándome fijamente y luego, por fin, se acercó y terminó de extenderme la mano.

—Discúlpeme, le había confundido con otra persona. Pensará que estoy loca —me dijo sonriendo mientras recuperaba rápidamente el aplomo anterior.

—En absoluto, señora. Es usted quien debe disculparme por presentarme así, sin avisar. La verdad es que hace unas horas no sabía que vendría aquí, pero mi camino me ha traído a este lugar maravilloso. Permítame que le diga que su casa es excepcional.

—¿Le gusta? Me alegra. La construyó mi marido, que era arquitecto, y la decoré yo misma, que también lo soy, aunque nunca ejercí.

Me di cuenta de que, justamente al pronunciar arquitecto, aparecían en su acento leves notas anglosajonas, casi imposibles de percibir en las demás palabras.

—Me parece de una belleza extraordinaria, tanto por fuera como por dentro. Mis felicitaciones.

—Gracias, señor…, disculpe que no haya retenido su nombre —me sonsacó sin el menor azoramiento.

—Luis Almansa. Bien, pero no quiero entretenerla de sus quehaceres. Seré breve: me ha dicho la muchacha que estaba usted ocupada. Todo empezó hace unos meses cuando falleció una tía abuela mía y repartió su herencia entre sus familiares. A mí me tocaron sus libros y algunas otras cosas. Entre ellas una fotografía en la que aparecen tres chiquillos. Yo pensé que mi madre sabría quiénes eran, pero ella no tiene ni idea. La foto tenía un marco muy valioso y había sido guardada durante tantos años que me pareció que tenía que ser alguien importante para mi tía. El caso es que la foto llevaba el sello del fotógrafo de Villar de la Recia. Así que esta mañana inicié una búsqueda por el pueblo que me ha traído hasta su casa, después de localizar al viejo fotógrafo.

—¿Aún vive el bueno de Ernesto? —preguntó con educada sorpresa.

—Sí. Al menos esta mañana parecía estar muy bien de salud y conservar una gran memoria. A la primera me dijo que esa foto tiene que ver con su casa. Y esa es la razón por la que estoy aquí.

—Por eso le dijo a la criada que éramos familiares.

—Fue una trampa —reconocí, tratando de encontrar la mejor de mis sonrisas—. Discúlpeme, no parecía muy dispuesta a dejarme entrar. Claro que no me extraña, con mi aspecto.

—No sea tonto. Siéntese aquí y enséñeme esa foto.

Nos sentamos, ella en una *chaise-longue* de Jacobsen y yo en una silla Eames. Nuevamente saqué el sobre de mi chaqueta y de él, la fotografía.

—Esta es.

Doña Rosa alejó todo lo que pudo la foto para mirarla, pero aun así no buscó las gafas que claramente necesitaba. Dejó de mirarla y con ella en su regazo perdió sus expresivos ojos por el amplio ventanal que miraba hacia el río. Después comenzó a hablar como en trance, como si yo ya no estuviese allí.

—Esta foto está tomada allá abajo, al otro lado del río. Sería una tarde de mil novecientos sesenta y seis o sesenta y siete. Déjeme pensar, sesenta y siete, sí. Mi marido acababa de traer su Rollei de Estados Unidos y estaba deseando probarla. Se llevó a los niños a dar una vuelta por la orilla. Carmencita tendría diez años, Ángel once y medio y mi sobrino Andrés, como yo le llamaba, aunque era el hijo de un primo de mi marido, acabaría de cumplir los doce. La casa estaba terminándose. Yo andaba ocupada con la decoración y me quedé aquí. No sé por qué recuerdo tan perfectamente estos detalles, pero fíjese, había una tienda de muebles que me hizo esperar dos días a que llegase aquel mueble bar *art-déco*. El encargado se llamaba Pérez

Espeso. ¡Qué estupideces tiene la memoria!, ¿verdad? Fue una etapa muy feliz y, como todas las etapas felices, uno pasa por ellas como sin darse cuenta, sin darles valor, como si fuese lo normal. Si uno pudiera volver atrás y atrapar cada uno de los minutos de esos días… pero ya no es posible. Si usted me hubiese enseñado esta fotografía hace unos años yo habría roto a llorar, pero no se preocupe, hoy no lo haré, señor Almansa.

—Por… la desgracia… —me atreví a insinuar en voz muy baja.

—También Ernesto le habló de eso —dijo con más resignación que enfado.

—No, no. En absoluto. Solamente me dijo que hubo una desgracia, pero no me dio detalles.

Doña Rosa se quedó en silencio un momento, sopesando lo que iba a decir a continuación.

—Voy a contárselo, señor Almansa. Normalmente no lo haría, pero quizás porque se parece usted tanto a Andrés que seguramente sea familiar suyo, hay algo que me obliga a hacerlo. Pero primero necesito animarme un poco. Le aseguro que no me va a ser fácil.

Doña Rosa alcanzó una campanilla que había bajo la mesa. Al momento apareció la sirvienta.

—Yo quiero un té bien cargado, Vicenta. ¿Usted?

—Yo uno normal.

—¿Con leche? —preguntó Vicenta.

—Una nube, gracias.

—¿Una qué, señor?

—Un poco de leche en una jarrita, Vicenta —aclaró la dueña de la casa.

Cuando la chica se retiró, pareció que se había roto el hechizo o al menos que doña Rosa abría un paréntesis dilatorio.

—¿Cuáles son sus apellidos, señor Almansa?

—Pues Almansa Torres Frutos Martín, hasta donde yo sé.

—¿Y los de su tía que en paz descanse?

—Hermelinda Martín, creo recordar —dije sin mentir.

—¿Alguno más?

—Lamentablemente no, pero podría averiguarlos.

—Su tía abuela podría haber sido prima de mi marido, pero si era por línea materna no podemos confirmarlo sin más apellidos.

—Entiendo.

—De todas formas, estoy seguro de que usted es familia de Andrés. Su parecido es extraordinario. Luego le enseñaré alguna fotografía suya, antigua, pero más reciente que esta. ¿De verdad no recuerda ningún primo con ese nombre?

—No, lo siento. Pero también es cierto que no recuerdo el nombre de todos mis primos.

—Este sería quizás un poco mayor que usted —dijo esperando que le confesase mi edad, pero preferí cambiar la línea de conversación.

—Supongamos que mi tía fuese pariente de su marido. ¿Encontraría normal que mi tía tuviese una foto de su familia?

—Perfectamente normal —respondió sin dudar—. Mi marido creía mucho en la familia amplia, le gustaba estar en contacto con ella y solía enviar cartas y fotografías a sus tíos y primos con cierta regularidad. Eso era bastante frecuente entonces. Las familias se separaban, unos hijos se quedaban y otros marchaban a buscar fortuna a otro pueblo, a otra ciudad, a otro país. Y las cartas eran la única forma que había entonces de mantenerse en contacto y en ellas muchas veces se incluían fotos. El teléfono era un lujo para la Navidad y los telegramas, aves de mal agüero. No se lo creerá, señor Almansa, pero cuando llegamos a este pueblo solamente había diez números de teléfono. Cuando hubo teléfono en todas las casas, la costumbre de las cartas se fue perdiendo. Curiosamente ahora se ha recuperado gracias a Internet. Quien lo tenga, claro. Cuando conocí a Ignacio, estudiando arquitectura, allá por mil novecientos cuarenta y ocho, él ya tenía esa costumbre de escribir. No se puede imaginar lo exótico que me resultaba a mí, una jovencita de Boston, que mi novio recibiera cartas de sitios como Raso del Olivar o Albalajara, a veces con unas fotografías increíbles de bodas o bautizos. Yo era muy romántica y enseguida empecé a soñar con España. Para mí era un lugar misterioso, exótico, virgen, lleno de pasión por la vida. Ya sabe, Hemingway, Irving…

—El compromiso que todo estadounidense culto tiene con la vieja Europa —interrumpí intentando no ser pedante en mi terreno.

—Veo que usted sabe de lo que hablo. ¡Quién me iba a decir que acabaría casándome y viviendo aquí! —hizo una pausa dramática y se contestó a sí misma cuando acabó—. No me quejo, señor Almansa. He sido muy feliz en este país. Aquí llega el té.

Vicenta procedió a servirlo con cierta rudeza en los ademanes que contrastaba con lo delicado de la loza inglesa.

—¿Y a qué se dedica usted, señor Almansa, si me permite la pregunta?

—¿Cómo podría molestarme? Recuerde que he tomado su casa al asalto y me siento en deuda con usted. Y ahora aún más, después de este excelente té. Mi vida es muy aburrida, señora. Soy profesor de instituto en Albalajara. Enseño Lengua española y Literatura. También escribo en mis ratos libres. He publicado un par de novelas.

—Lo de profesor me lo imaginaba por su comentario anterior. Qué interesante lo de sus novelas. Me encantará leerlas. Dígame cómo se titulan y las pediré por Internet. Yo leo mucho. Muchísimo, diría yo. Tengo mucho tiempo.

—No se moleste en buscarlas. Tienen algunos años y son muy difíciles de encontrar en librerías. En Internet es tarea imposible. Quizás podría encontrar alguna noticia sobre su publicación, pero poco más. Yo se las mandaré con mucho placer.

—¿No preferiría que las comprase? Así usted tendría un retorno por derechos de autor y sumaría una venta más.

—No se preocupe por eso. Vender trescientos o trescientos uno ejemplares me deja más o menos en la misma posición de la clasificación de los menos vendidos. Le propongo una cosa, se las traeré yo mismo si me invita a otro té.

—Está bien, cuente con ello. Pero avíseme primero.

—Sin duda.

El paréntesis se estaba cerrando. Doña Rosa bebió el último sorbo de su té fuerte y sin azúcar, se levantó con aire sonámbulo y me dio la espalda para buscar de nuevo el hilo de sus pensamientos a través del ventanal. Parecía como si de verdad estuviera contemplando tras él los fantasmas de su pasado, como si recuperase los años en los que el jardín estaba cuajado de juegos y risas infantiles, quizás de obreros moviendo la cabeza con signos de incomprensión acerca de lo que esa señora les obligaba a hacer. Un tiempo feliz que se esfumó bruscamente ante sus ojos el día de la desgracia.

Capítulo cuarto

—La casa es muy grande, como habrá visto, y su historia va muy unida a nuestra historia —así comenzó doña Rosa su largo relato—. Ignacio era de Albalajara. A lo mejor usted también. Su padre era un gran terrateniente y disponía de varios cotos y cortijadas por la provincia, pero mi marido no quería usar ninguna de sus tierras para construir la casa de sus sueños. Tampoco quería líos con sus hermanos. Él había triunfado por sí mismo y no quería deberle más cosas a su padre de las que ya le debía. Su búsqueda terminó cuando encontró este pedazo de tierra y se enamoró perdidamente de él. Era grande, estaba cerca de un río truchero, pegado a la serranía, en zona de buenos cotos y, sobre todo, ni era de su padre, ni su padre había tenido nunca que ver directamente con Villar de la Recia.

Antes de terminarla incluso, me venía con los chicos desde Madrid y nos pasábamos aquí todas las vacaciones, de junio a septiembre. Ignacio se tomaba unas semanas en agosto y, a veces, aparecía de viernes a lunes. La casa era su juguete. Tuvimos de todo, caballos, piscina, una cabaña para los chicos. Era el *american way of life* hecho realidad en Castilla. Un puro anacronismo si usted quiere, pero no pensábamos en ello. Todos los años invitábamos a algunos primos de nuestros hijos, más o menos de su edad, para que les hiciesen compañía. Andrés era el más habitual. Hacían un trío perfecto, si es que un trío puede serlo alguna vez. Carmencita era la soñadora, la imaginativa, la vivaracha. En los tiempos de su fotografía ya era capaz de engatusar a los dos chicos con su palabrería y sus historias increíbles. No sé cómo lo hacía, pero terminaba por embarcarles en aventuras absurdas. Una vez se escaparon a medianoche para ir al cementerio del pueblo a esperar a las ánimas y les detuvo la Guardia Civil. Otro día robaron palas y picos para buscar un tesoro a los pies de un viejo alcornoque, al otro lado del río. Seguro que entonces estaba leyendo Tom Sawyer. Carmencita leía de todo y todas las semanas inventaban algún disparate.

Ángel era completamente distinto: introvertido, serio, muy buen estudiante. Un clásico… ¿cómo se dice?, primer hijo, *aîné* en francés, no me lo diga, ya, ya recuerdo: primogénito. Y luego estaba Andrés. Andrés era solamente unos meses mayor que Ángel, pero sin duda era mucho más maduro, casi un adulto. Era muy alegre, pero al mismo tiempo se encargaba de poner algo de sensatez. La necesaria para que

los planes de Carmencita no acabasen en algún serio disgusto. Era, es, el hijo de un primo de mi marido, como le dije. Los dos habían jugado juntos durante su infancia. Había nacido en un pueblo del llano, Alcázar de la Sagra, creo recordar. Su madre había muerto al nacer él y su padre no se podía ocupar del chico, así que le teníamos aquí los meses de verano. Yo le cogí mucho cariño y lo tratábamos como a otro hijo más. Recuerdo que yo daba clases a los tres durante el verano, de matemáticas, de inglés y de francés. A Andrés le aprovechaban mucho. Siempre fue el más listo, no solo porque fuese algo mayor, no. Tenía una gran inteligencia natural y sobre todo, unas grandes ganas de aprender. En el fondo, supongo, era consciente de que tenía que aprovecharse de su suerte. Yo siempre creí que llegaría lejos —doña Rosa se detuvo un momento para mirarme, como si acabase de recordar que tenía público y, luego, se volvió hacia su ventana, al pasado—. Así transcurrieron cinco veranos y, casi sin darnos cuenta, los chicos se hicieron unos hombres y Carmen una mujercita *charmante* de dieciséis años. Ese veraneo iba a ser posiblemente el último de su infancia. Mi marido y yo hablábamos de eso. Ángel iba a estudiar arquitectura, como nosotros. Me parece que Andrés quería hacer Historia, pero su padre no estaba dispuesto. Al chico le gustaba mucho investigar el pasado. Recuerdo que enseguida dejó de leer novelas y se pasaba horas con unos libros que teníamos de Selecciones del Reader's Digest sobre civilizaciones antiguas. Todavía deben de estar por aquí en alguna estantería. Nada más terminar el curso, enviamos a los chicos a Boston con mi familia. Yo me quedé en Madrid, acompañando a Ignacio. Cuando volvieron, a finales de agosto, vinimos directamente aquí desde el aeropuerto y poco después se les unió Andrés.

Para que entienda lo que pasó, le tengo que contar primero que mi marido y yo teníamos un pacto acerca de la caza. A él le gustaba mucho y a mí siempre me ha horrorizado. La afición le venía de pequeño, cuando su padre les llevaba a él y a sus hermanos por sus cotos y los cotos de sus amigos. Él quería enseñar a los chicos, pero a mí me enfermaba la idea de que mis hijos caminasen por el campo con un arma de fuego en la mano, así que acordamos que eso no ocurriría hasta que no tuviesen al menos 16 años. Cumplió su palabra y esperó hasta ese verano de 1973. Antes de aquel día habían salido ya cuatro o cinco veces a cazar conejos y perdices, cosas pequeñas. Los chicos estaban entusiasmados, sobre todo mi hijo. Cuando mató su primera perdiz me la enseñó orgulloso y nunca supo que me había dado un disgusto terrible.

El día del accidente fue el último de vacaciones. Aún no se había abierto oficialmente la veda, pero mi marido quería regalarles su primera experiencia de caza mayor, así que tuvo que pedir permiso

especial para organizar una pequeña montería, un gancho, en un coto grande de su padre. Se levantaron muy temprano. Recuerdo que mi hijo no paraba de decir aquello de que iban a ir a por guarros, que a mí me sonaba fatal. A partir de aquí ya solo sé lo que me contaron. Ellos ocupaban tres puestos contiguos, separados como cincuenta o sesenta metros. Los monteros con sus perros iban llevando los jabalíes hacia donde ellos estaban. De pronto, apareció un macho joven corriendo a gran velocidad. No se sabe quién disparó, pero alguien lo hizo. El animal dio una voltereta en el aire y cayó fulminado. Los chicos salieron corriendo hacia él. Mi marido tenía miedo de que el bicho no estuviese muerto y les lanzó un grito: «¡Quietos! No os mováis ¡Quietos he dicho!». Andrés y Ángel ya habían salido corriendo de sus puestos. Al oír el grito de mi marido, Andrés paró tan de golpe que se fue al suelo y la escopeta se le disparó al caer.

Doña Rosa se detuvo momentáneamente. Su relato había ido *in crescendo* en emoción, pero ya había alcanzado el clímax. Yo me mantuve en silencio esperando la confirmación de la desgracia.

—Los chicos llevaban cartuchos de perdigones porque mi marido no quería que llevaran balas el primer día, por si acaso —dijo muy despacio al reanudar su relato—. Uno de los perdigones se le metió a Ángel en un brazo. Pero el otro le entró por encima del ojo derecho y fue a detenerse dentro de su cerebro. Si le hubiera dado en otro sitio todo habría quedado en un susto, en una broma para años y años. Pero no fue así y yo perdí un hijo de la manera más absurda y horrible. Por si fuera poco, Ángel tardó meses en morir. No había operación posible. Tampoco había forma de hacerlo volver. Permita que le ahorre los detalles.

—Por favor, señora. No tiene por qué seguir contándome nada más.

—No se preocupe, hace años que pasé lo peor. El caso —prosiguió— es que no solamente perdí un hijo. Poco a poco perdí una familia. Al parecer, Carmencita estaba muy enamorada de Andrés y yo no lo sabía. ¿Cómo puede una madre no darse cuenta de una cosa así, señor Almansa? No lo sé, pero a mí me ocurrió. El caso es que mi hija quedó muy, cómo decirlo, muy marcada. Yo quise ayudarla, pero ella no me dejó. Cuando salió de su infierno particular emergió convertida en otra persona. Una persona incapaz de entregarse, de implicarse emocionalmente. Se había vuelto escéptica, dura con todo el mundo, incluida yo misma. Dejó de comunicarse. En cuanto a mi marido, su pena no le abandonó nunca hasta el día de su muerte, hace ahora diez años. Durante un tiempo siguió con su vida, con su trabajo. La gente alabó su entereza, su serenidad, pero solo yo sabía que por dentro estaba vacío, como un tronco viejo. Luché por todo y contra todos. Luché por mi marido, por mi hija. Y perdí. Era la madre. Había

perdido más que ninguno de ellos con aquel disparo y no tenía a nadie en este país que me consolase. Pero salí a flote. Usted podrá pensar que yo no tenía un sentimiento de culpa como el de mi marido, y tendría razón. Yo sé que hasta el último día de su vida se oyó a sí mismo cada noche gritando: «¡Quietos! No os mováis. Quietos os digo». Nunca pudo perdonárselo, aunque cualquiera habría hecho lo mismo. Yo habría gritado. Usted habría gritado si hubieran sido sus hijos.

—Desde luego.

—A veces pienso que quizás hice mal, que no tenía que haber adoptado el papel de la fuerte. Quizás mi hija o mi marido habrían reaccionado de otra forma. O no. ¿Quién sabe? Usted sabe cómo son estas reacciones psicológicas. En fin.

—¿Es usted creyente?

—Una pregunta demasiado íntima, ¿no cree? —me dijo con la primera sonrisa apenas esbozada en su rostro desde hacía media hora.

—Lo siento.

—No se preocupe, entiendo que la haga. Soy católica. Pero todo aquello me hizo pasar por muchas dudas. Al principio es esa sensación de que nada tiene sentido, de que hay muertes absurdas que ningún dios debería permitir. Pero justamente por ese camino encontré mi salida, señor Almansa. No sé si hay un dios, pero creo más firmemente que nunca en el destino, en un destino para cada uno. No sé cómo explicárselo. Yo era una chica feliz de Nueva Inglaterra. Mi padre era dueño de tres clínicas dentales y ahora debería estar viviendo en Florida un retiro dorado, casada probablemente por segunda o tercera vez, con varios hijos y un puñado de nietos repartidos por los Estados Unidos viniendo de visita cada año el día de Acción de Gracias. Pero estoy aquí, en Villar de la Recia, en medio de la nada, después de haber sido más feliz y más infeliz de lo que nunca podría haber imaginado. Ya no me siento un anacronismo, como esta casa, y si en algún momento lo fuimos, ahora ya formamos parte del paisaje. Y es que creo firmemente que todo esto no ha pasado porque sí. Como tampoco creo que esté usted hoy aquí porque sí, señor Almansa.

—Ha sido una casualidad…

—Desengáñese. Olvídese del nihilismo y del existencialismo. Sé que a ustedes, los intelectuales, les encanta ese punto de vista. Las casualidades no existen y desde luego hay muchas que no se explican desde un punto de vista meramente psicológico. Mírese usted mismo. Está aquí, con su extraordinario parecido a Andrés, por culpa de una foto que mi marido envió lejos y que ha llegado a sus manos de una forma inexplicable con más de treinta años de retraso. ¿No se da cuenta? Yo no sé si es Dios el que juega con nosotros, pero sé que hay un sentido en las cosas que ocurren, para bien o para mal. He llegado

a creerlo firmemente, señor Almansa. Por eso le he contado toda esta historia a un extraño, porque usted está aquí por algún motivo que ni usted ni yo conocemos y quizás no conozcamos nunca, algo que afectará a un hijo suyo o a alguien a quien quizás atropelle con su coche al volver a su casa. Quién sabe. Nosotros no podemos saberlo, pero podemos entenderlo.

Por el ventanal entraba cada vez menos luz. Las hojas del gran castaño, infantiles aún, eran incapaces de retener la que llegaba del Oeste pero, a cambio, la tamizaban repartiendo haces de oro y verde sobre el jardín. Vivíamos un momento de una belleza esencial. Estoy seguro de que los dos lo notamos, pero ninguno lo comentó.

—Quizás tenga usted razón. Le agradezco muchísimo el esfuerzo que ha tenido que hacer para contarme todo esto. Se lo aseguro. Ahora tendría que marcharme. Soy un mal conductor y además no tengo muy buena vista. No quiero que su comentario sobre el destino se haga real.

—Espere un momento, si puede. Le prometí que le enseñaría una foto de Andrés, ¿recuerda?

—Por supuesto.

Doña Rosa se dirigió a una gran librería de obra de la que extrajo un álbum de fotos.

—Creo que es este —dijo mientras examinaba una serie de grandes volúmenes encuadernados en piel—. Sí, este es.

Se aproximó a mí con el álbum abierto y me lo pasó. A continuación, silenciosamente se desplazó hasta una cercana lámpara de papel con pie de madera, de estilo nórdico años cincuenta, y la encendió. La foto esta vez era de los dos chicos. Probablemente fue tomada días antes de la cacería fatídica. Lucían indumentaria y equipo completo de cazador. Ángel, como en la foto que yo conocía, presentaba una pose marcial y algo envarada, con la escopeta abierta descansando sobre sus brazos en un gesto profesional. Andrés, mucho más suelto, estaba a su lado, sentado en una piedra, con la mano izquierda sobre su rodilla, el antebrazo derecho apoyado en el muslo de su mismo lado y la escopeta, también abierta, casi en horizontal, sobre su regazo. Nuevamente era una instantánea excelente.

—Su marido era un gran fotógrafo —comenté.

—Lo era, pero esa foto la hice yo —me replicó con orgullo.

—Vaya metedura de pata. Pues, en cualquier caso, es magnífica.

—No es tan raro en un arquitecto. Ahora fíjese en Andrés. ¿Qué me dice?

Traté de evaluar el parecido de Andrés conmigo y hube de reconocer que tenía cierta base. Por lo que se veía, ambos compartimos una figura de hombros algo caídos, el pelo rizado y oscuro, las cejas marcadas, los ojos grandes y negros y un aire arábigo,

aunque mi mandíbula es más cuadrada y su nariz parecía más ancha que la mía, más bien recta y fina, aunque no pequeña.

—Diría que hay cierto parecido, pero soy un mal fisonomista. Supongo que en conjunto nos parecemos bastante: la forma de la cabeza, el pelo…

—Es un parecido más que notable, señor Almansa. Lástima que no esté aquí mi hija para corroborarlo.

—¿No vive con usted?

—No. Carmen se quedó a vivir en el piso de Madrid cuando yo decidí retirarme aquí. Trabaja en una multinacional, Kracks & Foods, y hace su vida.

—¿Se casó? —me atreví a preguntar.

—No. Y ya he perdido la esperanza de que me dé nietos alguna vez. Para mí sería una bendición morirme mientras veo correr algún crío por esta casa. Pero ya se le está pasando el tiempo, si no se le ha pasado ya. Aunque sigue siendo una belleza. Mire, aquí hay una foto suya de hace poco.

Me llevó hasta un resplandeciente mueble bar *art-déco,* el mismo que, cuatro décadas antes, fue servido con retraso por un tal Pérez Espeso y sobre el que había un marco plateado de la misma inspiración. Dentro de él descubrí un rostro que me miraba desde unos enormes, no había otra palabra, ojos azules. También tenía una boca grande de labios carnosos que, junto con los ojos, eran las únicas huellas maternas porque el resto era puramente meridional: pelo corto, oscuro y liso, tez morena, el óvalo de la cara perfecto y unas mejillas amplias y tersas. Todo ello ensamblado a la perfección. Del resto nada se podía apreciar, salvo unas manos grandes de dedos largos y finos. Estaba apoyada sobre el techo de un coche en un plano ligeramente picado. Si esa mujer tenía más de cuarenta años, yo era Matusalén.

—Permítame que le diga que a su hija no se le ha pasado aún nada de nada y debo añadir que en su familia la edad de las mujeres es un hecho completamente relativo, como diría Einstein.

—¿Debo tomarlo como un cumplido?

—Solamente como un cumplido, y perdone la pedantería. Si ustedes dos tienen la edad que yo calculo, el diablo debe de andar cerca.

—Ha resultado ser usted un adulador, señor Almansa, aunque un poco retorcido. ¿Está usted casado? —Su pregunta no me extrañó. Quien es indiscreto debe someterse a la indiscreción.

—Tampoco lo estoy, pero mi tiempo parece ir mucho más rápido que el de ustedes, sin duda.

—No sea bobo.

—Es una evidencia —respondí señalándome de arriba abajo con

ambas manos.

Cuando terminó el florilegio verbal y llegó el momento de la recapitulación, ella nuevamente tomó el mando.

—Antes de que se vaya le daré una tarjeta.

Se aproximó a un escritorio *arts & krafts* y tras correr la persiana de madera extrajo una tarjeta y empezó a escribir en ella.

—Aquí tiene todos mis datos. Por detrás le he anotado mi *e-mail* y los apellidos que yo recuerdo de mi marido y los de Andrés. Investigue un poco entre su familia y seguramente descubrirá que están emparentados. Si averigua algo llámeme o póngame un mensaje. Me encantará saberlo. Y si quiere venir a contármelo personalmente también puede hacerlo aunque…

—No tema, llamaré primero. Si me deja un papel le anotaré mi dirección. Un día de estos me haré unas tarjetas, pero esta frase la digo siempre en circunstancias como esta y luego desaparece de mi mente.

Cumplido el trámite, ella siguió dirigiendo la ceremonia.

—Le acompañaré hasta el coche.

Salimos de la casa con la penumbra apoderándose ya de la puerta principal, orientada a levante. Caminamos guiados por los focos, ahora encendidos, hasta la cochera. Al llegar nos dimos la mano con afecto.

—Ha sido usted muy amable y lamento que haya tenido que pasar un mal rato por mi culpa —le agradecí.

—No se preocupe, señor Almansa. Ha sido usted un visitante ejemplar. Y acuérdese del destino.

—¿Puedo hacerle una última pregunta? —me arriesgué a estropear mi representación en el último momento.

—¿Cómo podría negarme?

—¿Qué fue de Andrés?

—No lo sé, ni me importa demasiado, sinceramente —contestó con un ligero punto agridulce—. Después de aquello nunca más volvimos a verle. Mi marido dejó de enviar cartas a los familiares, como dejó cualquier tipo de vida social. Y su querida familia tampoco demostró un gran interés por enviarnos noticias suyas después del funeral. Así que, probablemente, será usted el primero en saber qué fue de Andrés.

Durante el viaje de regreso mis pensamientos saltaban de una idea a otra y se alborotaban incapaces de mantener un proceso lógico. Pero en medio del caos de imágenes y frases sueltas, recordé las palabras de doña Rosa sobre el destino. Yo no creía en él, pero esa insólita visita, fruto de una impostura que yo mismo había creado parecía capaz de cambiar mi vida. Y, aunque aún me era imposible vislumbrar cómo, lo que ocurriera después no obedecería a algo

planificado. De eso estaba seguro.

Capítulo quinto

Me desperté pronto ese domingo. Mi sueño había sido intranquilo, no sabía si por las emociones del día anterior o por la cena tardía y abundante que me había regalado antes de acostarme. El caso es que estuve buena parte de la noche perdido en pesadillas pobladas de disparos, jabalíes heridos y mujeres altas y aristocráticas.

Me preparé un café y comencé por fin a centrar mis pensamientos. Por un lado, el objetivo de la excursión estaba cumplido con creces. Tenía un relato, un magnífico relato que mezclaba realismo, melodrama y tragedia. Tenía unos personajes rotundos que podría fácilmente enriquecer con muchos matices. Y también un entorno y un paisaje dignos de mención, aunque quizás, paradójicamente, un tanto increíbles. De aquellos mimbres hasta yo podía sacar algo decente. Ya no pensaba en un pequeño relato para salvar el compromiso con mis alumnos. Veía un novelón de quinientas páginas. Por otro lado, podría decirse que mi relación con las personas que había conocido el día anterior había concluido. Nada me obligaba a volver a Casa de la Vega haciéndome pasar por otra persona, y Villar de la Recia podría desaparecer para siempre de mi vida, fotógrafos y fiestas mayores incluidos. Me bastaba cambiar nombres y lugares para que el suceso no fuese muy reconocible. La única concesión para tranquilizar mi conciencia, sería la de enviarle un ejemplar dedicado a doña Rosa dándole las gracias y explicándole todo. Ella lo entendería. Ella creía en el destino.

Según esa línea de pensamiento, el siguiente paso, en teoría, habría sido empezar a pensar en los detalles fundamentales de la obra, el tono, la voz, la forma de contarlo. Podía ir desde Donoso a McEwan, pasando por Delibes, todos ellos capaces de hacer de esa historia una verdadera novela. Pero también podía buscar un camino propio. Normalmente sería en eso en lo que tendría que haber estado concentrado, entre otras cosas porque disfruto más imaginando cómo van a ser mis obras que escribiéndolas.

Y, sin embargo, en mi interior nada estaba conforme con esos planes racionales. De momento, tanto el posible relato como el taller literario o el compromiso con mis alumnos habían dejado de interesarme, aunque siguieran presentes en segundo plano. Sentía que la novela estaba aún tremendamente lejos. Descubrí con sorpresa que lo que de verdad quería hacer en ese momento era averiguar si doña

Rosa tenía razón y comprobar si yo formaba parte o no del mundo de Casa de la Vega. Naturalmente, era consciente de que todo había sido una invención mía pero, al mismo tiempo, eso no era contradictorio con lo que pensaba la vieja dama, y las mujeres tienen mucha intuición para eso. Era verdad que había un parecido, aunque seguramente menor que el que ella quería ver. Y si la fotografía me había llamado la atención en una almoneda repleta de cachivaches bien podía haber sido porque mi subconsciente también me vio retratado en aquel chico de la derecha, mi probable primo Andrés. Y si fuese así, me pregunté, ¿cambiaría eso mi vida? Quizás sí, porque lo segundo que tenía muchas ganas de hacer era conocer a mi posible prima. No podía quitarme su imagen de la cabeza y no solo por su belleza. Intuía que ella tenía otra visión de la desgracia que probablemente no coincidiera del todo con la de su madre. Pero sentía que necesitaba el respaldo de un título de primo, aunque fuese tercero, para presentarme ante ella y meterme en su pasado y en su vida como un espeleólogo.

En definitiva, descubrí que lo que quería era implicarme en la historia, más que contarla, y eso nunca me había pasado. Tal vez la adrenalina que había inundado mis venas durante mi interpretación me había provocado adicción. Dicen que es así, que toreros, actores o deportistas, son drogadictos de adrenalina. Yo había comprobado lo terriblemente excitante que resultaba introducirse en las vidas de los demás y producir efectos inesperados en ellas. Probablemente necesitaba otra dosis. Y eso me asustó, y empecé a buscar otras razones para justificarme. Era posible, me dije guiado por mi vieja dialéctica, que por ser yo marxista materialista y no un simple nihilista, a pesar de las apreciaciones de doña Rosa, y por ser mis orígenes más proletarios que burgueses, me hubiera bastado, como a tantos otros de mi ideología, una pequeña dosis de buena vida, de té con una nube de conversación de altura, de casas de arquitecto y muebles con apellidos, para descubrir lo bien que me sentía en ella; para empezar a pensar que ya era hora de que la plusvalía me beneficiase también a mí, aunque fuese un poco.

Pero seguramente fue todo eso al mismo tiempo: la tragedia de doña Rosa, los ojos de Carmen, Casa de la Vega, la infancia feliz que nunca tuve, la familia bien que nunca tendría, la posibilidad de inventarme otra vida. El caso es que no podía dejar así lo que había empezado y ponerme a escribir una historia. De ninguna manera. Aún no. Siguiendo la ilógica de mis deseos me dispuse a averiguar si en el pasado de los Almansa había alguna relación con los habitantes de Casa de la Vega.

Después de un par de horas de llamadas a mi madre, a sus hermanos, a los hermanos de mi padre y a otros familiares, lo que conseguí fue poco, aunque suficiente. Ignacio Hidalgo de Avellaneda, Martínez, Cifuentes, Cabo de Tejera, por un lado. Por otro Andrés Martínez Cerezo. Y en medio yo, Luis Almansa, Torres, Frutos, Martín, Torrejón, Cerezo. Cerezo era un apellido relativamente corriente en la zona y, por tanto, no me llevaba directamente a tener silla reservada entre las dos mujeres de Casa de la Vega, pero me daba dos cosas: una conexión con el primo Andrés y una coartada para conmigo mismo. Y es que esas seis letras cambiaban todo el planteamiento. De repente me legitimaban en una historia que yo había echado a rodar y me alejaban del papel de impostor. Yo sabía que durante la visita a Casa de la Vega había sido un personaje de mí mismo. No era el Luis Almansa real con sus miserias, su piso de alquiler, sus alumnos insensibles, sus libros fracasados y su novia provinciana. Era un Luis Almansa brillante, seguro, de conversación ágil y seductora, escritor de éxito, intelectual reconocido, dispuesto para lucirse en cualquier salón poblado de gente capaz de entender una frase de más de veinte palabras y dos oraciones subordinadas. Por eso veía en el apellido Cerezo el conjuro para evitar que todo volviese de repente a ser lo de antes, como una cenicienta.

La mañana del domingo estaba dando paso a la tarde sin que yo me hubiese dado apenas cuenta. Y eso que mi estómago es un reloj imposible de engañar, lo cual da una idea del grado de ensimismamiento en que me encontraba cuando sonó mi teléfono móvil. En la pantalla decía: Dora. Y la mezcla de aquel sonido extemporáneo con aquel nombre fue suficiente para hacerme volver a la realidad, o más bien, para que me cayera de bruces en ella.

La verdad es que no tenía nada que reprocharle. Durante el sábado había respetado mi expedición sin llamarme ni enviarme uno solo de esos mensajes que tanto le gustaban y que me obligaban a apagar el teléfono durante toda mi jornada laboral. Luego, había esperado toda la mañana del domingo para tener noticias mías. Y solamente a las cinco de la tarde se había decidido a llamar. Así que no tenía derecho a ser tan desagradable como fui.

—Me has despertado —mentí mirando el reloj.

—Lo siento. Como no tenía noticias tuyas.

—No te preocupes, ni me he muerto ni me he enrollado con ninguna tía buena.

—Es un alivio, lo de la tía buena, digo. El que no te hayas muerto, empiezo a dudarlo.

Dora empezó así a darme una muestra clara de un pronto oculto

que yo solamente había empezado a entrever.

—Oye, ya sabes que no soy precisamente un *gentleman* cuando me levanto de la siesta —dije como única excusa.

—No me sorprende. Si lo fueses sería la única excepción a lo largo del día.

—Mira, Dora, dejémoslo. Pongamos paz. ¿Por qué no nos vemos en El Alamillo a las siete o así?

Al mismo tiempo, Dora también sabía dar marcha atrás y pulsar los resortes adecuados.

—Si lo prefieres así. Yo había pensado en acercarme por tu casa para ayudarte a despertar de una manera más agradable, y luego dar un paseo por el río.

Comprendí de repente que la reaparición de Dora me había molestado profundamente, no solo por inoportuna, ya que mis planes eran picar cualquier resto aún inanimado de la nevera y empezar a disfrutar con la recreación imaginaria de los próximos pasos de mi aventura, sino porque me devolvía al Luis real y, en la misma medida, me alejaba de Casa de la Vega. Habría querido negarme con cualquier excusa, pero algo en mi entrepierna tomó el mando de las operaciones.

—Te prepararé un café.

—A ver si está calentito cuando llegue —se despidió por si no me habían quedado claras sus segundas intenciones.

Desde un principio, el hecho de que Dora, que aún vivía con sus padres, tuviera que marcharse a una hora prudencial, me había parecido un problema magnífico. Ahora era una bendición. Necesitaba todo el tiempo posible para pensar en mi historia, y su charla, sus susceptibilidades y su generosidad sexual eran un estorbo que no podía permitirme. Por eso me sentí aliviado cuando cerré la puerta después de desearle buenas noches. Me acosté tarde, a las tres, pero ya sabía lo que iba a hacer al día siguiente.

En primer lugar, me levanté temprano para escribir un correo electrónico. Mi admirada anfitriona Rose O’Farrell, viuda de Hidalgo de Avellaneda, me había anotado su dirección de correo electrónico en la tarjeta, y había que explotar esas posibilidades.

Admirada señora O’Farrell:

Como no podía ser de otra forma, usted tenía razón. Parece ser que el apellido Cerezo me une a su sobrino postizo, aunque no tengo nada que ver con los antepasados de su marido. Andrés, a todas luces,

es primo mío en segundo grado, y es posible incluso que hayamos coincidido en alguna boda o bautizo. Sin embargo, sigue siendo para mí un misterio, que nadie me ha conseguido aclarar, el por qué mi tía Hermelinda tenía esa foto entre sus pertenencias, dado que la relación de Andrés con su marido no es a través del Cerezo sino a través del Martínez. Sigamos pensando que ha sido el destino, ¿no le parece?

No quiero despedirme sin agradecerle de nuevo sus atenciones y el tiempo que me dedicó. Entrar en su casa y conocerla han sido dos de las cosas mejores que me han pasado en los últimos años. Se lo aseguro.

S.S.S.Q.E.S.M.

Luis Almansa

Lo segundo que hice fue localizar el teléfono de Kraks & Foods en Madrid. No fue difícil, lo difícil iba a ser convencer a Carmen para que nos viésemos. ¿Quién era yo? ¿Un supuesto primo lejano de Albalajara? ¿Qué quería de ella? En realidad, no lo sabía, o lo sabía pero era imposible de contar: querría conocerte, conquistarte, saber tu versión de «la desgracia», que me considerases como de la familia, ir todos los fines de semana a Casa de la Vega, verte allí junto a tu madre, tomar té con gente interesante y urdir conversaciones inteligentes sobre cualquier tema. ¿Lo entendería?

—¿Carmen Hidalgo de Avellaneda, por favor?

—Un momento —me dijo una voz femenina cercana a lo sintético.

Por un segundo creí que iba a hablar con ella a la primera intentona. Otra voz femenina volvió a escucharse.

—*Marketing*. Dígame.

—¿Carmen Hidalgo de Avellaneda, por favor? —contesté intentando yo también encontrar un timbre anodino y profesional.

—¿De parte de quién, por favor?

—Me llamo Luis Almansa y es particular. Soy un primo suyo —confesé a la primera.

—Un momento.

Ese era el momento de la verdad. Si ella atendía mi llamada, todo sería posible, si la rechazaba, aquí acabaría mi historia.

—¿Puede dejarme su teléfono? —dijo la voz al volver—. Ahora mismo no puede atenderle.

—Puedo llamar más tarde.

—Mejor déjeme su teléfono —aclaró paternalista.

—De acuerdo.

Veía venir el cataclismo, así que actué a la desesperada. Después

de dejarle mi teléfono añadí:

—¿Podría dejarle un mensaje?

—Por supuesto. Dígame.

—Dígale que no es urgente, pero que tengo noticias de su primo Andrés.

—Muy bien, así lo haré.

—Gracias.

Colgué anonadado por mi atrevimiento. Otra vez el Luis decidido y embaucador salía a la superficie. ¿Y ahora qué? ¿Cuál sería su reacción? ¿De verdad le interesaba saber de su primo? ¿No sería probable que ella misma tuviera noticias de él y que su madre lo desconociera? ¿Había quemado mis naves a la primera jugada?

Tenía que salir ya para el instituto y ella podía llamar en cualquier momento. O no hacerlo nunca. Maldije por no haberle facilitado el teléfono móvil a la secretaria. Por un estúpido prejuicio pensé que resultaba más serio dar un fijo. Y, además, ahora, tenía que averiguar en serio el paradero del primo Andrés. Llamé al instituto y comuniqué que había sufrido un repentino mareo, una vez de camino, y que había tenido que volver.

Después me conecté a Internet. Coloqué el nombre completo en mi buscador favorito y después de abrir no menos de una decena de páginas, encontré el rastro del que con casi total seguridad era mi primo o, mejor dicho, el primo de Carmen. Una de ellas me llevó a un artículo en la revista *Ars Castellae* acerca de un yacimiento arqueológico visigodo. Lo firmaba Andrés Martínez Cerezo, profesor titular de Historia del Arte de la Universidad de Castilla La Mancha.

Otras dos siguientes parecían acertar también en el centro de la diana. La primera me mostró una recensión del libro *Arte pagano en la Castilla musulmana de los siglos* IX *al* XII*,* publicado hacía un par de años por la misma Universidad. La segunda también era una nota bibliográfica, pero apuntaba otro cariz. *La bodega iluminada y otros cuentos,* de Andrés Martínez Cerezo, había sido publicado hacía cuatro años por una Caja de Ahorros local a resultas de haber ganado el primer premio en su concurso literario anual. Encontré varias referencias a esta noticia en diversos medios. Probablemente yo había leído alguna de ellas en el momento de publicarse pero, cuando lo hice, seguro que estaba más interesado en la existencia misma del premio y en la forma de conseguirlo que en su ganador.

Después de aquella primera búsqueda tan inesperadamente certera me quedé momentáneamente satisfecho, puesto que ya tenía la respuesta a mi imprudente promesa. Pero, casi en paralelo, un sentimiento negativo comenzó a germinar en el rincón más oscuro de mi alma, si eso existe. El sentimiento fue cobrando forma hasta que se mostró como una idea simple, pero que bastaba para enfermarme. Y

es que el primo Andrés era como yo, pero mejor. Era mi doble mejorado, amplificado, elevado un escalón en todos los aspectos. Si yo era profesor de instituto, él lo era de universidad, si yo había publicado dos novelas, él había ganado ya un premio, si yo encubría mi sensación de fracaso con un fallido taller literario, él triunfaba en su profesión con investigaciones que publicaba en revistas de prestigio. Si yo quería conquistar a Carmen, él lo había hecho muchos años antes. No me habría extrañado que físicamente fuese como yo, pero mucho más alto, delgado y atractivo. En definitiva, yo era y sería siempre un mero sucedáneo. Entonces vi clara mi torpeza en toda su magnitud: había prometido darle noticias ciertas de un enemigo imbatible a aquella a quien quería conquistar. Si de verdad ella no sabía nada de su primo, había perdido tontamente toda la ventaja que yo podía haber ido fraguando con algo de tiempo. O quizás no, me sopló al oído el otro Luis, quizás podía volver todo aquello a mi favor. Pero para que eso sucediera, primero Carmen tenía que llamar.

Transcurrió toda la mañana sin que Carmen llamase. Empecé a pensar que nunca lo haría y a preguntarme si sería conveniente insistir. Pasó parte de la tarde y a las seis sonó mi móvil. Era Dora. Me recordó que habíamos quedado para ir al cine. Conseguí retrasar la cita a la última sesión y seguí esperando. Por fin, el teléfono fijo sonó a las 8:30 de la tarde.

—¿Luis Almansa? —dijo una voz muy diferente de las anteriores, una voz profunda, arrogante y personal.

—Yo mismo.

—Soy Carmen Hidalgo de Avellaneda. Me ha llamado usted esta mañana.

—Gracias por devolverme la llamada, señora —comencé aplicando a propósito el señora—. No sé si lo sabe, pero el otro día hice una visita a Casa de la Vega.

—Estoy enterada. Mi madre me lo ha contado. También me dijo que usted me llamaría.

—Increíble.

—Ella es así, siempre le gusta ir un paso por delante. ¿Qué quiere de mí, señor Almansa?

—Pues tiene que ver con lo que su madre llamó «la desgracia». Ella me dijo que nunca más habían vuelto a saber de su primo Andrés. Me puse a buscarlo y enseguida lo encontré.

—¿Y qué le hace suponer que yo quiero saber algo de mi primo, señor Almansa? —contestó sin perturbarse a pesar de la dureza de la respuesta.

—No lo sé pero, si me equivoco, basta con que me lo diga.

—¿Sabe lo que creo, señor Almansa?

—Dígame —contesté tragando saliva.

—Creo que su aparición en Casa de la Vega, su visita, su llamada, todo, resulta muy extraño. Yo sé que mi madre le habrá hablado del destino y todas esas teorías de vieja loca, pero yo estoy en el mundo, señor Almansa, más concretamente en el mundo de los negocios y no creo en casualidades, ni en esfuerzos desinteresados, sé que solo nos mueve el interés. Así que dígame claramente quién es y qué es lo que pretende.

—Lo siento, señora Hidalgo de Avellaneda —tragué saliva y contraataqué—, yo no estoy en el mundo de los negocios, creo que afortunadamente para mí, y también para los negocios. Mi nombre, hasta donde hoy sé, es Luis Almansa Torres Frutos Martín Torrejón Cerezo. Al parecer tengo un parecido extraordinario con un primo suyo llamado Andrés Martínez Cerezo. Usted, su hermano y su primo aparecen en una preciosa foto que llegó a mi poder a través de un familiar que murió, y a partir de ahí me entretuve en investigar y me topé con su madre. Mi nombre y mi fotografía los encontrará en la página web del Instituto de Enseñanza Media Antonio Machado de Albalajara, soy profesor de Lengua española y Literatura. También soy escritor y he publicado un par de libros, aunque con poco éxito, sin duda menor que el que su primo tiene con los suyos. Y, como no estoy en el mundo de los negocios, me entretengo con estas cosas. No estoy casado, no tengo hijos, no me interesa nada el dinero y disfruto de mucho tiempo libre. Además, le hablo desde Albalajara, una ciudad provinciana en todos los sentidos. Con todo ello quiero decirle que probablemente estoy en las antípodas de su visión del mundo, por lo que no me extrañaría que no estuviera entendiendo nada de lo que digo. Naturalmente, reconozco que tengo un interés grande en conocerla y también en conocer su versión de la desgracia. Puede llamarlo curiosidad morbosa o inquietud literaria. A uno no le pasan estas cosas tan raras todos los días y simplemente quería ir más allá. No sé si lo que busco es escribir un libro, un cuento o nada en concreto. Ese es el tipo de interés que me guía. La historia de su familia me parece fascinante. Esa casa maravillosa y anacrónica, esa extraordinaria mujer, aquel suceso trágico, la aparición de esa fotografía en mi vida, la casualidad de que yo tenga que ver con su familia… son cosas demasiado excitantes para la imaginación de un funcionario con delirios intelectuales como yo. ¿Puede entender eso?

Mi parlamento había ido creciendo en su tono y había conseguido rematarlo con una pregunta y una energía efectista. Un viejo truco de los retóricos. En cualquier caso, aquella dura mujer había estado a punto de desarbolarme, y seguramente lo habría hecho si yo no hubiese contraatacado con la verdad, o al menos con algo bastante

parecido. De momento había conseguido que meditara su respuesta.

—Puedo entenderlo, pero no sé si creerlo —dijo al fin.

—Tómese su tiempo. Si quiere deme una dirección y le enviaré un resumen de lo que sé de su primo y de toda la historia. A lo mejor también la encuentra fascinante. Después, si quiere que nos conozcamos, me llama, y si no, todos tan amigos.

—¿De verdad tiene un original de aquella foto? —preguntó instalada ya en otro terreno.

—Con la firma del laboratorio de Ernesto Martínez Brieva y todo.

—Creo que sé cuál es, pero hace mucho que no la veo. No visito a mi madre frecuentemente.

—Estaré encantado de enviarle una copia fotográfica.

—¿Y dice que Andrés también es escritor?

—Al parecer, hasta ha ganado algún premio.

Nuevamente hubo un silencio.

—Está bien, señor Almansa, si quiere podemos vernos.

—Muchas gracias. ¿Cuándo le viene bien?

—Podría ser mañana a las siete y media de la tarde en el Almirante. Es un *pub* que está en la Calle Alberto Alocéber. En Madrid, claro.

—Allí estaré —dije emocionado.

Aquella noche no fui una buena compañía para Dora, como tampoco fui un espectador atento. De hecho, no conseguí comprender nada de la película que tuve delante de los ojos durante dos horas largas. Al salir, Dora quiso acompañarme a mi piso.

—¿No se te ha hecho un poco tarde? ¿No quieres que te acerque a casa? —dije mirando el reloj en un gesto inútil.

—No te preocupes. He dicho que la sesión acababa muy tarde y que luego iríamos a tomar algo.

—La verdad es que hoy estoy un poco cansado.

Era la primera vez que rechazaba a Dora en los meses de relación que llevábamos.

—Y un poco raro también. ¿Te pasa algo?

—Nada en absoluto. Simplemente quiero acostarme pronto. Mañana por la tarde iré a Madrid y probablemente volveré tarde.

—¿Y eso?

—Voy a conocer a una prima lejana. La niña de la foto ha resultado ser prima mía.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? No me has contado nada de tu viaje a Villar de la Recia.

—Otro día lo haré, hoy no me apetece hablar de ello.

—Hoy estás inapetente. Y mañana vas a ver a una prima

guapísima que tienes en Madrid.

—No sé si es guapísima.

—La niña de la foto era preciosa. Llamaba la atención.

—Vaya memoria tienes. Si lo sé no te la enseño. Igual ahora es un adefesio.

—Seguro, y por eso estás dispuesto a pasar con ella toda la tarde y parte de la noche. ¡Luis —me gritó por primera vez—, que no soy gilipollas!

—Te rogaría que no me levantases la voz. Puedes hacer lo que quieras, puedes enfadarte, insultarme, pero no me levantes la voz. Pareces una niña de doce años. Creía que la nuestra era una relación madura.

Mi discurso malintencionado hizo efecto.

—Perdóname. Es que me has sacado de quicio.

—Me pides perdón y al mismo tiempo me echas la culpa.

—De acuerdo, es que me has puesto muy celosa.

—De eso ya me he dado cuenta y por eso me he referido a una relación madura.

—Está bien. Tienes razón. Ahora dame un beso de despedida.

Su beso fue bastante más allá de una despedida. Mientras su lengua me buscaba frenética, su mano exploraba mi entrepierna con eficacia.

—Será mejor que vayamos a la cama —dije dos minutos largos de beso después—. La etapa del sexo en los coches la tengo superada —claudiqué.

—De acuerdo.

—Pero a la una y media te llevo a casa.

—Perfecto —concedió feliz por haber triunfado de nuevo.

Capítulo sexto

Antes de partir hacia la metrópoli me aseguré de estar preparado. Llevaba mis dos novelas, la fotografía, una copia de buena calidad y las noticias bibliográficas de Andrés. Con todo ello en el coche y armado de paciencia, emprendí el corto y lento camino a la gran ciudad. Como entretenimiento, en la caravana de entrada traté de imaginarme cómo sería el encuentro. Si ella estaba igual de antipática que por teléfono, la cosa podía durar diez minutos, y yo no quería eso. Yo quería que durase mucho, mucho tiempo. Mientras pensaba en ello, ese *yo* que tenemos dentro y que nos organiza los detalles de la vida, y que yo tengo bastante atrofiado, me interrumpió para recordarme que no habíamos hablado de cómo nos reconoceríamos. Yo guardaba su foto de Casa de la Vega en la retina, pero soy un mal fisonomista. La foto era reciente, había dicho la madre, aunque quizás se había cambiado el pelo, y ahora era largo y teñido de rojo, o corto y negro. Las mujeres hacen eso constantemente. Ella, por su parte, tenía la referencia de mi parecido con el primo Andrés. Por tanto, iba a ser una especie de prueba para los dos.

Supongo que la prueba terminó en empate porque ella estaba sentada en la barra justo al lado de la puerta y nos miramos a la cara al mismo tiempo. Sin embargo, como mandan los usos y costumbres por encima del feminismo, dejó que yo hablase primero.

—¿Carmen?

—¿Luis? —contestó sin sonreír apenas.

Extendí mi mano y ella me entregó la suya. La noté fuerte y firme, la mano de alguien que sabe lo que quiere, o al menos lo cree así.

—¿Cómo me ha reconocido? —me preguntó—. No me diga que ha sido por una foto de hace veinte años —dijo quitándose quince de golpe.

—No soy tan buen fisonomista. Su madre me enseñó una foto reciente. Está usted inclinada sobre el techo de un coche o algo así.

—Buena memoria entonces. Es la que tiene encima del mueble bar, ¿verdad?

—Esa misma. Está usted muy guapa, si me permite decirlo.

—¿En la foto? —jugó a ponerme nervioso.

—La foto es un pálido reflejo del natural —respondí aceptando el envite.

—¡Ja! Mi madre tenía razón. Es usted una especie de caballero

decimonónico.

—¿Eso le dijo?

—No, desde luego. Siendo sincera, ella dijo que era usted *probably the last spanish gentleman.* Todo un caballero, de los que ya no hay.

—Menos mal.

Me senté yo también en la barra junto a ella. La ventaja de esa ubicación era que la música llegaba a un volumen compatible con una conversación en tono normal.

—¿Y qué me dice de mí? ¿Soy tan parecido al primo Andrés como su madre afirma?

—Quizás él sea un poco más alto. Hace décadas que no lo veo, pero la verdad es que podría ser su hermano.

—¿El hermano guapo o el hermano feo? No. No —me contradije a continuación—. Mejor no me conteste a eso.

—No podría. No sé qué aspecto tiene hoy mi primo. Quizás sea calvo y barrigudo.

—Entonces nos pareceríamos como dos gotas de agua.

—No exagere, señor Almansa —dijo regañándome sin mucho convencimiento—. Pero dejemos eso. Ya veo que no puede decirme nada del aspecto de mi primo. ¿Qué otras cosas puede contarme?

—Algunas. Pero si me permite, voy a pedirle un favor.

—Espero que sea fácil.

—Es muy sencillo: solamente le pido que nos tuteemos. Yo hablo varias horas al día de usted a mis alumnos. Ya sé que suena anticuado, pero es un ejercicio que me impongo por encima de modas y podría seguir hablando horas y horas en tercera persona, pero en este contexto me resulta demasiado distante, como si no hubiera dejado la clase.

—Lo siento, señor Almansa, pero a mí aún me resulta difícil no verle como alguien distante. Si en algún momento comienzo a hablarle de tú será porque me sale de forma natural y no me lo tome como una afrenta.

—Comprendido —acepté—. ¿Quiere pedir alguna otra cosa o nos cambiamos a un local algo más propicio? He traído conmigo la fotografía y algunas cosas más que no podrá ver bien con esta luz.

La argumentación era convincente: allí era difícil leer hasta la cuenta. Quizás por eso los camareros tenían que gritarla a toda potencia.

—De acuerdo —aceptó tras pensarlo un poco—. ¿Dónde sugiere que vayamos?

—Yo siempre que vengo a Madrid y tengo la ocasión, me paso por el Gijón.

—Le ha salido a usted un eslogan publicitario. Un tanto anticuado, pero en el fondo eficaz. Me parece una buena idea.

Dejamos mi coche allí y tomamos un taxi. Nuestra proximidad en la banqueta trasera me permitió fijarme en ella. En el bar ya había notado que la fotografía del aparador o era más antigua de lo que pretendía su madre, o tenía un par de horas de retoques en ordenador. Vista al natural, las arrugas apuntalaban sus enormes ojos y algún surco apenas perceptible sobre los labios indicaba que la batalla contra el tiempo estaba empezando a decantarse. Era alta pero no tanto como su madre, aunque mi apreciación podía estar falseada por los tacones. En cualquier caso, no tenía su porte señorial. Su figura era menos estilizada, aunque su tipo resultaría absolutamente irreprochable incluso para una mujer con veinte años menos. El pelo lo llevaba en media melena peinada con raya a un lado. Su atuendo aquella tarde era un traje sastre, a cuadros azules, de corte clásico y más bien austero. No se había olvidado de una gabardina que llevaba en la misma mano con la que agarraba el bolso. Su aspecto era el de una ejecutiva madura, más atractiva de lo habitual, pero en el fondo resultaba coherente con el mensaje que enviaban su lenguaje corporal y los tonos de su voz: soy una mujer independiente, una profesional eficaz y tengo el tiempo justo para tonterías. Aproveché el trayecto para intentar obtener información por si después de mis explicaciones ya no volvía a tener más oportunidades.

—¿A qué se dedica exactamente en Kraks & Foods?

—Soy directora de *marketing* —me contestó con seguridad.

—Suena importante.

—No está mal, señor Almansa, pero no es para tanto. Hay muchos que mandan más que yo.

—¿Muchos?

—Bueno, pongamos cuatro: presidente, consejero delegado, director general y director financiero.

—¿Y le gusta?

—Me gusta mucho. Es un trabajo variado, muy dinámico. Hay muchos frentes que tocar: el consumidor, la competencia, la publicidad. Lleva unos cuantos años entender de todo eso. No es fácil. Pero supongo que dar clases en un instituto tampoco es fácil.

—No lo es, desde luego, pero por otros motivos. Más bien es una cuestión de resistencia. Te crees que con los años lo vas a llevar mejor, pero es al revés. Con los años los cursos te parecen más largos y las vacaciones más cortas.

—¿No tiene usted vocación de docente?

—En absoluto —reconocí con frialdad—. Para qué intentar endulzarlo. Si pudiera, metería a mis alumnos en una jaula con fieras y me quedaría fuera a mirar.

—¿Entonces, por qué sigue?

—Porque es un trabajo seguro y que me permite escribir. Este

año, sin ir más lejos, he abierto un taller literario.

—Qué interesante. Será bonito, ¿no?

—No tanto como parece. Digamos que es más interesante que bonito. Pero si me lo permite, yo también tengo una cosa que preguntarle y que tiene que ver con su trabajo.

—¿Sí?

—¿Por qué trabaja? Quiero decir, su padre debió de ser muy rico. Lo era ya de familia y él además hizo fortuna propia. Lo lógico es que usted se hubiera buscado un buen marido y que a estas alturas se pasara las mañanas en el gimnasio y las tardes en el picadero y cosas de esas.

—Trabajo porque me gusta, señor Almansa, y no querrá usted que le cuente mi vida en un taxi.

Aquella nueva andanada me dejó callado hasta que llegamos al Gijón y nos pidieron la comanda.

—¿Un té? —le pregunté a ella con el camarero delante.

—¿También sabe que tomo té? —me inquirió con un tono poco amable.

—Su madre toma té —me justifiqué.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Bueno, las costumbres que se adquieren en casa son difíciles de perder. Había muchas probabilidades de que usted también tomase té.

—¡Qué tontería! Tráigame un *gin-tonic* —dijo al camarero mientras seguíamos la discusión.

—No lo crea. A mí una cerveza, por favor. ¿Qué periódico lee?

—¿Ahora quiere sonsacarme mi filiación política a partir de mis lecturas?

—En absoluto. Es solamente que me gusta discutir. No me conteste si no quiere, pero dígame al menos si lee el mismo periódico que leía su padre.

—Tiene razón, pero también leo otros.

—¿Los compra?

—Me los compran.

—¿Y los domingos? —insistí.

—Está bien, señor Almansa, los domingos compro dos periódicos y uno es el de casa de toda la vida. ¿Satisfecho? Si alguna vez quiere dejar su trabajo puedo hacer que le contraten de encuestador en un buen instituto de opinión. Se lo digo en serio. Soy el mejor cliente de varios de ellos.

El camarero llegó enseguida con el pedido. Yo estaba encantado de que ella se hubiese decidido por el alcohol. Sin tenerla preparada, la jugada del té me había salido a la perfección. Quizás, pensé, podría utilizar esta misma táctica de manera consciente en otra ocasión. En cuanto hubo agitado la bebida y dado los dos primeros sorbos fue

derecha al grano.

—Y bien señor Almansa, ¿qué quiere de mí?

Lo primero que hice fue sacar la copia de la vieja foto. La tomó en sus manos y se quedó mirándola un rato.

—Creí que la recordaba perfectamente, pero ahora veo que no era así. Me había olvidado de *Cascales*.

—¿*Cascales*?

—El perro. El bueno de *Cascales*. Mamá se empeñaba en que lo llamásemos de otra manera: *Rinti, Roy* o algo en inglés. Pero a nosotros nos gustaba *Cascales*. Así le llamaba el guardés. El perro era suyo pero, cuando estábamos en la casa, se pegaba a nosotros todo el día. Era como de la pandilla. Gracias por la copia.

—Es una foto preciosa.

—Supongo que sí, pero… —y se detuvo arrepentida de mostrar su cara humana.

—Pero…

—Para mí es un motivo de tristeza.

—Lo siento —cambié de tema cortésmente para que cogiera confianza y también porque quería volver al asunto en un momento más propicio—. Mire, estas son las notas que he encontrado de nuestro primo en Internet.

—¿Ha confirmado que es su primo?

—Bien podría serlo. Él es Martínez Cerezo. Mi sexto apellido es Cerezo.

—Ya me dijo.

Enseguida perdió interés por mi genealogía y comenzó a examinar con detenimiento las páginas donde se recogían las noticias de sus libros y artículos.

—Se le daban muy bien las humanidades y le encantaba la historia —me dijo entre papel y papel—. ¿Sabe que un verano empezó a escribir la historia de Villar de la Recia con las cosas que le contaba el cura? Siempre mostró una gran seguridad en sí mismo. Yo estaba convencida de que le iría bien. Me alegro de haber acertado.

—En que era un chico espabilado, hay un gran acuerdo. En cuanto a alegrarse por su éxito en la vida, no tanto. ¿Usted qué estudios eligió?

—Empecé Arquitectura, pero luego me pasé a Publicidad.

—No pudo con la herencia familiar.

—¿También sabe eso? Mis padres me pidieron que al menos lo intentase y es lo que hice. Si quiere que le diga la verdad, podía haber aprobado, hice dos primeros cursos bastante aceptables, pero aquello no me gustaba nada. Terminaron por entenderlo.

Volvió a los papeles durante unos minutos más, que yo respeté en silencio.

—¿Se pueden conseguir estos libros? —preguntó al fin.

—El de arqueología seguro que sí. El otro llevará algo más de tiempo. Es probable que ni siquiera haya llegado a distribuirse. Si quiere, yo se los conseguiré. Es un mundillo que conozco bien.

—No se moleste, señor Almansa.

—No es molestia. Yo pensaba hacerlo de cualquier manera. De hecho, llamé a Andrés para conocernos e intercambiar obras, pero me dijeron que está fuera de España haciendo un trabajo de campo, y que no volverá hasta Navidades —lo dije como algo que simplemente venía a cuento—. Es curioso que dos primos lejanos nos parezcamos tanto y que tengamos estas vidas paralelas, ¿no le parece? Dicen que eso pasa mucho con los gemelos, pero no sabía de primos.

Mi intento de abrir tema no surtió efecto y ella siguió curioseando los papeles. Tomé los dos libros que llevaba junto a la carpeta de los documentos.

—Mire, le he traído mis novelas. Como compensación por las molestias.

—Y para que compruebe que su historia es verdadera —apuntó con una media sonrisa.

—También.

Examinó las obras con cierto interés.

—¿Qué tipo de novelas son?

—La primera, *Vivir en ruinas,* es la clásica primera novela. Ya sabe, pruebas iniciáticas, el paso de la adolescencia a la juventud, los primeros amores y esas cosas. Puede prescindir de leerla. La segunda, *Versiones incompletas,* es mucho más ambiciosa. Tiene que ver con Cortázar, con Cela, con Calvino. Es más bien experimental. Según algunos amigos es excelente, y hay algunos enemigos que les dan la razón y añaden que contra el insomnio. Según mis editores es una novela imprescindible en el panorama de la nueva narrativa joven española. Lo dice aquí, en la solapilla.

—¿Joven?

—Curioso, ¿verdad? Como profesor, a los treinta y nueve soy ya un veterano, y de hecho yo mismo empiezo a pensar en la jubilación y, sin embargo, para la literatura aún soy un chaval. Y eso que escribo desde mucho antes de dar clases. Son cosas de este mundo raro de las letras.

—¿Podría vivir de escribir?

—Podría morir, perfectamente. Esto no da dinero. Los escritores fracasados antes de empezar, o casi, como yo, deberíamos tomarnos la literatura como una afición, como el bricolaje o el Fen Shui, pero no sabemos. Escribir para nosotros es más bien una enfermedad, una manía. Por su culpa enterramos horas y horas de nuestra vida, que nadie nos compensa, por algo que nadie nos ha pedido. Horas que le

quitamos a nuestra familia, si la tenemos, aunque no es mi caso, a nuestra carrera profesional, a nuestra cultura y con ese sacrificio alimentamos una especie de esperanza infantil en que algún día tendremos éxito. Y eso que el éxito para nosotros no es vender millones de ejemplares o ganar un premio famoso, no se crea, sino algo tan estúpido como que un crítico endiosado se moleste en leer la mitad de tu obra y escriba en un suplemento literario algún lugar común, como que allí hay un buen escritor en ciernes al que merece la pena seguir atentamente. Es a lo más que aspiramos. Y luego nos enteramos de que hay personas, como Andrés, que probablemente escriben de verdad como *hobby,* que ganan un premio con su primera obra, y que quizás no vuelvan a escribir hasta pasados quince años. O nunca. Y eso nos devora por dentro. Créame. Algunos dicen que escribir es una terapia, yo digo que es una muestra de masoquismo.

Me dio la impresión de que ese discurso había interesado de verdad a Carmen. Eso me hizo pensar que estaba cerca de la fórmula magistral para acabar con sus susceptibilidades: humor autocrítico, un fondo de idealismo salpicado con gotas de cinismo y unos toques de vulnerabilidad. Si conseguía mezclarlos en la dosis perfecta podía aspirar a reblandecer su rocosa coraza.

En esa tarea me esforcé durante la siguiente hora y empecé a notar cómo, poco a poco, iba desgastando capas de prevención y desconfianza. Intenté alejarme del tema central para que corriera el tiempo. Hablamos un rato más de literatura. Ella decía ser una buena lectora, aunque a rachas, por culpa de lo absorbente de su trabajo. Pensaba leer mis novelas por delante de la pila de libros pendientes. Después seguimos por cine y literatura, que también dan mucho juego. Intenté alguna derivación hacia su trabajo a través de la publicidad, pero no pareció interesada. Como si le aburriera. En cualquier caso, ella seguía en guardia, pues eludió durante toda la charla cualquier referencia a su vida privada que diera paso a alguna pregunta, como ¿vive sola?, o ¿dónde vive?

En general fue una conversación muy entretenida que nos llevó sin sentir hasta esa hora límite para las copas de la tarde que son las diez de la noche. Fue ella quien lo dijo tras mirar el reloj.

—Las diez, señor Almansa. El tiempo no perdona.

—Es cierto. ¡Qué barbaridad! Y todavía no hemos hablado del asunto. Perdone, yo no sé cómo pedírselo.

—Sabía que me lo pediría y, la verdad, no pensaba contarle nada. Pero ahora empiezo a dudar —reconoció mostrando su lado débil y decidí que había que explotarlo.

—¿Ya no le parezco raro?

—Raro sí, pero no peligroso. Mis dudas son internas. Para mí va a ser un enorme esfuerzo. Nunca he hablado de esto con nadie desde

que ocurrió, hace más o menos treinta años. Y, sin embargo, no he dejado de pensar en ello ni un solo día de mi existencia. Le confieso que, al mismo tiempo que me asusta, siento una poderosa necesidad interna de soltarlo de una vez por todas.

—Le propongo una cosa. Vamos a cenar algo ligero por aquí cerca y luego damos un paseo hacia El Retiro. Dicen los clásicos que caminar es excelente para animar a la charla.

—Los peripatéticos.

—Exacto —dije con gesto sorprendido—. Prueba superada.

—Pues espero ser más peri que patética, señor Almansa.

Ambos reímos y la tensión bajó de nuevo.

Seguimos mis planes a la perfección. Yo adopté el papel de invitado en tierra extraña, y ella tomó con naturalidad el de anfitriona. Sugirió un restaurante vegetariano próximo al parque, que yo fingí no conocer. Prefería mantener una dosis de vulnerabilidad protectora ante una mujer de ese carácter.

Durante la cena, los temas se hicieron menos metafísicos y más mundanos. Hablamos de cocina, de gastronomía, de platos que habíamos probado por el mundo. Así quedó claro que ambos cocinábamos, lo que en mi caso casi presuponía mi soltería, que ella viajaba mucho al Reino Unido y Alemania por cuestiones de trabajo, pero que sus viajes personales la llevaban a lugares como Kenia, Sudáfrica, Egipto, Indonesia. Una pena porque mis andanzas eran más ibéricamente coloniales: Cuba, Brasil, Argentina, Chile… y encontramos pocos lugares en común, hallazgo que siempre excita a dos contertulios. Aproveché el asunto de la geografía para arriesgarme a hacer un sondeo al otro lado del límite.

—¿Y a Boston? ¿Va con cierta frecuencia?

Al ver su cambio de expresión me arrepentí de la pregunta. Sin embargo, esta vez su contestación fue más condescendiente.

—Quizás dentro de un rato le cuente mi relación con esa parte del mundo, señor Almansa.

Cuando salimos del restaurante Carmen llevaba ya dos *gin-tonic* y media botella de vino en el cuerpo, además de un par de copas de licor vegetariano. Yo con algo menos, empezaba a tener la cabeza un tanto aceporrada y la lengua torpona, mientras que en ella no se percibía el más mínimo síntoma de etilismo.

Entramos en el parque por la puerta de Alfonso XII, pasamos por debajo del cedro cinco veces centenario y nos adentramos en dirección al estanque. Andábamos despacio, cualquiera podría haber pensado que disfrutábamos morosamente de los mil olores primaverales que se mezclaban en la noche. Sin embargo, estábamos muy lejos de allí en el

espacio y en el tiempo. Ella había comenzado a hablar sin más preámbulo en cuanto pasamos la verja.

—Lo que yo recuerdo de aquel verano de 1973 me produce una mezcla de sentimientos muy fuertes, positivos y negativos. Yo tenía dieciséis añitos y mi hermano diecisiete y nuestros padres nos enviaron a los Estados Unidos para pasar un mes y medio. Estuvimos primero en Boston con mis abuelos y luego nos fuimos todos juntos a California, a la casa de un amigo rico de mi padre que vivía en Los Ángeles. Para mí aquel viaje fue como volver a nacer. Supongo que usted era muy pequeño aún, señor Almansa.

—Tendría diez años más o menos.

—No son mucho menos que los míos, así que puede imaginarse perfectamente a una chica de colegio de monjas y veraneos en Villar de la Recia, desembarcando en el epicentro de la última etapa del *hippismo.*

—Me lo imagino mejor de lo que cree porque es una época que siempre me ha interesado. Ese momento en que las tendencias de los sesenta terminaban de diluirse en los excesos de los setenta. Recuerde, los Credence, Cat Stevens, Rollings, Janis Joplin…

—Jimmy Hendrix —siguió ella—, The Cars, Simon & Garfunkel, American Pie, los porros, la heroína, el ácido, los pantalones campana, haz el amor y no la guerra… No era lo mismo vivirlo aquí que allí, señor Almansa. Nos separaban dos décadas de desarrollo. Aunque intentaron controlarnos, la verdad es que aquello se palpaba en el ambiente. Nos presentaron a chicos de clase alta, puede imaginarse, pero eso no sirvió de gran cosa. Al contrario. La mayoría de esos muchachos solo pensaba en fugarse de casa en una furgoneta Volkswagen y llegar hasta México haciendo surf de playa en playa. Yo los escuchaba embelesada sin terminar de creerme que fueran a hacerlo. Mientras hacían sus planes nos pasaban un canuto detrás de otro, nos ofrecían pastillas y en el tocadiscos sonaba *Sargent Pepper* o *Hair*. Mi hermano nunca probó las drogas, pero yo sí, aunque no todas. No estaba tan loca. Pero las drogas no lo eran todo. Además, estaba el sexo. En medio de un *party,* ya fuera en la playa, o en la casa de alguien, las parejas se alejaban unos metros y se dedicaban a ello con toda naturalidad. Yo disimulaba como podía mi azoramiento y me quedaba con los sin pareja pasando porros y mezclando *whisky* con ácido. Para mí fue una experiencia brutal, arrolladora. Me fui de allí prometiendo que volvería en cuanto pudiera. Pero para ello tenía que convencer a Andrés. Tenía que llevarle a conocer todo aquello. Yo estaba perdidamente enamorada de él desde hacía al menos dos años y con toda la fuerza del primer amor. Pero era tan recto que ni me miraba como a una chica. Durante el curso alimentaba platónicamente su recuerdo a la espera del verano y, aunque tonteaba con otros

chicos, sabía que Andrés estaría esperándome al final del curso en Casa de la Vega. En California decidí que ese verano mi amor iba a dejar de ser platónico.

—¿Y cómo juzgó esa experiencia su hermano?

—Ya le he dicho que mi hermano era opuesto a mí. Para él aquello fue la confirmación de que España era la mejor sociedad del mundo y que había que luchar para que lo siguiera siendo. En el colegio había empezado a tontear con grupos filo fascistas y tenía ofertas concretas para integrarse en algún comando universitario. El viaje fue la confirmación de su ideología. Los dos sabíamos que pensábamos de forma opuesta. Estábamos tan alejados que ni siquiera intentábamos discutir.

—¿Su padre era también de derechas?

—Papá era lo que luego los historiadores llamaron un tecnócrata. Yo era una niña y no me daba cuenta de nada, pero luego entendí que papá, después de dedicarse a su profesión y ganar mucho dinero, se interesó por la política. Le metieron en todo aquello de los Planes de Desarrollo y demás. Pero papá no era un fascista. De hecho solía discutir de política con el abuelo, que era un franquista acérrimo. Papá había estudiado en el extranjero, era un hombre culto y abierto. Además, se había casado con mi madre, una norteamericana, aunque fuese una buena católica de origen irlandés y eso obligatoriamente abre la mente. Mis padres nos dieron una educación religiosa, algo casi inevitable entonces, pero en casa vivíamos un ambiente relativamente liberal, como se decía antes, o progresista, como se dice ahora.

—La Casa de la Vega es un ejercicio de libertad artística, si me permite.

—A eso me refiero. Hablo de arte, de cultura, de literatura. En mi casa no estaban prohibidos los libros ni los bikinis, ¿me entiende? El caso es que, cuando volvimos, yo era otra persona. Y ahora tengo que referirme a mi relación con Andrés. El pobre Andrés intentaba alejarme, que me olvidara de él, pero no sabía cómo hacerlo. Mis insinuaciones amorosas le resultaban muy violentas. A pesar de esa seguridad en sí mismo de la que le hablaba, o quizás gracias a ella, él sabía muy bien que Casa de la Vega no era su casa y que sus falsos primos pertenecían a un mundo que nunca sería el suyo. Durante la infancia, yo había sido la mascota del grupo porque entonces dos años era mucha diferencia. En la adolescencia ya no lo era tanto, pero a él le costaba dejar de verme como a una niña. Le gustaba, estoy segura, pero sabía que no debía hacer ninguna tontería. Él siempre fue alegre, pero responsable, y yo la cabeza loca. A mi hermano lo embaucaba siempre, pero con Andrés no podía. Cuando llegamos a Casa de la Vega a finales de agosto yo tenía trazados mis planes, que se resumían

en hacer el amor con él y convencerle para marcharnos juntos a los Estados Unidos. Todo un disparate. Andrés llegó a los pocos días y trató de bajarme a tierra sin conseguirlo en absoluto. Yo le provocaba y él resistía. Nos adentramos en septiembre y el penúltimo día de vacaciones planeé una estrategia a la desesperada. Le dije que había traído un par de ácidos de los Estados Unidos, y le invité a tomarse uno conmigo en una de las terrazas, la que da al río. Él intentó prohibírmelo. Se preocupó muchísimo. Me dijo que podía tirarme al vacío sin darme cuenta y matarme, me suplicó que por favor no lo hiciera. Yo le dije que si le preocupaba tanto que viniera y me vigilase. Me amenazó con avisar a mis padres, pero yo sabía que no lo haría. Jamás se habría chivado. A las dos de la madrugada me levanté y fui a la terraza. Al día siguiente mi padre iba a llevarles a él y a Ángel a cazar jabalíes a un coto y tenían que madrugar. Toqué su puerta a propósito al pasar por ella. Llegué a la terraza y esperé. Enseguida apareció Andrés con aspecto de no haber dormido en toda la noche. Vete a la cama, me dijo. Antes tengo que probar esto contigo, le dije yo, enseñándole en la palma de mi mano dos optalidones que había cogido del armario de las medicinas. Entonces hice otra tontería, señor Almansa. La verdad es que no lo había planeado pero se me ocurrió en ese momento. Me quité el camisón y me quedé completamente desnuda. Estás loca —me susurró—, vístete o llamaré a tus padres. Si lo haces, pensarán que aquí ha pasado algo, ¿no crees?, le contesté y añadí: si vienes aquí, tiraré las pastillas, te lo prometo. Andrés se acercó paso a paso hasta quedarse a un metro. Tíralas, me ordenó. Aún no, tienes que venir aquí y abrazarme fuerte, le dije. No me hagas esto, Carmen, por favor, me suplicó. Yo hice el gesto de llevarme la pastilla a la lengua. Se acercó a mí y me abrazó como a distancia, yo le besé con desesperación. Le bajé los pantalones del pijama y los calzoncillos y le apreté el trasero contra mí. Entonces noté que me deseaba. Nos besamos unos segundos y cuando pareció volver en sí, me cogió la mano con fuerza para quitarme las pastillas. Suéltame, le dije. En ese momento me di cuenta de que había alguien mirando desde la otra terraza. Mi hermano, que dormía cerca, debió de oírnos. Seguramente también estaría en vela con la emoción de la caza. Al darse cuenta de que le había visto se dio media vuelta y desapareció. Yo dejé de hacer fuerza. Andrés me abrió la mano y me quitó las pastillas. Pero si son optalidones, se asombró. Vístete y vete a la cama ahora mismo, por favor. Mañana hablaremos. Yo estaba atontada. Fue como si saliera de un sueño. Me fui a la cama después de que él desapareciera por la escalera. Esa fue la última vez que lo vi. Al día siguiente empezó la pesadilla. Por teléfono alguien nos dijo que había habido un accidente en la cacería y que fuésemos al hospital de Albalajara. Mamá se puso pálida y muy seria, pero guardó la calma.

Cogió el Dodge que teníamos entonces y me hizo subir delante. Fue conduciendo en silencio hasta el hospital. Yo tampoco abrí la boca. Cuando llegamos comenzó un drama que me resultó casi eterno y que seguramente marcó las vidas de todos nosotros. Mi hermano agonizó durante cinco largas semanas en una pequeña y desangelada habitación. Más de un mes de pesadilla. De repente, California se había esfumado, se había convertido en un estúpido sueño de una noche de verano. No volví a pensar ni en playas, ni en porros, ni en amor libre. Pasé a odiar todo aquello irracionalmente, como si California hubiese tenido la culpa de todo.

—¿Y qué hizo su madre?

—Mamá fue capaz de estar en todos los sitios a la vez. Organizó todo desde el hospital, casi sin moverse de la habitación de Ángel. Mi padre, sin embargo, no lo soportó. Se hundió en la desesperación. Apenas hablaba, solamente balbucía, había que decirle lo que tenía que hacer a cada momento y aun así se mostraba incapaz de llevarlo a cabo. Hoy habríamos dicho que cayó en una profunda depresión, pero en aquella época no se tenía mucha conciencia de que eso fuese un cuadro clínico.

La voz de Carmen empezó a hacerse opaca y a temblar ostensiblemente. Había contado su historia como si la hubiese tenido escrita, como si la hubiera preparado palabra a palabra durante treinta años para el momento en que tuviera que contarla. Y finalmente me la había contado a mí esa misma noche. Ahora, ese esfuerzo empezaba a dejarse notar. Habíamos dado la vuelta al estanque y estábamos a espaldas del monumento. Le ofrecí un banco bajo una farola para que se sentase y aceptó. Lo siguiente lo escuché a duras penas, entrecortado por sus sollozos.

—¿Se culpabilizó de lo ocurrido? —le pregunté.

—Supongo que de alguna manera inconsciente, sí. Visto desde fuera era absurdo pensar así, pero yo no podía quitarme la escena de la terraza de la cabeza. La figura que nos contempló, lo que debió de pensar al vernos forcejear, Andrés con los pantalones bajados, yo desnuda: era imposible que todo aquello no hubiese tenido que ver con lo que ocurrió en la cacería. Y lo peor era que no podía contárselo a nadie.

—Lo pasaría mal.

—Muy mal. Todo estaba mezclado, confuso. Mis sentimientos por Andrés, la lenta agonía de Ángel, el desmoronamiento de mi padre, el destierro al que luego me sometió mi madre. Fueron demasiadas cosas.

—¿Y Andrés?

—Ya le dije que no volví a verle. Sé que tuvo que declarar varias veces. Sé que él dijo que todo fue culpa suya, un desgraciado

accidente.

—Usted no lo cree, ¿verdad?

—No, no lo creí entonces, ni lo creo ahora. Andrés era mucho más hábil que mi hermano en cualquier deporte, y mucho más responsable. Si mi padre les hubiese dado instrucciones de no abandonar el puesto, él nunca lo habría hecho. Nunca. Estoy completamente segura.

—¿Entonces, qué cree que pasó?

—Yo creo que hubo algo entre los dos. Mi hermano le amenazaría, tendrían una disputa. No lo sé. Quizás él le disparó primero y Andrés respondió.

—¿Llegó a contar lo de esa noche a la policía?

—Ni siquiera me interrogaron. Mi madre se ocupó de dejarme al margen de todo.

—¿Y después?

—Mi madre se siguió ocupando de todo. Después de que Ángel muriese me envió a Boston durante un año. Yo había estado preguntando a cada momento por Andrés y ella comprendió en seguida que yo estaba enamorada de él. Así que se ocupó de alejarnos. Para mí Boston siempre será una cárcel, señor Almansa, un destierro dorado.

—Entonces, eso fue lo que hizo que su relación se estropease.

—En aquel momento yo odié a mi madre todo lo que se puede odiar a alguien, pero no sé qué hubiera pasado si en lugar de alejarme me hubiera dejado con Andrés. Sí sé que ahora, con los años, ya no le reprocho nada. Desde su punto de vista Andrés no solamente no era un buen partido, sino el asesino de mi hermano, y peor aún, era la persona a la que le das todo, le dejas que forme parte de tu familia y te traiciona provocándote el dolor más terrible que puede tener una madre.

—¿Nunca fue a un psicólogo?

—No, nunca fui a un psicólogo. En aquella época eso no se llevaba. Ni siquiera le he hablado de esto a nadie. Al volver, fui a la Universidad, me olvidé de las viejas amistades y las cambié por otras nuevas que nada conocían de mi vida pasada. En mi casa el tema se convirtió en tabú. La herida fue cicatrizando sola y supongo que de mala manera.

—¿No quiso encontrar a Andrés?

—El propio Andrés no me dio opción. Mi madre me envió a Boston una carta suya. En ella me decía que no quería volver a verme, que necesitaba imperiosamente alejarse de Casa de la Vega, de mi familia, de aquel episodio y tratar de olvidarlo todo. Me pedía por favor que no intentase localizarlo y que me apartase de él para siempre. Decía que el mundo estaba lleno de chicos mejores que él, en

todos los sentidos, y que no me sería difícil encontrarlos. Pero no fue lo que decía en la carta lo que me llevó a aceptar sus peticiones no, fue su tono frío e impersonal. Era la carta de un extraño.

Era evidente que su relato había llegado al final. Se abrió una pausa que no osé interrumpir.

—Bueno. Ha sido duro, pero no tanto como me imaginaba —dijo por fin, secándose los ojos—. Ha tenido muchos privilegios esta noche, señor Almansa. Ha oído mi primera versión oral de lo que usted llama la desgracia, y además me ha visto llorar. Yo creo que no lo hacía desde la muerte de papá.

—Sepa que aprecio enormemente su esfuerzo, y que me parece usted una mujer muy valiente. Lo que pasó fue terrible y usted parece haberlo superado sin ayuda de nadie. Hoy la gente va al psicólogo por una multa de tráfico.

—No fue fácil, se lo aseguro —suspiró—. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Escribirá un libro sobre todo esto?

—No lo sé aún.

—Si algún día lo hace, espero que cambie todos los detalles comprometedores.

—Sin duda, puede estar tranquila.

—¿Le parece que es una buena historia?

—Es una gran historia, probablemente no muy a la moda, pero ninguna de mis novelas ha seguido las modas. Pero le diría que, más que la historia, me fascinan los personajes. Su madre y usted, sobre todo. Son dos mujeres de una pieza y me gustaría que algún día volvieran a ser de verdad madre e hija.

—Sus buenos deseos le honran, pero no sé si eso es posible. Mamá y yo hablamos todas las semanas, nos contamos cosas intrascendentes y así tranquilizamos nuestras conciencias. Pero no podemos pasar de ahí.

—Ella la quiere mucho. Se le nota cuando habla de usted.

—Seguro que sí, pero entre nosotras algo se rompió definitivamente con todo aquello. Pero esa es otra historia íntima que seguro que a usted ya no le interesa —remató queriendo dar por cerrada la noche de las confidencias, aunque yo no quise darme por enterado.

—*Touché* de nuevo. Pero ¿sabe una cosa?, me gustaría que mi aparición en sus vidas no haya sido un episodio pasajero, o que solamente sirva para que yo escriba una novela o un cuento más o menos interesante. Lo que más ilusión me haría sería que Casa de la Vega volviera a tener vida y que usted y su madre lo hicieran juntas. No sé cómo, pero me encantaría.

—Una ilusión muy noble, pero imposible a estas alturas. Para mí la casa está llena de fantasmas, demasiados fantasmas. Supongo que, cuando mi madre muera, la venderé y quizás entonces alguien le devuelva la vida.

—¿Por qué no usted? Es joven aún —insistí.

—No me haga reír, querido supuesto primo de mi primo —no fue hasta entonces cuando me di cuenta de había cambiado su tono y volvía de golpe a ser la dura y sarcástica ejecutiva—. La fiebre de la maternidad la superé hace mucho tiempo y no voy a entrar en intimidades, pero seguramente pronto será ya un imposible.

—No es ningún chiste —repliqué a tumba abierta—. Es usted una mujer muy bella y muy inteligente, y sabe que no le hablo solamente de tener hijos. Hay otras formas. Entiendo que la casa le traiga malos recuerdos, pero seguro que también le trae otros muy buenos. Algo salió mal allí hace treinta años, pero no fue culpa suya, ni de su madre, y a lo mejor no fue culpa de nadie. Usted podría hacer que ahora todo saliera bien. Ya ha dado el primer paso: ha contado su historia. Ahora siga hacia delante, no se quede en esto.

—Me parece increíble que esté teniendo lugar esta conversación —dijo enfadándose por momentos—, y estoy empezando a arrepentirme de haberle contado parte de mi vida, señor Almansa. Si lo he hecho no ha sido para escuchar consejos baratos, se lo aseguro.

—¿Sabe lo que le digo?

—Cualquier insensatez.

—Pienso que usted lleva treinta años castigándose por una chiquillada y de paso ha castigado a su madre y a todos los que le rodean. No me extraña que no se haya casado.

—Esto es el colmo. Me voy. Haga usted lo que quiera, señor Almansa, pero no vuelva a llamarme, ni a meterse en mi vida —dijo levantándose del banco como impulsada por un resorte.

—Y usted piense en lo que le he dicho. Hoy ha empezado a enterrar el pasado y no debe pararse. Aún le queda mucho tiempo, mucha vida por delante, mucha felicidad por conquistar. Vuelva a pensar en su vida y no solamente en su trabajo.

—Usted no me conoce, no sabe nada de mí. Se cree que por dos tonterías que le ha contado mi madre ya tiene usted, ¿cómo ha dicho?, un personaje. Es usted un idiota, además de un escritor fracasado y un pegajoso.

—Insúlteme todo lo que quiera, pero piense en lo que le digo. A lo mejor un psicólogo podría ayudarla, pero tardaría mucho tiempo y yo soy más barato.

Carmen comenzó a alejarse a paso firme. Yo permanecí sentado.

—La niña de la foto era feliz, ¿recuerda? —grité—. ¿Por qué no puede volver a serlo? Solamente tiene que perdonarse. Dese una

oportunidad.

No sabía si aún me escuchaba mientras se perdía camino adelante en dirección al Paseo de Coches. Pocas mujeres conocía capaces de caminar de noche en soledad por un parque público. Más bien ninguna.

Capítulo séptimo

El regreso a Albalajara resultó difícil y hasta peligroso. Había quemado litros de adrenalina aquella noche y, de repente, el depósito se agotó. Los párpados se me cerraban mientras conducía, a pesar de que el tráfico era aún espeso, de la radio a todo volumen y de las ventanillas abiertas. Notaba cómo las imágenes generadas por mis sueños emergían y luchaban por superponerse en algún lugar de mi cerebro a las que llegaban de mi retina. Si lo conseguían estaría muerto. Me detuve en el bar de una gasolinera para tomar un café bien cargado. El efecto fue rápido, y demasiado duradero. Había hecho todo el trayecto con la mente casi en blanco, sin evaluar lo que había pasado ni planificar lo que haría luego pero, al meterme en la cama, todo brotó de repente y sin coherencia de manera que, tras una hora de lucha, decidí olvidarme de dormir y me senté en mi pequeño despacho. No quería tomar decisiones porque sabía que estaba demasiado cansado para enfocar una estrategia acertada, pero decidí aprovechar el rescoldo de la entrevista con Carmen para escribir a su madre un correo electrónico. Al día siguiente lo releería y decidiría qué hacer con él.

Admirada señora O'Farrell:

Tengo algunas cosas más que contarle ocurridas recientemente. La primera es que he localizado a su sobrino Andrés, sin apenas esfuerzo y gracias a esa cosa tan útil y misteriosa que es Internet. Hay un Andrés Martínez Cerezo, profesor titular de Historia del Arte en la Universidad de Castilla La Mancha y, además, también como yo, juega con la literatura de vez en cuando. Parece que le ha ido bastante bien en la vida, teniendo en cuenta que era un chaval de pueblo destinado a emigrar a la gran ciudad para trabajar en la construcción o en alguna fábrica. Estoy seguro de que buena parte de su éxito se lo debe a usted. Y también lo estoy de que, a pesar de todo, usted se alegra por él.

La segunda noticia que quiero darle es menos agradable. Como usted predijo, llamé a su hija y finalmente accedió a que nos viésemos. Todo fue muy bien al principio, a pesar de su insistencia en mantener las distancias. No obstante, y se lo agradecí mucho, terminó por

contarme su versión de la desgracia y los meses que siguieron a ella. No voy a entrar en detalles, pero sí quería decirle que entre su hija y usted hay un malentendido que ha estado envenenando su relación durante décadas y que no es culpa de ninguna de las dos.

Yo intenté hacérselo ver, animarla a terminar con esta situación ridícula, pero solamente conseguí que nuestro encuentro terminase abrupta y violentamente, y me refiero a violencia verbal, naturalmente. Y la cosa empeoró aún más cuando hice referencia a que a una mujer tan hermosa e inteligente como ella le resultaría bien fácil encontrar a alguien y devolver a la vida Casa de la Vega, tal y como usted sueña. Fue como si la insultase. Debe de ser un asunto que le escuece mucho y yo no supe verlo a pesar de las señales que me lanzó.

Me duele mucho que esto haya terminado así y me siento culpable. Creo que he llevado mi interés por esta historia de tan extraño comienzo demasiado lejos, y espero no haber estropeado nada de forma irreparable. Ha llegado el momento de retirarse. Reciba un cordial saludo de

S.S.S.Q.E.S.M.

Luis Almansa

P.S.: Recuerdo ahora que le prometí enviarle mis novelas. Hoy mismo las pondré en Correos.

Después de escribir el mensaje todavía estaba lo bastante excitado como para que mi sueño fuese una suerte de duermevela, en la cual se repetía siempre la misma escena. Carmen empezaba su relato y yo intentaba por todos los medios que al final del mismo no terminase insultándome y llamándome pegajoso y fracasado. Pero no lo conseguía y entonces volvía a empezar, a esforzarme más, siempre en vano, una y otra vez. A eso de las cinco de la madrugada, exhausto, caí por fin en un sueño profundo. Pero a las siete sonó el despertador.

Tras despejarme como pude, hice un recuento rápido de lo que había ocurrido en apenas cuatro días y me pareció increíble. Al ritmo habitual de mi aburrida existencia habría necesitado varios años para acumular tantas emociones y tan fuertes. Todo había comenzado como un juego, un recurso para escribir una buena historia, pero el resultado me estaba llevando mucho más lejos. De hecho, si el

objetivo final hubiera sido escribir un relato suficientemente bueno como para callar a unos alumnos sedientos de venganza, hacía tres días que me sobraba material. Y si quería una novela de verdad, allí estaba. Era un material excelente, cada vez más perfecto, cada vez con más matices y puntos de vista sacados de la pura realidad. En cambio, si lo que pretendía era entrar en la vida de Casa de la Vega, si quería conquistar a su heredera y formar parte de todo aquel mundo lejano, el asunto no lo veía tan claro. No era tan idiota como para pensar que una mujer que acababa de llamarme fracasado y pegajoso estuviera realmente en proceso de caer rendida a mis encantos. Pero ¿quién sabía lo que pasaba por la mente de Carmen? Si se había enfadado de aquella manera era por que, al menos, no le resultaba indiferente. Era verdad que me había insultado, pero también que me había abierto su corazón como no lo había hecho con nadie, se había interesado por mí, por mis libros y hasta me había dado permiso implícito para usar su historia cambiando los detalles. No sabía si eso compensaba las invectivas pero, desde luego, matizaba mucho el balance final.

Lo que no había conseguido confirmar era si tenía algún tipo de relación amorosa, pero los indicios apuntaban a que no. No había llamado a nadie para advertir de la cena inesperada, no había citado el plural para referirse al cine, al teatro o a la cocina. No había dicho «vimos», «fuimos» o «cocinamos». Eran solamente datos con los que construir una conjetura, pero apuntaban en el buen camino. También lo hacía el hecho de que, según me pareció, Andrés le causase una curiosidad bastante limitada. Estaba claro que le había herido profundísimamente con aquella carta, y que era demasiado orgullosa para haberla olvidado treinta años después.

Por otra parte, las revelaciones acerca de la desgracia habían sido de un enorme valor literario. Tenía ya la versión de su madre, que era la versión oficial. Tenía la suya y me faltaba solamente la última posible, la del último implicado que seguía vivo. En conjunto, la entrevista no había ido tan mal.

Entonces recordé la carta que había dejado escrita para doña Rosa la noche anterior. La releí. Desde luego pondría a su madre de mi lado, pero probablemente me alejaría de Carmen si llegase a su conocimiento. No sabía qué hacer. Todo aquel lío había surgido por acción, no por omisión, pensé. Por tanto, no sería mala idea seguir con la misma estrategia. No sé si ese pensamiento encerraba alguna lógica, probablemente no, pero era el único que podía sacarme de la indecisión, así que lo adopté. Antes de pulsar la tecla «enviar» le añadí otro *post scriptum:*

Me gustaría pedirle disculpas a su hija, pero no me dio tarjeta. ¿Le importaría enviarme su dirección de correo electrónico? Mil gracias.

Esa tarde tenía taller literario a las nueve, pero muchas cosas que hacer, incluida la corrección de un montón de exámenes, así que debía ajustar mis movimientos. Aunque todo había ocurrido con extraordinaria rapidez, necesitaría al menos una semana para convertir esa relación de pequeños hechos en un relato y, por tanto, tenía que seguir trabajando contrarreloj. Tras las clases tomé un tentempié en el bar de instituto y me dirigí sin dilación a la biblioteca de la Caja. El conserje me abrió la puerta solícito.

—Pronto llegamos hoy, don Luis —me dijo confianzudo.

—Prisa tenemos, Marcial.

—Pues la señorita Dora parece que hoy tiene el día atravesado.

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Solamente lo dicho.

Albalajara seguía siendo un pueblo, pensé, y con tanto empleado semidesocupado cualquier cotilleo podía trasmitirse de una punta a otra a la velocidad de la luz. En otro momento esos comentarios quizá me habrían preocupado, pero no ese día. Encontré a Dora tras el mostrador.

—Dichosos los ojos.

—Hola, preciosa ninfa —dije obviando las segundas intenciones de su saludo.

—No me hagas reír, que hoy hay gente.

En efecto, dos jubilados ocupaban sendos pupitres con sus lamparitas encendidas. Seguimos hablando en voz aún más baja.

—¿Han pedido algo pornográfico esos dos guarros?

—Eres un cerdo y un cretino. Los pobres han pedido clásicos. Unas obras de Aristófanes.

—Lo que yo pensaba. Son unos pervertidos.

—¿Cómo tú tan temprano por aquí? —cambió el tercio.

—Venía solamente a saludarte y a decirte que mi entrevista de ayer fue un desastre.

—¿Ah, sí? —fingió desinterés.

—Terminó llamándome fracasado y pegajoso.

—Eso es que te quiere.

—Es lo que yo me digo.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —siguió con el juego de la displicencia.

—Dejaré que sufra hasta que se retracte.

—Me parece justo. ¿Y qué ocurre con lo de tu relato?

—Eso marcha viento en popa. Antes de insultarme me contó cosas extraordinariamente interesantes.

—Me alegro. Así no la volverás a ver. ¿Era guapa la vieja?

—Mucho. Aparentaba treinta y cinco como mucho. Y estaba dura como una piedra.

—¿Cómo sabes eso?

—Se notaba.

—¿Sin tocar?

—Bueno, tocando un poquito —dije con sonrisa maliciosa.

—Eres un cerdo.

—Eso ya me lo has dicho al saludarme. Por el momento las mujeres me consideran un fracasado, pegajoso, cerdo y cretino. Estoy en una gran etapa de mis relaciones con el sexo opuesto. Hasta hace un mes ni siquiera me consideraban.

—Cállate, que no puedo aguantarme la risa. Ven un momento aquí detrás.

Pasé por detrás del mostrador y vi de reojo la expectación que mi movimiento despertó en los viejos verdes. Dora me cogió de la mano y me llevó detrás de una estantería. Probé que estuviera firmemente sujeta antes de recostarme, y luego dejé que Dora se abalanzase sobre mí con un achuchón que me robó la respiración y se llevó toda la sangre a mis pantalones.

—Nos van a ver —dije mientras le levantaba la falda y metía mis manos bajo la goma de sus bragas.

—Solo es un momento. Quería comprobar cuán pegajoso y fracasado eres —me contestó mientras me hacía lo propio.

—Te estás jugando el puesto de trabajo.

—Es un aburrimiento y pagan fatal —se excusó mientras me desabrochaba el pantalón. Yo sabía que si iba mucho más lejos ya no podría parar.

—Espera, Dora. Luego acabamos en casa. Te lo prometo.

—No sé si puedo esperar.

Por fin, se separó. Se arregló el pelo y estiró su falda. Cogió un libro cualquiera de una estantería y volvimos a la posición inicial. Yo juraría haber oído unos pasos rápidos y un leve arrastrar de sillas pero, cuando volvimos a la sala, los dos viejos estaban en su sitio, aparentemente atentos a sus lecturas.

—¿Alguna cosa más? —me preguntó con aire profesional mientras rellenaba una ficha.

—Sí, ahora que lo pienso. Quiero ver si tienes este libro —dije entregándole una nota con los datos—. Es de uno de los chicos que aparece en la foto y, por más señas, puede ser primo mío.

—¿Otra broma? —inquirió suspicaz.

—Puede que sí. Una broma del destino, según doña Rosa

O'Farrell. Resulta que uno de los muchachos de la foto se apellida Cerezo, como yo, y además es clavadito a mí. Mira a ver si lo tienes. Quizás venga una foto en la solapilla y podamos reírnos.

—Lo tendremos, seguro —dijo mirando el papel—. Los de la Caja Comarcal y nosotros tenemos un intercambio de publicaciones. Un momento.

Tecleó algo en el ordenador y se dio media vuelta. Mientras se alejaba me volví hacia atrás de golpe y sorprendí a los jubilados mirando las caderas de Dora perderse entre las estanterías. Volvió a los pocos minutos.

—Aquí está. Martínez Cerezo, Andrés. *La bodega iluminada y otros cuentos,* mil novecientos noventa y nueve. Vaya con tu primo. Premio Caja Comarcal 1998. ¿Lo sabías?

—Lo sabía.

Dora buscó la foto y la encontró. Soltó una exclamación que seguro hizo perder de nuevo la concentración de la parroquia.

—¡Ahí va! ¡Pero si eres tú! ¡Es clavado! —dijo conteniendo los gritos.

—No será para tanto. Déjame ver.

Allí estaba el cada vez más seguro primo Andrés en una mala foto en blanco y negro, como de carné. Ciertamente con tan poco detalle el parecido podía ser tanto más notorio cuanto más predispuesto estuviese uno a encontrarlo.

—Puede parecerse a mí o a mi abuela —concluí.

—Nada de eso. Tiene el mismo pelo, o mejor el mismo poco pelo, la forma de la cara, las cejas pronunciadas y la boca carnosa. La nariz no se aprecia, pero podría ser tu hermano.

—¿Mayor o menor?

—Gemelo. Pero no, mira, aquí dice que es del cincuenta y seis. Te saca doce años. Pues no los aparenta.

—A saber de cuándo es la foto —malmetí.

—No lo dice.

—Por algo será. Habría que verle ahora.

—Te noto un poco celoso. No te apures: es guapo, pero tú también lo eres y me quedas más cerca.

—Ah. Entonces es solamente por eso, por la cercanía.

—No solamente, pero es un factor importante. El día que tu primo se instale en Albalajara y venga a mi biblioteca, ya te contaré.

—No estoy abierto ni a pruebas comparativas ni a *ménages à trois* con familiares, aunque sean en tercer grado.

—Entonces será una elección difícil.

Era el momento justo para hacer un buen mutis y yo no sé resistirme a esas cosas.

—Esta noche te espero. Ajustaremos cuentas.

—No sobrará ni la calderilla —concluyó amenazante.

Al salir volví a cruzarme con el conserje.

—Ve usted, Marcial: salgo vivo —me pavoneé.

—Es que tiene usted muy buena mano.

—No tanta como quisiera.

—O como ella quisiera.

Lo dejamos así, aunque me quedé con la sensación de que otra vez me había derrotado.

Dediqué la tarde a la corrección de exámenes sin poner mucho empeño en ser justo y meticuloso. Luego me dirigí a las dependencias municipales donde impartía el taller. El principal objeto de mi visita no había sido congraciarme con Dora, sino conseguir el libro. Ya antes, por la mañana, había solicitado tres ejemplares al servicio de publicaciones de la Caja Comarcal con destino a la biblioteca del instituto. Mi interlocutora se había mostrado muy amable y me había informado de que, si le enviaba inmediatamente una petición formal por fax, en dos o tres días, lo que tardase el correo ordinario, los tendría en el instituto. No podía decirle que era demasiado tarde para mí. En cuanto tuviese los ejemplares trataría de forzar una nueva cita con Carmen, pero no podía permitirme perder otro día en leerlo, tenía que llevarlo leído. El libro de su primo era el último recurso que me quedaba para mantener la iniciativa después de mi papelón de la noche anterior y de mi hipócrita despedida de su madre. Seguía luchando contra el reloj y, por el momento, empatando.

Ese día, durante la clase, noté cómo la tensión seguía creciendo conforme nos acercábamos al final del curso y se aproximaba la hora de presentar los trabajos. Creí observar incluso un juego de miradas cómplices verdaderamente sorprendente entre aquellos seres tan diferentes entre sí. No sé si lograría el milagro de que aprendiesen a escribir, pero sí había conseguido el de unirles en mi contra. En cualquier caso, también ese problema había perdido relevancia en mi horizonte inmediato.

Al llegar a casa lo primero que hice fue comprobar mi correo en el ordenador. Para mi fortuna, allí estaba la respuesta de mi Daisy Miller particular.

Querido señor Almansa:

Me alegra tener noticias suyas, aunque no sean todo lo buenas

que usted quisiera. Debería agradecerle el esfuerzo que se ha tomado en localizar a Andrés, pero la verdad es que sería poco sincera, y usted no se lo merece. Mis sentimientos hacia él son neutros de alguna forma difícil de explicar. No me importa que le vaya bien, pero tampoco me alegraría de que le fuese mal. Simplemente es alguien que quedó atrás y que hoy me es indiferente. Siento que se haya tomado la molestia de buscarle, aunque, como dice, le haya resultado tan fácil. Y espero que no interpretase mal mis palabras del otro día hasta pensar que quería que lo encontrara por mí.

En cuanto a mi hija, ese es otro cantar, como dicen aquí. Carmen cambió mucho tras el accidente y su nueva forma de ser le ha sido muy útil para hacerse a sí misma, para desenvolverse y triunfar en un mundo de hombres. Es una persona demasiado exigente, empezando consigo misma. Cuando terminó la carrera comenzó a trabajar en agencias de publicidad. Iba de una a otra, yo perdí la cuenta de todas por las que pasó, siempre con un cargo más alto que en la anterior. Llegó a directora con poco más de treinta años. Luego pasó algo raro, algo que no me ha contado nunca en detalle, y dimitió. De ahí pasó a la Kraks & Foods y no me extrañaría nada que cualquier día la hicieran directora general. Siendo bilingüe y con su tesón y esfuerzo creo que podrá lograrlo.

Es una gran mujer y hasta cierto punto me siento orgullosa de ella, pero cuando la recuerdo de niña, siempre imaginando, siempre inventando historias, tan dulce y tan cariñosa, me parece como si fuera otra persona. Es verdad que lo pasó muy mal por la muerte de su hermano y el asunto de Andrés. Es algo que nos marcó a todos, pero a ella seguramente más, y no sé bien por qué. Yo la envié a Boston para alejarla de todo esto, pero he de reconocer que no sirvió de nada. Mi impresión, señor Almansa, es que en algún momento de aquel drama decidió que no iba a querer a nadie, que no iba a unirse emocionalmente a nadie. A mí me soporta porque no tiene más remedio, no en vano soy su madre, pero al resto del mundo lo ve y lo utiliza como si fuesen máquinas, recursos, con honestidad, seriedad y profesionalidad, pero como simples recursos. Supongo que muchos hombres la habrán pretendido en estos años, pero yo solamente recuerdo un par de intentos que llegaran a mis oídos por su duración, y no creo que se prolongasen más allá de unos meses. Francamente, señor Almansa, no se haga ilusiones con respecto a mi hija. Es una persona encerrada en sí misma y sin apenas vida privada. Y en cuanto a su trato, ya ha comprobado lo difícil que resulta.

Por último, quería comentarle lo del supuesto malentendido. Que algo así exista entre nosotras y que tenga que ver, según parece, con

su versión de «la desgracia» me sorprende doblemente. Primero me sorprende que le quisiera hablar de ello, más aún que el hecho de que no lo haya hecho nunca en treinta años, porque a eso sí que me tiene acostumbrada. Y también me sorprende que ella tenga una «versión» de algo en lo que ni siquiera participó. Entiendo que usted no quiera hacer de mensajero, pero sepa que por mi parte no tengo nada que ocultar, ni nada que reprochar, y que mis sentimientos hacia mi hija no están oscurecidos por ninguna sombra que tenga que ver con aquellos hechos. Al contrario, por el sufrimiento que le provocaron le perdono todo, incluso esa forma tan despegada de quererme que tiene. Y si hay algún malentendido entre las dos, yo no puedo hacer nada. Tendrá que ser ella la que me lo aclare algún día.

Y nada más, señor Almansa, espero sus libros y que sigamos en contacto.

Reciba un saludo muy cordial.

Rose O'Farrell

P.S.: El e-mail de mi hija es chidalgo2@ kracksfoods.com

La respuesta de doña Rosa superaba mis expectativas más optimistas. Era cariñosa, íntima y pedía que mantuviésemos el contacto. Por si fuera poco, desvelaba detalles de su hija sumamente interesantes. Quizás había algún tono menos armónico en su referencia al malentendido. Pero era tan leve que bien podría tratarse de sensaciones falsas.

No obstante, había también algún motivo de preocupación justamente en ese asunto. Yo había echado a rodar una chinita no de forma inocente, sino intencionada, pero no había querido causar una avalancha como la que parecía a punto de producirse. ¿Qué pasaría si su madre le pedía a Carmen que le hablase de esa supuesta «versión» de los hechos? En primer lugar, sabría que yo había sido el indiscreto. Era fácil deducirlo porque solamente se lo había contado a una persona en el mundo, casualmente yo. En segundo lugar, podría relatársela o no. Si no lo hacía, probablemente su relación empeorase. Si lo hacía, tampoco estaba claro que eso fuese a ser un bálsamo para mejorarla y no estaba seguro tampoco de que doña Rosa, tras escucharla, me estuviese agradecida por ello. Pasar de un accidente a un tiroteo provocado irresponsablemente por su hija le resultaría cualquier cosa menos reconfortante.

Le di muchas vueltas y finalmente llegué a la conclusión de que ya no podía hacer nada. Lo que sí resultaba pertinente era tratar de reconstruir mínimamente mi relación con Carmen.

Estimada Carmen:

Disculpe que utilice su dirección de correo profesional, pero es la única que he podido conseguir. Sirvan estas líneas para pedirle mil veces perdón por mi torpeza y mi atrevimiento de la otra noche. Si algo puedo alegar en mi descargo es que había bebido demasiado y que me perdió el deseo de hacer algo por dos mujeres excepcionales como son su madre y usted. Entienda que yo tenía ya todo lo que egoístamente podía esperar de nuestro encuentro: su versión de la desgracia y hasta su permiso implícito para contarla algún día en un contexto literario. Por tanto, solamente mis buenas intenciones me llevaron a donde no tenía que haber llegado nunca.

Siento mucho lo ocurrido. Ya tengo en mi poder el libro de su primo. Si usted me lo permite, me gustaría dárselo en mano y aprovechar para reiterarle mis disculpas personalmente.

Atentamente,

Luis Almansa

Enviado este mensaje, me dispuse a leer el libro de cuentos merecedor del Premio Caja Comarcal de Literatura 1998. Eché primero una mirada a los títulos: *La bodega iluminada, Romance del jabato, Tres aprendices, Prosas del alzacuellos, Abú y el tesoro de Toledo.*

En principio, pensé que sería una colección un tanto folclórica o quizás rural, tirando a Delibes. Una temática hoy pasada de moda y muy alejada de lo que me interesaba a mí literariamente y la verdad es que no me equivoqué mucho.

El primer cuento, el que daba título al libro, lo leí primero con prevención y después con ganas. La historia de dos chicos de pueblo que inventan aventuras alrededor de las luces de una bodega cuyos sótanos se iluminaban por la noche, me pareció tierna y bien contada. Probablemente se trataba de alguna anécdota real que recogería en su pueblo o de boca de un familiar. El segundo me sorprendió desde el principio y cuando lo terminé, ya no leí más del libro.

Encontré dos cosas en aquella especie de romance. Por un lado, eso que estaba buscando: la versión de la desgracia narrada por el supuesto culpable. Y, por otro, me había topado con algo totalmente inesperado: nada menos que un héroe. El primo Andrés no solamente

escribía mejor, ganaba premios y era docente de una escala superior, sino que además era un héroe. Y no un héroe cualquiera, sino el tipo de héroe más admirable, el héroe anónimo, capaz de sacrificarse en silencio y de asumir culpas que no son suyas, para que otros vivan mejor, o simplemente vivan. Probablemente había empezado a odiarle mucho antes, pero en ese momento, fue como una revelación. Lo odiaba profundamente. No tenía más motivos que la envidia y una remota posibilidad de que se interpusiera en mi también improbable e irracional deseo de ser parte de la Casa de la Vega. Pero pronto me di cuenta de que había otra razón oculta. Y es que, con aquellas líneas, Andrés se había adelantado a mi novela. Cualquier cosa que hiciera con esta historia ya no sería de verdad mía. Dejaría de ser producto de una investigación, de una indagación literaria, de una intromisión del autor en la materia narrada. Sería una historia inspirada en unas cuantas líneas de un autor premiado por un prestigioso jurado. Sentía que hiciera lo que hiciese, Andrés siempre llegaría antes. Y que yo seguiría siendo una burda imitación.

A las once en punto sonó el portero automático. Allí estaba Dora. No me sentía con ganas de un encuentro amoroso. Además, me dije, últimamente quedábamos directamente en mi casa. Antes nos citábamos en el cine o en un bar. Y no solo eso, me di cuenta de que en un momento aún muy cercano habíamos dejado de ser una pareja de fin de semana para vernos prácticamente a diario. Aquello no podía continuar así.

—¿Vive aquí Andrés Martínez Cerezo, el gran escritor? —dijo Dora sonriendo según atravesaba la puerta de mi apartamento.

—Aquí vive un gilipollas —contesté desabrido.

—¿Te pasa algo?

—Pasa que no has tenido gracia. Ni puñetera gracia.

—Lo siento. Era una forma de seguirte la broma —se disculpó desconcertada.

—Pues, antes de seguir una broma, asegúrate de que el otro tiene ganas de hacerlo.

—He dicho que lo siento. No creo que sea para tanto.

—Pues lo es. Entras en mi casa de repente y empiezas a tocarme las narices con el memo de mi supuesto primo.

—Habíamos quedado en tu casa y lo de tu primo te hacía gracia solamente hace tres horas.

—Ahora ya no me la hace, guapa. ¿O es que no se nota? ¿Es que tengo que explicártelo otra vez?

Dora estaba poniéndose del color de su nombre y las lágrimas empezaban a sacarle brillo a sus ojos oscuros.

—Pues cuando estés de mejor humor, llámame y hablaremos. O mejor: no lo hagas nunca. Mejor púdrete aquí con tu primo y tus

historias paranoicas. Yo me voy.

—Pues, adiós, y busca alguien que te aguante las gracias. Y si quieres sentido del humor, lee a Chesterton.

Dora salió seguida de un portazo. Y yo me sentí un absoluto miserable por unos segundos. Habría tenido que salir corriendo para alcanzarla en el descansillo, pero no lo hice. El Luis de antes habría hecho eso con tal de no perder a Dora, no por ser Dora, sino simplemente por ser una mujer que se había fijado en él. El nuevo Luis no podía soportarla. No podía aguantar su aire de buena chica de provincias, su desinterés intelectual, su pragmatismo, su medianía y, desde luego, el nuevo Luis odiaba el poder que ejercía sobre él a través del sexo.

Esa noche rumié en la cama todo lo que había pasado y, sobre todo, cómo continuaría la historia o, mejor dicho, cómo intervendría en la historia para que esta siguiese avanzando.

Capítulo octavo

Cuando sonó el despertador tenía muy claro todo lo que iba a hacer esa mañana. Primero me acicalé y luego revisé el correo electrónico sin encontrar nada de interés. Desayuné sin prisa y llamé al instituto para avisar de que mi problema se repetía. Volvía a marearme y a sentirme mal. Después me puse en marcha hacia Cuenca. Aunque yo distaba de ser un funcionario ejemplar, nunca había hecho novillos dos veces en menos de una semana. Pero tampoco antes había tratado a una mujer de forma tan ruin, ni me había hecho pasar por otra persona, ni había sentido odio por alguien a quien no conocía.

Al llegar a la Facultad de Humanidades lo primero que hice fue localizar los tablones donde constaban los horarios. Tuve suerte. Andrés tenía clase ese día a la una de la tarde. Seguramente se marcharía a su casa al terminar. Pensé en dar una vuelta por la ciudad vieja, pero preferí quedarme allí y empaparme de ese ambiente que yo no conocería nunca. Los mismos monstruos que me amargaban la vida con actitudes chulescas, malos modales y nulo respeto, pocos años después se movían por allí con algo parecido a aquello que nos enseñaban como urbanidad. Era la Universidad y no un instituto provinciano. Allí había gente que investigaba, que tenía becas y proyectos interesantes entre las manos, como mi primo, quien además sacaba tiempo para escribir y ganar premios.

La espera se me hizo larga, lastrada y alimentada por la envidia y el rencor. Cinco minutos antes de la hora situé el coche en doble fila cerca de la puerta. Primero habría una avalancha y luego un gotear de alumnos rezagados y, finalmente, un grupito de empollones alrededor de los profesores. Eso era lo que yo recordaba y eso fue lo que pasó. Y el último de todos, el que más tiempo dedicó y al mayor grupo de alumnos fue Andrés. Cómo no. No tuve dificultad alguna para reconocerlo. Ya lo había visto en la foto de su libro y en otras cuantas que encontré en Internet. De lejos parecía conservarse muy bien, delgado y ágil. Andrés se despidió del último grupo y se dirigió al aparcamiento. Llevaba unos documentos en la mano y los iba leyendo. Pasaría por delante de mí en diez segundos. La idea me vino a la cabeza con naturalidad, casi con lógica. Tenía el tiempo justo de

arrancar e ir a su encuentro. Sería un accidente estúpido. Él iba leyendo ensimismado y yo no lo vi, se me echó encima. Una de tantas desgracias. Siempre se van los mejores. Aceleré. Era tan fácil. Tendría que inventarme una justificación para estar allí ese día y se me ocurrían varias. Tendría que evitar que Carmen y doña Rosa se enterasen, pero eso era aún más fácil. Nadie se lo diría. Nadie sabría que éramos primos ni que teníamos un nexo común. De hecho, no lo teníamos. Era tan fácil. Ya avanzaba a unos 40 kilómetros por hora, razonable para circular, pero mortal si un coche topa con una persona. Pero, justo en ese momento, el último pelota lo llamó y se le acercó corriendo. Andrés se paró en seco. Levanté el pie, pero varios coches que llevaba detrás comenzaron a impacientarse. El momento había pasado. Busqué un hueco y volví a parar. Por fin, Andrés se despidió de aquel pesado y fue hacia su coche. Era un buen coche familiar, sin exageraciones, pero sin duda mejor que el mío. Comencé a seguirle. Nos dirigimos a las afueras, hasta llegar a una zona de adosados recientemente construidos. De repente, puso el intermitente de la derecha, frenó suavemente e hizo sonar el claxon. Me asusté, pero en seguida comprendí lo que pasaba. Una mujer joven y atractiva, que empujaba un cochecito de bebé y llevaba de la mano a un niño como de seis años, se paró a su altura. Andrés salió, rodeó el coche por detrás y abrió el maletero. Besó a su mujer y al chico con cariño, sacó al bebé de su vehículo y lo besó también. Después prosiguió con todo el ceremonial que requiere desplazar a dos niños pequeños en condiciones de seguridad. Yo me entretuve observando desde unos metros atrás. Todo el odio había desaparecido y fue como si, por unos instantes, reapareciera el Luis de siempre. Andrés era un esposo feliz, padre de dos niños, pensé, y yo estaba empezando a perder el juicio. Había estado a punto de dejar huérfanos a esos chiquillos por unos celos retrospectivos y una sobredosis de envidia inútil.

Seguí a Andrés hasta que llegó a su casa. Después permanecí un largo rato en mi coche intentando comprender qué fue lo que había ocurrido, es decir, por qué había estado a punto de cometer un asesinato. El viejo Luis siguió al mando durante un rato utilizando todos sus recursos. Había estado a punto de perderlo todo por una quimera, por la idea de una nueva vida asociada a una casa y a dos mujeres con personalidad, pero llenas de traumas y minas escondidas. ¿Pero qué era todo?, preguntaba el nuevo Luis. Todo, contestaba el viejo, era una vida ordenada, un trabajo, una secreta ilusión —la literatura— y una mujer que por primera vez en muchos años parecía quererme sinceramente. Y no solo quererme de manera metafísica, como a veces me había ocurrido, sino también muy física. El viejo Luis se deleitó recordándome paso a paso nuestro último contacto sexual en el que al final ella había tomado el mando para manejar su boca,

lengua y labios como si supiera exactamente dónde y hasta cuándo tenía que hacer cada cosa para mantenerme diez minutos al borde del paroxismo. Sí, respondió el nuevo Luis, era evidente que había sido una suerte que un tipo como yo hubiese encontrado una mujer como Dora, que, dada su juventud, me aseguraba largos años de una vida sana, normal y placentera. Pero había dos problemas. El primero, que esa vida normalmente termina diluyéndose entre papillas, pañales y colegios, y yo había alcanzado un punto de mi existencia en el que todo eso me producía una aversión casi patológica. El segundo, que a diferencia de la sexual, la excitación intelectual que Dora me provocaba era nula. A pesar de su profesión, su interés por la cultura era tendente a cero, eso si no consideramos cultura los programas televisivos de la más baja estofa, que a mí me repugnaban y a ella le apasionaban. Y yo había trabajado lo suficiente de educador como para saber que ese interés no era posible inducirlo si antes no existía una tendencia natural en el individuo. Dora tenía una natural inclinación a los placeres de la carne, pero los del espíritu le eran tan ajenos como Kandinski a un matarife lobotomizado. Y la prueba era que vivía rodeada de ellos sin que le afectasen en absoluto. Así que, en el fondo, según el nuevo Luis, iba a perder una vida asquerosamente normal. Y él sabía que en ese momento de mi vida odiaba la normalidad. Sí, es verdad, había estado a punto de perder los estribos, pero esa era la prueba de que estaba más vivo que nunca. Dora era una trampa, un cepo. Carmen era el futuro y quizás nunca lo alcanzaría, pero merecía la pena luchar por él. Y allí estaba, a la puerta de la casa de la única persona que tenía las claves necesarias para que yo pudiera hacerla mía. Él era el héroe, mi peor enemigo, y yo necesitaba asegurarme de que no ejercería de tal. ¿Cómo? No tenía la menor idea, pero la única manera de averiguarlo era actuar.

Finalmente, el nuevo Luis había recuperado el mando de las operaciones y, muy en su estilo, cambió otra vez la reflexión por la acción.

En mi reloj daban las cuatro y media cuando salí del coche y me dispuse a visitar a mi primo lejano. Vivía en una casa adosada de muy reciente construcción. Su jardín, como el de muchos de sus vecinos, se veía recién plantado, con arbolitos tiernos y césped de un par de temporadas a lo sumo. Llamé al tiempo que me veía reflejado al revés en el ojo de una cámara protegida por un cristal.

—¿Qué desea? —me contestó una voz de mujer.

—Me llamo Luis Almansa, soy primo de Andrés Martínez Cerezo y me gustaría saludarle.

—Un momento.

La puerta se abrió inmediatamente, por lo que deduje que mi historia había sonado a verdadera. Empujé la hoja y recorrí un camino de pizarra de unos veinte metros que me llevó ante la puerta principal del adosado. Allí me esperaba la misma mujer que había visto desde el coche. Alta, guapa, morena con rasgos meridionales, de unos 30 años, bien podría haber sido la clásica alumna enamorada de su profesor. Habría apostado un brazo por ello.

—Hola —dijo dándome la mano—, me llamo Susana y soy la mujer de Andrés. Ahora mismo saldrá a recibirle. Está trabajando en su despacho. Pase, por favor.

Me introduje en el pequeño recibidor donde una vitrina con objetos artísticos de diversas épocas y culturas ocupaba un lugar protagonista.

—No cabe duda de que es de la familia. Se parecen mucho, pero nunca me había hablado de usted.

—Es lógico. Ni siquiera me conoce —dije, mientras veía cómo las zapatillas del profesor bajaban las escaleras anticipando su figura.

—Un primo nuevo. Vaya sorpresa —dijo afable.

Andrés era ligeramente más alto que yo y con una figura más estilizada. También tenía más pelo. A cambio, su rostro reflejaba a las claras los años que me llevaba y muchas horas al aire libre en excavaciones arqueológicas.

—Hola —le dije ofreciéndole la mano—. Me llamo Luis Almansa Torres Frutos Martín Cifuentes Cerezo, así que no puede decirse que seamos primos cercanos, precisamente, pero sí que tenemos conocidos comunes que insisten en nuestro parecido. Y, además, tenemos otras cosas en común. También soy profesor, pero de instituto, en Albalajara, y curiosamente también me gusta escribir y voy por mi segunda novela.

—Increíble, y más increíble aún que no nos hayamos conocido antes. ¿Por qué no pasas y te tomas un café?

—No quiero entretenerte. Solamente quería hablarte un momento en privado de un asunto referente a algunas personas que los dos conocemos.

—¿Familiares?

—Puede decirse que sí.

—Yo no tengo secretos para mi mujer.

—Pero, cariño —dijo ella, haciéndose digna de mi admiración—, yo creo que tu primo se va a sentir mejor hablando contigo a solas. ¿Por qué no subís al despacho mientras os preparo un café?

Andrés dudó un momento. Eran demasiadas novedades en pocos segundos y no era un hombre ducho en relaciones sociales. Hasta en eso nos parecíamos.

—De acuerdo. Vamos arriba. Perdona, pero está todo hecho un

desastre. Exámenes, trabajos, investigaciones… ya sabes cómo es esto —comenzó a subir y yo a seguirle pensando que no, que no sabía qué era eso—. Y ahora con los dos críos no hay forma. ¿Tienes niños?

—No de momento, y toquemos madera.

—Eso es que tu mujer o tu novia ya está pensando en ello, ¿eh?

—Probablemente.

—Pues entonces estás perdido —dijo jovialmente mientras me invitaba con el gesto a pasar a su guarida.

El despacho, efectivamente, lucía un sano desorden. La gran mesa clásica apenas mostraba unos centímetros de superficie libre de papeles. La pieza era grande y estaba forrada en tres de sus paredes por estanterías de madera hechas a medida, igualmente clásicas y repletas no solamente de libros, sino de una colección de piezas arqueológicas y de arte antiguo: restos de frisos visigodos, de retablos barrocos, cerámica andalusí y útiles de diversos oficios que bien podrían tener varios siglos. Me impuse no hacer comentarios sobre todo aquello para no alargar la conversación ni intimar con alguien que, pocos minutos después, podría estar echándome de su casa. Él se sentó en su lado de la mesa y me invitó a hacer lo propio en una silla situada enfrente. Lo que no pude evitar fue que divagásemos unos cuantos minutos acerca de nuestros orígenes y familias. Pronto se dio cuenta de que no me apetecía demasiado profundizar en ese territorio, así que optó por el camino corto.

—Pero tú no has venido a hablarme de genealogía, ¿verdad? —dijo, conociendo la respuesta.

—Verdad. He venido a hablar de Casa de la Vega.

A Andrés le cambió el semblante muy levemente, como si le hubiesen puesto por delante un fino velo ceniciento.

—La Casa de la Vega…, ¿qué tienes que ver con ella?

—Es una historia bastante larga y casi increíble. Por culpa de una fotografía de hace treinta años y de nuestro parecido estoy hoy aquí. Mira, esta es la fotografía.

Le enseñé una reproducción tamaño cartera que había hecho para llevarla encima. Se quedó unos minutos mirándola y luego habló como desde dentro.

—Recuerdo perfectamente esta foto. Es muy buena. Cuántos años y cuántos recuerdos me trae.

Dejé que la siguiera contemplando un rato antes de volver a hablar.

—Puedes quedártela si quieres —le ofrecí.

—Gracias.

—El caso es que estoy escribiendo algo, no sé si una novela o un cuento, que se refiere a Casa de la Vega, concretamente a lo que doña Rosa llama «la desgracia», es decir, al accidente de caza en el que

murió su hijo Ángel.

Ahora Andrés sí dio muestras de sentirse francamente molesto, moviéndose incómodo en la silla como si estuviera conteniéndose antes de saltar.

—La verdad, no creo que sea una buena idea. ¿Ella está de acuerdo? —dijo tras unos segundos.

—Desde luego, y Carmen también.

—¿Seguro? —insistió intuyendo mi media mentira.

—Puedes creerme. En todo caso lo que escriba será siempre una historia anónima. Nadie podrá reconocer los detalles.

—Aunque sea así —respondió apenas más relajado— no puedo decir que me guste la idea.

—Pero incluso tú mismo escribiste y publicaste una especie de romance basado en ese suceso.

—Veo que te has preparado la visita —me dijo, ya con cierta ira en los ojos—. Lo escribí, sí, pero no pretendía publicarlo. Yo escribo solamente para mí, como afición, pero mi mujer recopiló unos cuantos cuentos y los envío a un premio sin mi permiso. Casualmente gané y ya no me pude negar a su publicación. Ella se habría llevado un disgusto tremendo. La verdad es que pensé que nadie repararía en esa historia, pero veo que me equivoqué. Me dijeron que de este tipo de ediciones apenas se reparten unos pocos cientos, mientras que el resto se suele pudrir en algún almacén.

—Eso es verdad, pero ya sabes lo que pasa ahora con Internet: encuentras hasta lo que no estás buscando. Aunque en este caso supongo que me ayudó el destino, y eso que no creo en él.

—Destino o casualidad, no son buenas noticias las que me traes. Yo no quiero remover ni una brizna de ese pasado —me señaló serena pero firmemente.

—Lo entiendo, pero tú también eres escritor y comprenderás que yo esté interesado en ese argumento —insistí.

—Estás en tu derecho, así que no sé qué más quieres que haga por ti. Si no te importa tengo mucho que hacer —dijo, esta vez levantándose.

—¿No te lo imaginas? —respondí levantándome a mi vez. Quedamos cara a cara separados por apenas un metro.

—No —respondió secamente.

—Me gustaría saber si la versión del romance es la real. Solamente eso.

—Nunca te contestaré a esa pregunta —dijo muy serio, pero sin perder la compostura—. Para mí y para el resto del mundo, debe ser una historia totalmente imaginada. Te adelanto que no admitiré ninguna otra versión y que incluso actuaré legalmente contra quien intente asociar mi libro al accidente.

—Bueno, no sería muy inteligente por tu parte, teniendo en cuenta que la policía tiene una versión radicalmente falsa.

—¿Me amenazas? —Sus manos empezaban a crisparse en un puño, pero su voz seguía casi serena.

—Lo has hecho tú primero. Y tampoco creo que una demanda les haga bien a Carmen y doña Rosa.

—Sin embargo, quieres escribir una historia que les va a hacer mucho daño.

—Aunque no la escriba el disgusto ya es inevitable.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo pendiente una cita con Carmen para entregarle tu libro de cuentos. Le prometí llevárselo antes de haberlo leído. Ahora ya no puedo hacer nada.

Andrés permaneció silencioso ante mis palabras cargadas de cinismo ventajista. Supongo que en ese momento sopesó si era más conveniente despedirme con cajas destempladas o buscar algún tipo de entendimiento.

—¿Es imprescindible que le entregues mi libro? —me preguntó con cierta angustia en la voz. Por un instante me sentí ruinmente poderoso, teniendo en mis manos a esa versión mejorada de mí mismo.

—Te digo que se lo he prometido.

—Se llevará un gran disgusto. Ella quería mucho a su padre y puede pensar que yo le estoy acusando de matar a su hermano.

—La verdad, no sé cómo arreglarlo, y me gustaría —intenté no parecer cínico—. Podría arrancar esas páginas del libro, pero ella lo notaría y eso incrementaría su interés. Es una mujer muy lista.

Hubo otro silencio. Esperaba otra amenaza, pero Andrés volvió en sí con una pregunta inesperada.

—¿Está bien? —Obviamente los dos entendimos que se refería a Carmen.

—Está muy bien. Una mujer extraordinariamente atractiva. Trabaja de directiva en Kracks & Foods. Está soltera y sin compromiso. Es una buena profesional y exigente, comenzando por ella misma y terminando por los demás. A decir verdad, ya queda poco de la niña de la fotografía.

—¿Y doña Rosa?

—Su madre vive en Casa de la Vega. Otra mujer impresionante. Hay que tener coraje para vivir sola en ese caserón maravilloso, rodeada de tantos recuerdos.

—Sí, son dos grandes mujeres y me alegro de que estén bien. Por eso me enfurece que quieras amargarles la vida —volvió a la carga.

—No te enfurezcas, dicen que la verdad está por encima de todo. ¿No querrías tú saberlo en su caso? Y si te preocupan tanto, ¿por qué

no quisiste volver a verlas?

—Al poco de esos sucesos tuve una carta de Carmen en la que me pedía que saliera de su vida para siempre. Yo lo entendí perfectamente —explicó con cierto aire desolado—. Ella me culpó por la muerte de su hermano. Debió de odiarme profundamente. No se lo reprocho. Era una niña.

—Ella estaba muy enamorada de ti —dije en un intento amistoso de consolarle.

—¿Te lo dijo ella? —preguntó extrañado.

—Sí.

—No sé si era eso o simplemente que pasábamos juntos muchos días al año. Pero fuera amor o enamoramiento, yo no sabía qué hacer para que se le pasara la tontería. Para mí era como una hermana, estrictamente una hermana. Créeme.

—Te creo. En fin, volviendo a lo del cuento…

En ese momento sonó la puerta y entró Susana con la bandeja del café. Los dos nos callamos y ella notó la tensión.

—Aquí está el café. Hacedme sitio en la mesa por favor. Tenéis leche, azúcar, creo que no falta de nada. Si queréis algo estoy abajo con los niños. La peque ya quiere comer.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

—Tutéame. ¿No somos familia?

—Eres muy amable, Susana —respondí pensando en el desagrado que le producirían a Andrés mis palabras.

Cuando salió, él y yo nos miramos a la cara en silencio durante un par de segundos. Era el momento de descubrir las cartas.

—Volviendo a lo del libro —abrí el juego—, querría ayudarte, pero estoy en una situación apurada. Yo podría decirle que he hablado contigo y que sostienes que es una fantasía basada en el trágico suceso, pero que no pretende ser real ni dar una versión diferente.

—No sé si funcionará, pero es la verdad.

—No estoy tan seguro de eso como tú, más bien pienso lo contrario. Pienso que tu romance dice la auténtica verdad de lo que pasó. Pero, como escritor, creo que tendré argumentos para convencer a Carmen de lo contrario.

—Así lo espero. En cualquier caso, yo ya no puedo hacer nada. Estoy en tus manos. Pero antes de irte dime una cosa: ¿Te gusta ella?

—Yo venía con esa pregunta para ti en la recámara, pero ya me has dado la respuesta —rehuí la cuestión.

—Por si aún tienes alguna duda, te diré que tengo una mujer maravillosa de la que estoy enamorado como el primer día.

—¿Y Casa de la Vega? ¿No te gustaría darle vida de nuevo?

Nada más hacer la pregunta me di cuenta de que había sido una estupidez. En ella estaba desvelando mis deseos más íntimos.

—No cambio Casa de la Vega por un metro cuadrado de este despacho. Además, mira lo que tienes a tu alrededor —dijo señalando todos aquellos restos de objetos creados por seres humanos muchos siglos atrás—. No hay persona más consciente que yo de que todo termina en ruinas, de que acumular y construir es un empeño vano. Solamente el conocimiento merece la pena y solo en el caso de que uno pueda transmitirlo a otros antes de marcharse. Casa de la Vega será polvo tarde o temprano, como nosotros. Pero al final, no me has contestado.

—Después de ese discurso tan profundo —dije con ironía— y tan cierto por otra parte, suena un poco ridículo descender a cuestiones tan terrenales como si me gusta Carmen. Pero no puedo negar que me atrae mucho, aunque se trate de una mujer muy difícil. O quizás debido a eso. Por ello también yo quería pedirte un favor.

—Dime.

—Si ella te llama, háblale bien de mí. Que ese sea nuestro pacto.

—No sé si podré hacerlo, pero lo intentaré.

—He de conformarme con eso. Estamos cada uno en las manos del otro.

Nos levantamos para despedirnos.

—Tengo curiosidad —me preguntó con aire inocente— por tu método de trabajo, el literario, quiero decir. ¿Cómo has llegado a encontrarte con esta historia?

—Sería largo de explicar. Doña Rosa piensa que ha sido el destino. Yo empiezo también a creerlo. Cuando la tenga escrita también tú podrás opinar. Te la enviaré por correo electrónico en cuanto la acabe. Creo que te gustará.

—¿Y siempre te implicas personalmente en lo que escribes?

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes perfectamente. El viejo problema de cómo el investigador influye en el experimento o en el objeto de estudio. Si fueses un antropólogo o un sociólogo tu trabajo sería un fracaso.

—Entiendo. Lo cierto es que no me lo planteo. Es verdad que la historia de Casa de la Vega aún no ha terminado. Es una historia que desprende mucha fuerza, que ha tenido un eco, digamos, existencial muy grande en las vidas de todos los implicados. Ha permanecido latente muchos años, pero ahora, gracias a mí o al destino, vuelve a progresar y quizás esté envolviendo también a quien la escribe. Precisamente es eso lo que me gusta de ella, lo que me apasiona.

—¿Y crees que tú puedes ser quien la cierre definitivamente? —me preguntó ya en la puerta.

—Seguro que no, primo, seguro que no.

Llegué a casa a media tarde. Nuevamente otra jornada demasiado agotadora como para pensar con claridad y tomar decisiones. No tenía ningún mensaje de Dora por primera vez en meses y eso me resultaba extraño, no sabía si para bien o para mal. Me metí en la cama enseguida dándole vueltas a todo, pero esta vez no tardé en dormirme. Es curioso cómo la mente nos tiene a veces despiertos durante toda la noche mientras se entretiene en resolver problemas nimios, y otras se desentiende de cuestiones trascendentales. Siempre he pensado que se desconecta para buscar la solución por su cuenta y casi siempre lo consigue porque, al día siguiente, esas cuestiones están resueltas o al menos se ven con una claridad que no existía ocho horas antes.

Por eso no me extrañó que, al levantarme, ya tuviese bastante claro los pasos que dar y qué actitud adoptar. En primer lugar, llamé por teléfono a Dora.

—¿Qué quieres? —me respondió con brusquedad.

—Pedirte perdón —respondí con voz conciliadora.

—Estás perdonado.

—¿De verdad? —pregunté aliviado, pensando que todo había sido muy fácil.

—De verdad.

—¿Quieres que nos veamos luego?

—No. Y no me vuelvas a llamar nunca.

—Pero ¿no me habías perdonado?

—Ya te he dicho que sí, Luis, pero no voy poder olvidar nunca cómo me has tratado. Me has hecho pedazos el amor propio y no voy a exponerme a pasar por eso otra vez. Hemos tenido momentos buenos, es verdad, pero creo que tú no me quieres. Creo que estás enamorado de tus historias y que yo no formo parte de ellas. Quizás tienes un hueco para mí, pero yo no quiero ser solo un intermedio en tu jornada. Ahora será mejor que cuelgues y que no me vuelvas a llamar. Si apareces por la biblioteca, te saludaré y todo volverá a ser como antes de empezar a salir, pero nada más.

—Estás exagerando, simplemente tuve un momento malo…

—Es verdad, pero ese momento me ha hecho ver todo lo demás, todo lo que te estoy diciendo. Por eso te perdono, pero no puedo seguir contigo. Adiós, Luis.

—Espera un momento, hablémoslo…

Pero ya había colgado cuando empecé mi última frase. Esa era una batalla que ya había perdido, de momento, pero no era la guerra que más me preocupaba, así que aparté el episodio de mi mente como si no hubiese ocurrido. A continuación, puse un *e-mail* a Carmen Hidalgo.

Admirada Carmen:

Como le anticipé, ya tengo en mi poder el libro de su primo. He encontrado en uno de sus cuentos cosas que le van a interesar mucho, aunque le adelanto que no serán agradables. Tratan de la desgracia, como puede imaginarse. Me gustaría dárselo personalmente y despedirnos después un poco más amigos, aunque sea la última vez que nos veamos.

Suyo,

Luis Almansa

Sabía que ese era el punto en el que todo podía atascarse. Si ella no me contestaba, toda esta larga historia habría acabado de una forma inane. Por eso me había arriesgado a desvelar en el mensaje algunas bazas de mi juego. Carmen no era una mujer normal, pero hasta a un hombre normal le habría despertado curiosidad una comunicación como esa.

Tuve un día bastante difícil en el instituto. No podía concentrarme en nada. Lo peor llegó cuando me llamaron de Jefatura de Estudios y me advirtieron que no admitirían una sola baja más sin estar respaldada por un certificado médico. Pero también lo aparté de mi mente. En la última clase ordené una lectura seguida de comentario de texto y me concentré en lo que podría pasar si ella contestaba y consentía en que nos viésemos una vez más. ¿Qué haría entonces? ¿Qué táctica aplicaría para desmontar sus defensas y desactivar a mi primo al tiempo que cumplía mi compromiso con él?

Lo primero que hice al llegar a casa fue descargar el correo. Aunque esperaba que me contestase, me sorprendió que lo hiciese tan pronto. Pensé que iba a esperar unos días. Pero no: allí estaba su mensaje sin encabezamiento de cortesía.

Si le parece bien nos reuniremos en el Café Gijón a las 7:45 de la tarde de este sábado. Tendremos media hora escasa pues a las 8:15 tengo que estar en el Teatro María Guerrero.

CAPÍTULO NOVENO

Los días anteriores a nuestro encuentro los aproveché para comenzar esta historia de forma que, cuando escribí: *«La fotografía que actuó como detonante de todo lo que voy a relatar aún está en mi poder…»,* yo no tenía idea aún de cómo iba a acabar el relato. Ahora ya lo sé porque todo esto que voy a contar ha ocurrido hace unas horas.

Yo llegué primero al Gijón, lo suficiente como para hacerme con una mesa de ventana que no estuviese reservada a los habituales. Quería asegurarme de que nuestro encuentro tuviese el rincón adecuado dentro de ese escenario tan literario que ella había seleccionado. Pensé que si alguien hubiese querido filmar nuestra charla, ese habría sido el lugar elegido. Una toma desde fuera del café nos habría situado en el contexto urbano de esa tarde de sábado, aromática y primaveral. Tras un *travelling* a la puerta, otra toma nos habría visto desde dentro en un encuadre más cercano, rodeados de otras mesas con otros ocupantes igualmente inmersos en sus pequeñas historias y, por último, un plano próximo se habría encargado de encuadrarnos en la ventana y, a continuación, empezarían los primeros planos.

Ella llegó puntual, como siempre. Estaba mirando hacia la calle cuando irrumpió en mi espacio visual en dirección a la puerta. Caminaba con un paso decidido que movía a un lado y otro un vestido negro muy elegante. Por encima llevaba una chaqueta corta de color hueso. Todo muy clásico para una noche de teatro, de excelente gusto, pero demasiado convencional para una mujer tan extraordinaria. Observé cómo se abría la cortina para dejarle paso. Muchos rostros se volvieron hacia ella. No le hizo falta buscarme con la mirada, lo que confirmaba que me había visto desde fuera. Subió los tres escalones y llegó hasta mí con la misma energía de siempre. Yo me levanté para ofrecerle un sitio frente a mí.

—Lo siento, no puedo quedarme, solo vengo a por el libro.

—Pero el teatro no empieza hasta las ocho y media, ¿no?

—Sí, pero he quedado antes con unos amigos. No puedo quedarme.

Su tono de voz no admitía réplica o negociación. Supuse que sería el mismo con el que trataba a sus subordinados y proveedores. Pero

no me dejé impresionar. Yo sabía bien que ella quería algo. Si le resultaba tan insoportable mi presencia, era que el libro le importaba, y mucho. Y no iba a dárselo tan fácilmente. Al menos sin saber qué estaba pasando.

—He venido desde muy lejos al lugar que usted ha propuesto para la cita. Creo que al menos merezco la cortesía de unos minutos. Seguro que sus amigos la esperarán —dije con el aire de quien tiene la situación dominada.

Carmen se quedó parada. No estaba acostumbrada a que le llevasen la contraria. En sus planes no entraba que yo no quisiera darle el libro a la primera de cambio. El estupor la hizo vulnerable.

—Está bien, me tomaré un té y luego me iré con el libro, señor Almansa.

—Perfecto.

El camarero estaba atento y pronto se llevó la comanda. Mientras, intenté enfocar una estrategia sin lograrlo.

—Ahora, cuénteme qué ha pasado. ¿A qué viene esta actitud? —comencé.

—No sé a qué se refiere —respondió seca.

—Pues justamente a eso, a que me trate como un apestado.

—Simplemente no quiero charlar con usted, ni del pasado, ni del presente, ni del futuro, ya se lo dije —su voz sonaba claramente desabrida.

—Pero sí está interesada en un libro que le habla del pasado, y que además le va a hacer un daño terrible en el presente. Yo no puedo dejar este libro en sus manos sin explicarle antes algunas cosas de él. Me sentiría un irresponsable si lo hiciera.

—Puede ahorrarse todas las explicaciones. Estoy prevenida por su autor —confesó.

—¿Por Andrés?

—En efecto. Andrés al parecer no está haciendo un trabajo de campo en el extranjero, como usted me hizo creer. Está cómodamente instalado con su mujer y sus dos hijos en Cuenca. ¡Qué curioso!, ¿verdad?

—Andrés la ha llamado.

—Es usted un genio. Claro que me ha llamado y me ha dicho tres cosas importantes. La primera, que no haga caso del cuento que aparece en el libro, que la única verdad de lo que pasó es la que se vio en el juzgado. La historia del libro es una fantasía suya y no debo preocuparme ni un segundo por ella. La segunda, que tenga cuidado con usted, piensa que está chiflado, que confunde realidad y literatura y que ese es un tipo de idiota peligroso.

—¿Y la tercera?

—Que me olvide pronto de todo esto.

—Si Andrés no quería que hablásemos, podría haberle enviado él mismo su libro y usted podría haber anulado la cita.

—Supongo que no se le ocurrió lo del libro, y la cita no podía anularla. Me llamó hace solo un rato. Puedo ser antipática, pero aún no le he dado un plantón a nadie en mi vida.

—Bien, dejémoslo. El caso es que su primo se ha saltado un silencio de lustros para ir en su ayuda y todo por nuestra inocente cita. Eso me hace sentir importante o realmente peligroso, como una especie de Aníbal Lecter o un Sacamantecas. No se preocupe, Carmen. Soy inofensivo. O casi. Mire, mientras nos traen el té, le voy a contar la verdad, al menos, mi verdad. Luego le daré el libro y no volveremos a vernos nunca más. ¿Le parece bien?

—Me temo que no tengo más remedio que escucharle, aunque no pienso dar crédito a nada de lo que me diga.

—De acuerdo. Lo entiendo —hice una pausa, me puse cómodo en el asiento y volví a empezar—. Verá, todo empezó cuando yo buscaba un tema para que mis alumnos hicieran un relato como examen final del taller de escritura creativa que llevo en Albalajara. Una tarde, dando una vuelta por el centro me metí en un anticuario, más bien una almoneda, la que hay en la calle Espoz y Mina, Ruipérez, se llama. A lo mejor la conoce. El caso es que allí me encontré con la famosa foto. En seguida pensé que ese era un buen motivo para el trabajo. Pero, sabe usted, mis alumnos son muy puñeteros y quisieron que yo también participase. Digamos que querían ponerme a prueba y yo no podía negarme. Yo tenía el original de la foto y quise hacerles unas copias. Al desmontar el marco para digitalizarla me encontré con el sello del fotógrafo de Villar de la Recia. Y así fue como empezó todo. Sí, porque mi primer y único error fue que me propuse contar la verdadera historia de la foto, no una invención alrededor de ella. Para poder indagar a gusto, me inventé la historia de que había heredado el marco de una tía y que andaba intentando averiguar quiénes eran aquellos chicos. El viejo fotógrafo me creyó y yo empecé a creérmelo un poco también. Así fue como llegué a Casa de la Vega. Pero allí ocurrió algo extraordinario. Su madre casi se desmaya al verme. Durante unos segundos me confundió con Andrés y todo empezó a complicarse más. Quizás por su tendencia a creer en el destino, porque el parecido era importante, o por presentarme yo con la pretensión de ser un familiar, su madre comenzó a creer de verdad que yo podía ser, en efecto, un primo de Andrés. Y, como consecuencia, su madre hizo algo inaudito en ella: me contó la historia de la desgracia. Además, me dio a conocer los apellidos de su padre y los de Andrés. También me contó sus ideas acerca del destino. Recuerdo que lo primero que pensé fue que se trataba de los delirios de una persona mayor que necesitaba encontrar una interpretación del absurdo vital. ¡Qué petulancia la

mía! Pero, antes de despedirme, ocurrió lo mejor. Su madre me enseñó la fotografía de su única y adorada hija, de usted, y fue como si todo lo que había dicho su madre y todo lo que había ocurrido casualmente hasta entonces empezara a tener sentido. Le parecerá una cursilería, pero sentí que toda mi vida había sido un preámbulo a la espera de encontrarme con esos ojos de alta mar que me contemplaban con esa mirada triste y luminosa a la vez. El destino del que hablaba su madre, o que, incluso, era su madre, me había llevado allí para conocerla. Y allí se me empezó a ir de las manos el asunto. Yo ya tenía la historia que necesitaba para escribir el cuento y no había por qué seguir con la farsa. Pero quise seguir adelante por el recuerdo de esos ojos. Y ocurrió la segunda cosa extraordinaria, y fue que llegué a la conclusión de que podía ser cierto, de que probablemente yo podía ser primo de Andrés. De repente la idea del destino de su madre empezó a parecerme todo menos estúpida, y pensé que quizás no era tan disparatado pensar que esa mujer de la fotografía me había estado esperando todo ese tiempo. Nuestro primo Andrés tiene razón, empecé a mezclar literatura y realidad. O mejor, empecé a hacer literatura con la realidad. Pensé que la mejor forma de mantenerme en contacto con usted era hablándole de su primo, encontrándolo para usted. Y así fue como nos vimos la primera vez. Yo tenía miedo de que usted quisiera volver a verle. Parece una idiotez, pero estaba celoso. Por eso me inventé lo de que estaba fuera: no quería que usted hablase con él. Y pasó algo que no estaba previsto: esa noche usted también me contó una versión de la desgracia. Y nuevamente otra sorpresa, porque resultó que no encajaba con la de su madre. Más literatura. Una tentación demasiado poderosa para alguien como yo.

Porque si, de tres versiones posibles, yo tenía dos y no eran ni parecidas, me resultaba imprescindible tener la tercera para contrastarlas todas, la versión de la única persona viva que participó directamente en los hechos. Y estaba a mi alcance. Yo tenía todo lo necesario para localizar a Andrés. Pero antes quise leer su libro. Me parecía una cortesía ineludible. Y lo hice. Y me encontré con el *Romance del jabato* y la tercera versión de la desgracia. ¿Por qué fui a verle a pesar de todo? Se lo diré. Porque, como él le ha dicho, su historia es literatura y yo necesitaba saber si era realidad. Naturalmente él lo negó y llegó a amenazarme con una denuncia si usaba ese cuento como material verdadero para explicar el suceso. Eso me convenció de lo contrario. Yo habría hecho lo mismo. Andrés había sido el héroe oculto de toda esta historia, pero el bienintencionado error de su mujer al enviar sus cuentos a un premio, premio que luego ganó, unido a un estúpido primo tercero que metía las narices donde no debía, podían llegar a descubrir su auténtico papel. Él, como héroe auténtico, habría preferido que le siguieran

considerando un asesino involuntario. El destino seguiría confundiendo a los pobres mortales, como en una tragedia griega. Pobre Andrés. Pobre Carmen. Él nunca la quiso como mujer, pero hizo lo que pocos enamorados habrían hecho: la protegió a usted y a su familia hasta el último momento y en perjuicio suyo. Pensó que dando esa versión del accidente devolvía a su familia todo lo que esta había hecho por él y, además, la dejaba a usted a salvo de su conciencia. Pero lo que no sabía era que usted había visto a alguien esa noche en la terraza. Así que, a pesar de todo, usted acabó purgando sus penas, aunque, como pronto sabrá, las purgó de forma equivocada, porque la realidad fue más terrible aún. La realidad podría haberle hecho aún más daño en ese momento. Y quién sabe si se lo hará ahora. Yo he dudado en venir y también en darle el libro, pero no había otra solución. Cometí un error irresoluble cuando le dije que ya tenía el libro sin saber aún lo que contenía porque, ahora que lo sé, ya es tarde para decirle que no lo tengo. Si no se lo doy, tarde o temprano usted lo va a encontrar. El destino ha seguido jugando con nosotros.

Hice una pausa y tomé el libro en mis manos antes de seguir.

—Así que aquí está. Son cuatro páginas y están marcadas. Yo voy a dar una vuelta a la manzana y volveré en diez minutos. Léalas con tranquilidad. Luego decida si quiere irse o quedarse y terminar esta conversación. Aquí dejo lo suficiente para pagar la consumición.

—No sea idiota.

—Faltaría más.

Le puse el libro delante en la mesa sin darle tiempo a pensar y me levanté. Ya había jugado todas mis cartas. O casi todas. Me quedaba un as en la manga pero, de momento, me parecía inservible. Salí del café mientras la imaginaba comenzando la lectura.

Romance del Jabato

Salen los tres de la casa con el viento del amanecer enredándose en los cañones. Hay sueño en los párpados de los dos muchachos, legañas de estaño que disuelven metiendo la cabeza en el aljibe. Salpicaduras de risa quiebran el silencio y un gallo canta. El hombre no sonríe. El hombre observa con ojos amarillos de lobo escondido.

Entre la jara, el jabato sigue a su hermano, que sigue a su hermana, que sigue a otra hermana que sigue a su madre. Distingue cada uno de sus olores, huele al ciempiés bajo una roca, huele una trufa que crece tierna, y huele el día que se acerca. Él quisiera ver el día, quisiera mirar de frente y sin miedo a los ojos de la mañana. Pero sigue a su hermano, que sigue a su hermana… Sus patas son

invisibles, el ruido como una cascada.

Los tres viajan en coche de cazador, el hombre delante, los muchachos detrás, cara a cara. Los cañones descansan en el suelo sobre mantas y cananas. Ellos ríen y cuentan historias de otros días de cañones donde regalaron muerte. Pero el hombre no habla. El hombre conduce mudo y frío como una serpiente.

Entre los chopos, el jabato huele el agua y la bebe y la muerde y la aplasta con su cuerpo duro de piedra labrada. Hace de ella toalla de barro fresco que le descansa. Y resopla y gruñe y se olvida un momento de la mañana. Pero el momento pasa y pronto sigue a su hermano, que sigue a su hermana. Ya es un jabato grande y piensa en buscar su propia cama. Entonces podrá mirar cuanto quiera a los ojos de la mañana.

Los tres apresuran el paso frente al fulgor que asoma en la sierra cercana. Ya no ríen los muchachos por no despertar al monte. El hombre camina delante acunando la muerte sobre su espalda. Nadie puede ver en sus ojos el alacrán negro que le muerde las entrañas.

Entre los juncos oscuros, el jabato descansa y sueña que la mañana llega y le enreda caricias en sus colmillos de punta blanca. Pero es un sueño de aire que se le deshace entre las patas porque un hermano se mueve y gruñe una hermana. Y él quisiera salir de las cañas, correr más veloz que nadie y subir a la tierra más alta y allí pararse para ver si su sueño tiene cara.

Los tres en sus puestos se ocultan entre las ramas. Tú a ese, bajo la encina grande, tú a aquel, tras de la valla. No habléis, no riais y cuando lo tengáis cerca, disparad una vez. Guardad el segundo por si os hace falta. Eso dice el hombre con voz de espinas mientras alimenta los cañones con cartuchos de odio y postas como lunas negras.

Entre los juncos oscuros la mañana se inquieta. Primero un murmullo, luego un alboroto de voces y hienas. La madre gruñe, los hermanos despiertan. Un olor se filtra entreverado de perros y ropa vieja. La madre enloquece con el recuerdo de otras mañanas de sangre y de muerte. Y escapan por donde el monte se cierra y los caminos se pierden.

Los tres en sus puestos se ocultan entre las ramas, pero uno se aburre y deja la valla. «Hola, primo, déjame sitio, que el rocío me empapa». «Siéntate a mi lado y calla, que a lo lejos siento ya la jauría que llama». Juntos esperan los dos pero solo uno lleva la muerte en el alma.

Entre las jaras el jabato se lanza. Su madre baja hacia el río, buscando el refugio del agua donde el perro se ofusca y el hombre no pasa. Pero el jabato ya está oliendo la mañana. Entre las colinas hay un resplandor que lo reclama, querría asomarse, mirarlo a la cara. Y sin pensarlo deja a su hermano y sube hacia la luz lejana.

Esto era la mañana, piensa al llegar arriba y admira la luz, la dehesa y las lejanas cumbres que secan al sol sus sábanas. Pero el ruido está cerca, y el aire huele a animales con sangre en la boca. El jabato no tiene miedo, él sabe por dónde escapar y siente fuertes sus patas. Y corre y vuela sobre las jaras y atraviesa cercas y rompe ramas. Y mientras corre mira de frente a la mañana y deja que se le enrede en sus colmillos de punta blanca.

Los tres se preparan, hay un temblor que se siente en las botas. Y de pronto el jabato aparece como granito que se abalanza. Y los cañones hablan. Primero uno le muerde las patas, luego otro le hiere en el alma. El jabato salta y mira de cerca la cara de la mañana. Y cae, y no encuentra fuerzas para adentrarse en la jara.

Otro cañón de nuevo habla, pero no busca su cuerpo de piedra que sangra. Gritos arranca bajo la encina cercana. Y el hombre deja su puesto y hacia allá se dirige con otro cañón en los ojos y en la boca atroces palabras. Esto, sobrino, por deshonrar mi casa, que anoche te vi robando a mi hija en la terraza. A mí que te quise, a mí que te puse cama, a mí que te di la llave de mis estancias. Muere ahora por no respetar ni a Dios ni a nada.

Mas cuando llega, el horror lo enmudece. No es su sobrino quien se retuerce, sino el hijo de sus entrañas. Hilos de sangre le surcan la cara y un temblor de muerte recorre su estampa. «Hijo, tú no. Tú en la valla estabas. Vuelve, hijo, que si te vas, te llevas mi alma». Ya el muchacho se aquieta, ya su cuerpo descansa.

El padre se vence y llora y abraza el cuerpo inerte del hijo que era del alma. El sobrino lo mira. Tiene fuego en una pierna y en un brazo una brasa. Pero calla y se levanta. El hombre ya no lleva odio en sus manos, ahora solo hay cartuchos de vacío y postas de nada. Ya se incorpora y busca su cañón y nuevamente lo carga. El sobrino quiere correr, pero la pierna al suelo lo ata. Mas el hombre sin voz, sin ojos, sin esperanza, apunta el arma a su garganta. «Espera tío, que aún vive». Grita el muchacho. El hombre se detiene. «Tendeos, escuchad su corazón, creo que aún aguanta». El hombre se agacha y el muchacho el arma le arrebata.

«Tío de mi alma, como un padre yo te amaba. Lo que viste anoche no fue deshonra, que tu hija sigue blanca. Allí me llevó con engaños de niña enamorada, pero yo no quise amarla, porque para mí es hermana. Todo te debo y ahora es tiempo de paga. Escúchame que esto diremos. El animal herido cayó ante esta encina pero moviéndose aún estaba. Tú gritaste: "¡No os mováis, que aún mata!". Mas yo corro ya desde la valla. Al oír tu grito me asusto, caigo y de mi mano vuela el arma que se golpea, que truena y que a mi primo arrebata». El hombre, sin voz, sin ojos, sin esperanza, calla y se sienta. En las manos hunde su cara y por las lágrimas deja escurrir su alma.

Muchacho y jabato marchan juntos esa mañana.

Salí del café sumamente excitado. Quizás eso me produjo una extraña sensación mientras me cruzaba despacio con otros caminantes. Era como si al poner mi mirada sobre ellos pudiera conocer en una sola idea concentrada, una ráfaga, cómo era su vida, cuál era su historia, sus inquietudes, su destino. Me crucé con una pareja y percibí cómo era su relación, no solamente a grandes rasgos, no. Era como si recibiera un botón de helecho al que basta mirar con una lupa para reconocer todos los detalles, todas las hojas que va a desarrollar. Luego tropecé con un anciano y más adelante con una familia. Y en todos ellos capté una sensación diferente que definía toda su vida. Pero eso no me hacía sentir poderoso, en absoluto. Me hacía sentir más humano, más unido a ellos, más comprensivo de lo que había sido nunca con mis semejantes. Una extraña sensación que nunca se ha repetido. Y seguramente por ella decidí que mi último triunfo se quedaría para siempre en mi manga. ¿Qué podía suponer para Carmen y Andrés el saber que doña Rosa había escrito las cartas en las que mutuamente se pedían un alejamiento para siempre? Nada, aparte de más dolor. Doña Rosa les daba clases todos los veranos, tenía sus cuadernos. Para ella era fácil imitar su letra. Bastaba calcarla. Por eso a Carmen le pareció tan fría la misiva de Andrés. Estaba escrita con palabras sueltas y sin sentimiento. Yo sabía todo eso, como sabía que esa chica triste y delgada con la que me cruzaba en la calle Almirante viviría poco tiempo, pero no me servía de nada. La verdad ante todo, le había dicho a mi primo en nuestro duelo verbal. No era cierto. Mi provisional clarividencia estaba retorciéndome el corazón. De repente tenía miedo de mirar a quienes se cruzaban conmigo.

Poco a poco, el recorrido circular de mis pasos me llevó de nuevo al Gijón. Habían pasado quince minutos. Ni siquiera me haría falta entrar para saber si ella se había ido: miraría por la ventana. Y me pregunté qué era lo que quería yo realmente. Me habría gustado usar ese poder conmigo mismo. Mirarme en el cristal ahumado del banco por el que pasaba y descubrir el sentido de mi vida. Saber si era una vida larga y tranquila con Dora y una pareja de mocosos, o una vida impredecible alrededor de Carmen, doña Rosa, Andrés y Casa de la Vega. El nuevo Luis había desaparecido. El viejo también. Volvía a ser el único Luis después de unos días de estar ausente.

DOS

Cuando entré en el aula mis tres alumnos estaban ya esperándome. Nada más pasar por la puerta pude percibir que había una gran tensión en el ambiente: la rigidez de las espaldas, la sonrisa nerviosa, las manos en posturas poco naturales. Comprendí entonces que el momento era más solemne de lo que yo mismo había previsto, y eso me gustó. Trataría de estar a la altura de ese reto, me dije a mí mismo. Comencé por una introducción general.

—En primer lugar quiero decirles que me han dado una gran lección. Es cierto. Y no lo digo para que luego ustedes sean benévolos con mi escrito. Yo tengo ya formada mi propia opinión al respecto y seguramente sea más dura que la suya. No. Lo digo con total sinceridad. Ya saben que yo no veo esto de la escritura como una forma de exploración o un camino de perfección interior. No soy ningún terapeuta sabihondo que quiera enriquecerse reconfortando el ego de ociosos cargados con terribles problemas inexistentes. Mi objetivo ha sido enseñarles a escribir y abrirles caminos para hacerlo. Y como soy exigente, lo que quería comprobar con la prueba final era que ustedes son capaces de escribir algo decente. Incluso bueno. Me importaba y me importa un rábano si eso les hace más felices o consigue que ustedes mejoren el conocimiento de su interior. Al contrario, como les decía en la primera clase, si para conseguir que ustedes hayan escrito algo bueno he tenido que hacerlo a costa de que hoy estén un poco más desequilibrados que cuando empezaron este curso, lo doy por bueno. Quizás por eso hemos llegado al final menos de un tercio de los que comenzamos, pero también posiblemente, eso haya sido bueno para ustedes en muchos sentidos. Primero, porque les ha permitido tener un contacto más directo con su profesor. Segundo, porque han podido sentir en su propia piel la singularidad que supone sentirse dotado para la escritura. Y, sin duda también, para que el nivel medio de la clase haya subido por encima de lo normal.

Pues bien, como les decía, no sé ni me importa, si son ustedes mejores o peores personas que hace seis meses, pero he comprobado que han trabajado casi todos muy en serio y que han escrito obras muy dignas. En definitiva, que han llegado mucho más allá de lo que yo esperaba de ustedes. Eso me llena de optimismo acerca del género humano en general y de la utilidad de un curso como este en particular. ¿Por qué no me lo esperaba de ustedes? Se preguntarán. Quizás porque no he sabido calibrar la diferencia entre lo que damos la impresión de ser y lo que somos de verdad. Ustedes me han enseñado que las impresiones engañan y que una gran capacidad de

fabulación puede quedar oculta por una forma de ser o de expresarse, que puede no ajustarse a la idea que tenemos de un literato. Es una lección que no olvidaré nunca.

Luego pasé a comentar las obras una por una. A Molina le pregunté primero si era o había sido lector habitual de novela negra. Por supuesto que ambos lo sabíamos. Me siguió el juego contestándome que sí.

—Pues veo que su lectura le ha aprovechado bastante. Ha imitado muy bien el estilo y créame que no es fácil.

Después me interesé por el hecho de que hubiera decidido llevarse el relato a Estados Unidos.

—Seguramente ha sido porque el viaje más excitante de mi vida lo hice por California en los años ochenta y tenía ganas de recrear todo aquello —reconoció.

—Pero la foto no nos lleva precisamente a aquellas tierras —le contesté.

—Bueno, preferí centrarme en los personajes, más que en el decorado. Aunque como usted dice en su relato, el atuendo de los personajes tiene muchas influencias norteamericanas. Perdón, estadounidenses.

—No pida perdón, Molina. En este caso está bien usada la palabra. Me parece muy bien que se haya tomado esa libertad. No pretendía que la foto fuera un corsé que nos llevara de cabeza al naturalismo y me alegra que lo haya entendido así.

—¿Le gusta el relato entonces? —preguntó Molina dejando traslucir, por primera vez en clase, una cierta emoción.

—Por supuesto. Estilísticamente tiene unidad, y la escritura es consecuente con la narración. Podríamos denominarlo estereotipado, pero eso es lo que tienen los géneros. El ritmo es intenso, como corresponde a una narración breve, cosa habitual en estas novelas, que muchas veces se publicaban por capítulos o en revistas especializadas, y hay elipsis temporales adecuadas. En cuando al argumento, le he dado muchas vueltas y creo que no tengo ninguna objeción seria, y eso es importantísimo en un relato policíaco. Es verosímil y me gusta esa sensación de *fatum* que desprende y que es propia de los grandes del género. Los acontecimientos se van enlazando y el personaje principal parece tener solamente una salida en cada situación límite. A pesar de su inteligencia, en el fondo es preso del destino. En fin, que lo felicito. Aquí tiene un informe completo sobre su obra con estos y otros comentarios. Lamento no poder leerlos todos porque solamente tenemos media hora por delante.

Tras entregarle el informe, me decidí a pasar el mal trago de María Ballester.

—Bien, Ballester. Ha llegado su turno y usted sabe en su fuero interno que me ha decepcionado.

—Pues yo creo que he hecho un buen trabajo profesor —me respondió con gesto de contrariedad.

—Me ha entregado la sinopsis de una novela.

—Por supuesto. No pensará que en estas pocas semanas podría traerle una novela entera.

—Pero usted sabe que yo les pedí un relato.

—Pues sí, y yo le he presentado un relato que me ha llevado mucho esfuerzo. No entiendo por qué el ingeniero puede llevarse a California una foto que parece hecha en Villacabras de Abajo y yo no puedo presentarle una sinopsis. Es más, me gustaría saber lo que piensa de ella, ya que es el profesor.

—No querría. La verdad es que preferiría no hacerlo, puesto que lo que usted me ha entregado no se ajusta a lo que les pedí. De hecho, ni siquiera he elaborado el informe. Pero si de verdad quiere que lo haga…

—Por favor —insistió Ballester y me di cuenta de que su tono ligeramente nasal había desaparecido por completo con el enfado y se expresaba como realmente era.

—Pues bien. Le diré que no me ha gustado, pero que tampoco me ha sorprendido. Supongo que su forma de entender la literatura tiene que ver con lo que se ha dado en llamar *best-sellers.* ¿Es usted lectora de *best-sellers,* Ballester?

—Me gustan las novelas de sentimientos apasionados y vidas extraordinarias, si a eso es a lo que se refiere. La mayoría de las novelas que usted ha citado durante el curso me parecen un tostón. Y no debo de ser la única, porque la mayoría de ellas no las he encontrado en las librerías.

—Entonces he de decir que lo que nos ha entregado es muy coherente con su forma de pensar. Es un argumento folletinesco, digno de alguna famosa autora anglosajona y plagado de los tópicos del género.

—Pero usted acaba de defender que Molina escribiera conforme a los tópicos del género negro.

—Eh… —dudé, Ballester era siempre un duro contendiente—. Sí. Tiene razón. Digamos que es inevitable que cada persona prefiera unos géneros a otros y, para mí, la novela negra, aunque no sea mi género favorito, está bastante por encima del novelón de amor y lujo.

—Pues me parece a mí que esas novelas que a usted no le gustan son las más vendidas del mundo y no me extraña. Para mí son mucho más interesantes que esos rollos de perdedores y desencantados que usted nos recomienda a cada momento. Y si me permite decirle algo acerca de su relato…

—Un momento, Ballester —la corté para que no manejara el guión de la clase—. Si no le importa, dejaremos eso para el último punto del orden del día. Hoy la prioridad es hablar de sus trabajos. El mío es accesorio. Y créame que entiendo su punto de vista, pero lo que no puedo es retorcer mis criterios para decirle que lo que ha hecho me encanta. Simplemente reconozco que es muy coherente con los suyos, aunque debe saber que las modas de los *best-sellers* van variando. Ahora se llevan más las historias de abogados y de médicos. Pero admito que son ciclos. En fin, si puede, desarrolle ese argumento y llévelo a alguna editorial. Quizás tenga suerte.

Terminé mis comentarios con Vanesa Vargas.

—Vargas, la verdad es que usted me ha sorprendido aún más que Molina. Que un ingeniero se incline por la novela negra, un subgénero de lo policíaco, entra dentro de lo posible, e incluso de lo probable, pero que a una mujer de ideología feminista militante, si usted me lo permite, le dé por escribir una especie de cuento de hadas con trasfondo de bailarinas de *ballet*, eso me ha descolocado por completo. ¿Estudió usted *ballet* en su infancia?

—Sí, lo hice. Pero lo dejé con quince años, cuando estaba claro que mi figura no se ajustaba a los cánones estéticos impuestos por el machismo dominante —respondió siguiendo su habitual guión, pero con un tono de satisfacción completamente nuevo en ella.

—Estoy de acuerdo, y eso explica muchas cosas, pero ahora mejor centrémonos en su obra. ¿Hay entonces algo de autobiográfico en su relato?

—Quizás. Usted nos ha dicho muchas veces que no podemos escribir nada que no esté previamente dentro de nosotros mismos.

—Buena evasiva. En cualquier caso, como varón, siento un poco de pena por la moraleja que hay en su relato pero, al mismo tiempo, me alegro de ello, porque si hubiera terminado en boda quizás se habría convertido en algo insoportablemente cursi, un poco en la línea de los gustos de Ballester. Y discúlpeme —le dije a esta—. Lo siento. No quería volver al tema. Creo, Vargas, que ha hecho usted muy bien en situar la historia en ninguna parte, tomándose aún más libertad que Molina con respecto a la fotografía. En cuanto al elemento fantástico, me parece bien traído, dado que sirve para hacer que pensemos en cómo tratamos a las personas diferentes, aunque sea por atributos que algunos considerarían positivos, como la estatura. Estilísticamente me parece correcto y hay una buena selección de los momentos importantes de la historia para desarrollarlos un poco más, pero no tanto como para, digamos, *anovelar* el cuento, si me permiten el neologismo. También la felicito. Creo que podría enviar su historia a alguna editorial especializada en género infantil juvenil y esto que le digo no es ningún desdoro. Aquí tiene su informe.

Los rostros de Vargas y Molina, aunque satisfechos, todavía reflejaban una cierta tensión, pero la funcionaria no se olvidó de otra cosa.

—¿Leyó el relato de Marcela?

Estaba esperando su pregunta.

—Lo he leído y me ha parecido magnífico. Usted tenía razón. Tanto es así que lo que he hecho ha sido enviárselo a un conocido de una buena editorial, pequeña pero prestigiosa, Ediciones de La Discreta, y me han contestado inmediatamente que están dispuestos a publicarla. Me acaba de llegar su correo. Así que, en cuanto termine, voy a llamar a Marcela para darle la buena noticia. No se lo va a creer.

Vargas palideció.

—Verá, profesor, ha habido una confusión. Resulta que no es de Marcela.

—¿Cómo que no es de Marcela? ¿Es suyo el relato? —dije con cierto tono de burla.

—Mío, tampoco.

—Pues espero que me lo aclare. Especialmente, cómo es posible que alguien que no ha pasado por esta clase introduzca la fotografía del ejercicio en su obra.

—Lo hice yo. Estuve leyendo algunas obras de las que se presentaron al concurso de novela de la Diputación, el que se suspendió. Supongo que buscaba compararme y también alguna posible inspiración. La idea se me ocurrió de repente mientras leía esa novela y no tenía ninguna intención concreta. Solamente ver qué pasaba si la retocaba y la presentaba en nombre de otro.

Su confesión era grave. La tenía contra las cuerdas. Habría podido machacarla, hacerla llorar o provocarla para que saliera dando un portazo, seguramente esto último, conociéndola. Y, sin embargo, dejé que se escapara. Yo mismo me sorprendí. Supongo que había empezado a apreciar a esa tremenda mujer, primero por su infancia, después por esa historia tan naif y simbólica que había escrito. Y ahora también por esa confesión, ese error, que le proporcionaba dimensiones humanas y no solo ideológicas. Me alejé de ella dos pasos y me senté en una mesa de billar para cambiar de tercio ante el desconcierto de Vargas y sus compañeros.

—En cuanto a la publicación en *Conexiones,* tengo una buena noticia que darles. Le he comentado al director que tenía dos relatos muy distintos y de buena calidad y ha aceptado mi idea de publicarlos en dos números consecutivos. Así que, enhorabuena a ambos.

No pude dejar de observar el gesto de fastidio de Ballester, ni que detrás de él surgía otro de férrea determinación.

Y por último, puse la mecha a la traca final.

—Bien. Nos quedan diez minutos que, si lo desean, pueden dedicar a comentar mi relato. ¿Alguien quiere empezar? Ballester: usted ya tenía alguna idea al respecto, según me pareció antes.

—Desde luego —dijo rápida—. Pues lo primero que quiero decirle es que mi historia y la suya se parecen mucho, aunque usted no quiera reconocerlo.

—Díganos en qué se parecen, si puede saberse —le pregunté sorprendido.

—En primer lugar, en que son dos hermanos y un tercero que no es de la familia. Los dos hermanos son ricos y el tercero es pobre.

—Visto así, tiene razón. Pero le recuerdo que en su caso el tercero ambiciona lo que no tiene y en el mío no es así.

—Eso no es cierto —insistió Ballester—. Luis ambiciona la cultura y el estilo que no puede tener por que pertenece a otra clase social.

—Por tanto, admite que mi personaje tiene ambición intelectual y el suyo ambición materialista o al menos clasista, en el sentido de subir de clase social. Por ejemplo, Vargas, dígame entonces si mi relato le parece igual que el de Ballester. Usted debería ser neutral.

Vargas aún estaba aturdida por el episodio anterior y tardó en reaccionar.

—Díganos, Vargas.

—Que se parecen en el planteamiento, sobre eso no hay duda. En cuanto a la trama, se diferencian completamente. Pero, ya que me pregunta, y si María ha terminado, a mí me gustaría decirle, profesor, que su relato me ha gustado pero su personaje me parece un impresentable, un machista, un cobarde, un envidioso…

—En suma, ¿un ser humano?

—Sí, un ser humano, desde luego. Pero usted nos ha dicho en este taller que es bueno tener un protagonista con el que el lector pueda identificarse si queremos engancharle.

—¿Yo he dicho eso? Bien. Es cierto que si conseguimos esa identificación se lo ponemos más fácil al lector, pero el mundo de la literatura está repleto de personajes con los que es difícil identificarse. Por ejemplo, los de Kafka, Beckett, Lowry… cientos.

—Yo estoy de acuerdo con Vanesa —aprovechó Ballester—. Su personaje central es odioso. Mediocre y sin clase. Y además, me fastidia que esta historia no termine. Uno no se lee ciento veinte páginas para descubrir que la trama acaba un segundo antes del desenlace. Es de muy mal estilo, si me lo permite.

—También puedo citarle veinte grandes obras —repliqué— que dejan el desenlace en el aire. Por ejemplo *Si una noche de invierno un viajero,* de Calvino. Cinco o seis historias sin final y con un mismo

principio. Maravilloso libro. Si quieren que les diga la verdad, el no precisar el final de la historia ha sido una maniobra un tanto premeditada con vistas a la clase de hoy. Quería que tocasen el tema. ¿Y usted que opina, Molina? Le veo muy callado.

—Simplemente esperaba mi turno. A mí no me molesta que no haya puesto un final convencional a su historia. Pero antes debo decir que usted nunca ha afirmado en clase que fuera importante que el lector se identifique con el protagonista. Al menos, yo no lo he oído. Sí dijo que era importante que pudiésemos comprenderle, meternos dentro de él, aunque no se pareciera en nada a nosotros. Eso es bastante diferente a identificarse con él. Recuerdo que citó los ejemplos de *Trilogía de Nueva York,* de Auster y *A sangre fría,* de Capote, donde en la segunda parte casi se llega a sentir pena de aquellos brutales asesinos.

—Me alegro por una vez de que tenga tan buena memoria, Molina.

—Sobre todo cuando se trata de socorrer a un compañero de género —apostilló por lo bajo Vargas, que empezaba a recuperarse.

—Pero también tengo una crítica que hacerle —prosiguió Molina ignorando el comentario de su compañera.

—Adelante.

—Me parece que no ha jugado limpio al ocultarnos que detrás de la foto figuraba la dirección del laboratorio y la fecha.

—Eso también lo he pensado yo —se adhirió inmediatamente Ballester—. Nos ha hecho jugar en inferioridad de condiciones.

—Yo pienso lo mismo. Me he sentido un poco engañada —se sumó Vargas.

—Veo que hay unanimidad en este asunto y eso me llena de satisfacción —me ufané.

—Pues no veo por qué —respondió Ballester.

—Pues porque, al parecer, he conseguido que lleguen a creer que la historia que cuento ha sucedido en la realidad. Señores, ¿de verdad creen que he viajado a Villar de la Recia buscando al fotógrafo, que he descubierto Casa de la Vega y me he entrometido en la vida de sus habitantes? ¿Creen que he intentado atropellar a un primo tercero por unos delirantes celos? ¿Que tengo una novia adicta al sexo, a infectos programas de televisión y a los videojuegos? ¿Piensan que he escrito la verdadera historia que hay detrás de la fotografía? ¿Es eso lo que piensan? Si es así, me alegro infinitamente. No por lo que piensan de mi persona, claro está, sino porque mi historia ha cumplido su función a la perfección.

—No quería decir eso —se defendió Molina que acababa de comprender que había caído en mi trampa.

—Pues lo parece. Parece que al no incluir la trasera de la foto les

he hurtado la posibilidad de contar esta historia, y por tanto que la consideran, digamos, la verdadera historia de la foto, como pretendía mi protagonista. ¿No es un poco así, Molina?

—Bueno. Quizás sí —admitió el ingeniero, en el fondo honesto con la razón.

—Permítanme que les enseñe una cosa.

Con solemnidad abrí mi cartera, extraje la famosa foto y la mostré por delante y por detrás. Por ningún sitio aparecía el sello del laboratorio Martínez Brieva. Hubo cierto estupor en sus caras. Si hubiesen sido niños frente al truco de un mago habrían aplaudido. Pero no eran niños y mi capacidad de prestidigitación les había fastidiado una venganza que llevaban esperando mucho tiempo. Así que permanecieron mudos, salvo por sus expresiones, que lo decían todo. Se habían ensañado a fondo con el protagonista, pensando que hablaban de mí, y con lo que consideraban el punto flaco de mi relato, que no era el relato en sí, sino su génesis. Creían tenerme acorralado pero, en el último movimiento, se habían encontrado con un inesperado jaque mate. Quizás algún día algún alumno podrá cazarme, pero yo haré lo posible para que no vuelva a presentarse la ocasión. Para mí esto de los talleres de escritura creativa, literarios o como quieran llamarlos, se ha terminado para siempre. Ha sido una experiencia terrible aunque, al final, no pueda quejarme.

Epílogo a las 23:30 horas

Pensé que tras mi arrolladora victoria final sobre los alumnos, mi relación con el taller había terminado para siempre. Pero, hace unas horas, ha ocurrido algo que cambiará mi vida y que, como se dice en el prólogo, me ha obligado a escribir estas líneas de forma apresurada.

Ballester ha venido hoy a verme, sin avisar, como siempre. Le han debido de dar mi dirección en el instituto y se ha presentado en mi apartamento a las cinco de la tarde. Afortunadamente, la asistenta había pasado esta misma mañana y apenas he tenido que apartar una torre de libros del sillón para que pudiera sentarse. No tuvo tanta suerte con su petición de un té con limón. Lo más que he podido ofrecerle ha sido la solitaria cerveza que habitaba la nevera desértica y que ha rechazado con un gesto que venía a decir que no se esperaba otra cosa de mí. Ante tan escasas atenciones, tan distintas de las que ella me había procurado e incluso insinuado en mi visita a su casa, Ballester ha ido directa al asunto.

—Pues verá, profesor, ha ocurrido algo increíble con mi novela —me ha dicho llevando su tono nasal al máximo esplendor.

—Su resumen —he precisado.

—Pues no, señor Almansa. Como lo llaman es *proposal.* Me he enterado hace muy poco. El caso es que al darme cuenta de que mi historia y la suya eran parecidas y, desde mi punto de vista, la mía mucho más entretenida, y a pesar de su crítica destructiva, pues me animé bastante y empecé a pensar que se podía enviar a algún editor. ¿Pero cómo llegar a un editor? Entonces me acordé también de ese experimento que demuestra que solamente te separan cinco o seis, no recuerdo bien, eslabones para llegar a cualquier persona del mundo. Así que le dije a Toño, mi marido: «Tú, que estás tan bien conectado, ¿por qué no me buscas un editor?». Y dicho y hecho. A la semana estábamos cenando con uno bastante conocido al que una de las empresas de Toño le está haciendo un chalé. Ahí fue donde me enteré de que se llama *proposal.* Lo bueno que tiene el *proposal* es que te lo puedes leer sobre la marcha. El editor, que era una persona con mucha clase, se lo leyó durante los postres y me dijo que le gustaba mucho y que se lo pasaría a la persona de su editorial que llevaba la colección de *best-sellers.*

—No diría *best-sellers* —la he interrumpido.

—La verdad es que no. Pero ahora no recuerdo exactamente cómo los llamó, aunque desde luego sonaba mejor que *best-sellers.* El caso es

que esto pasó en el mes de julio y esta mañana me han llamado de la editorial y prepárese: ¡Van a publicar la novela! —ha gritado para mi desesperación—. No solo eso. La van a lanzar primero en inglés y luego en español. Me han buscado hasta un seudónimo: Dolores Barber. Dicen que es perfecto porque suena bien en los dos idiomas. Y además me van a dar un anticipo de sesenta mil euros. ¿Qué le parece?

Yo me he quedado completamente anonadado. No podría decir si he sentido furia, envidia, alegría o todo a la vez. He tratado, eso sí, de mantener el dominio de mí mismo.

—Me parece fantástico, Ballester. Qué quiere que le diga. Me alegro mucho por usted —he mentido lo mejor que he podido.

—Y por usted, profesor, porque tengo que proponerle un trato, con la condición de que no me vuelva a llamar Ballester. Me hace usted sentir en el colegio.

—¿Y cómo quiere que la llame?: ¿María?, ¿Dolores?

—Me llamo María Dolores, pero no sé si me voy a acostumbrar a que me llamen Dolores. Por el momento, prefiero María.

—De acuerdo, María.

—Pues el asunto que te quiero proponer es que corrijas mi novela antes de pasársela al editor. Mi marido, que es un hombre de negocios, nunca le dijo al editor que la novela no estaba escrita del todo, así que tenemos poco tiempo. Les he dicho que terminaría de corregirla en noviembre. Aquí te he traído el primer capítulo.

María ha sacado una carpeta de su bolso y me la ha entregado.

—Pero si aquí solamente hay tres folios —he dicho, extrañado—. Si yo recuerdo bien, tu sinopsis daba como para veinticinco capítulos y un *best-seller* no puede bajar de quinientas páginas impresas.

—Bueno. Pues por eso te necesito. Yo te iré pasando los capítulos y tú los irás corrigiendo y ampliando. Yo iré cogiendo soltura con el tiempo, pero ahora necesito toda la ayuda que puedas darme. Siempre que me prometas que no vas cambiarme el argumento.

—Si aceptara, cosa que no he decidido aún, sería justamente con esa condición. La novela sería tuya, no mía.

—¿Por qué lo dudas? Estoy dispuesta a pagarte todo el dinero del anticipo. Después de todo, a mí no me hace falta. Mi marido está totalmente de acuerdo. Siempre dice que para que un negocio funcione hay que sembrar antes de recoger. ¿Qué me respondes, Luis?

—El caso es que va a llevarme un montón de trabajo. Tendré que dedicarme en cuerpo y alma a tu novela todas las tardes y las noches. Y también tú tendrás que trabajar duro.

—No te preocupes por mí. Cuando me propongo algo…

—Lo sé, lo sé. Pero antes de que te responda, dime una cosa que me inquieta: ¿cómo has conseguido que te compren la novela si no

han leído nada tuyo más que el *proposal* o como se llame?

—Bueno —ha dudado solo unos instantes—, si vamos a ser socios, no podemos tener ningún secreto. Digamos que los cuentos de mis compañeros y algunos trozos de tu relato me ayudaron bastante.

Su respuesta me ha dejado sin habla. La confesión de algo tan grave ha sido capaz de mantener callada a María por un rato. Me he levantado y he mirado un rato por la ventana. María es bastante desconsiderada, pero no tanto como para no entender que con ese gesto estaba pidiendo tiempo. Se trataba nada menos que de decidir mi futuro. Lo que se ve al otro lado no tiene el menor interés: un anodino patio de vecindad. Un paisaje muy diferente de aquel que doña Rosa contempla cada día a través del ventanal de Casa de la Vega —cuyo auténtico nombre y ubicación no voy a desvelar—, mientras conjura sus recuerdos más felices. Y eso es justamente lo que he visto: la mediocridad de mi propia vida. Una pequeña y chata capital de provincia, un trabajo que detesto, mi apartamento de alquiler decorado en sueco, mi calva incipiente y mi barriga rampante. También he pensado en Dora, que en la vida real se llama Henar y a la que sigo saludando educadamente cuando le dejo mi ropa sucia en la tintorería para la que trabaja. No ha vuelto a llamarme, como yo tampoco la he llamado a ella. Y en Carmen, naturalmente. En esa Carmen que esa tarde, cuando retorné al Gijón, se había marchado dejándome una nota ambigua: *«Lo siento, pero me están esperando. Quizás otro día».* Y en lo fácil que es hacer desaparecer la tinta de un sello de caucho en una fotografía por el procedimiento de digitalizar la imagen, retocarla en el ordenador y pegar el resultado una vez impreso sobre la trasera de la copia. Pero, sobre todo, he pensado un buen rato en las palabras de doña Rosa acerca del destino. La vieja dama diría que la oferta de María Ballester, el más torpe, pero más voluntarioso, hábil y ambicioso de todos mis alumnos, forma parte de una especie de plan misterioso. Lo que me ha propuesto es lo más humillante que pueden ofrecerle al director de un taller literario pero, si todo va bien, me he dicho, y no tiene por qué ir mal, desde este preciso momento mi suerte va a cambiar. Porque Ballester es completamente inútil como escritora y, en contra de lo que ella piensa, lo seguirá siendo por muchos años que pasen. Y yo seguiré siéndole útil. Más que útil, imprescindible. Más imprescindible cada año porque yo conoceré su secreto y eso me hará fuerte. Ha engañado a su editor y tendrá que seguir haciéndolo. Y los anticipos serán cada vez más sustanciosos. Y gracias a ellos podré alejarme de la mediocridad y acercarme al nivel de Carmen. Pero, al mismo tiempo, me digo ahora, convertirme en escritor a sueldo me puede hacer perder lo único que Carmen había admirado en mí. Tendré que pensar en cómo solucionar eso. Supongo que mi nueva profesión me dejará

algún tiempo para mis propias obras. Y no es menos cierto que un día, no muy lejano, Casa de la Vega saldrá a la venta y yo sabré cómo enterarme.

Naturalmente, he aceptado. Hace unas horas que he visto desaparecer la perfecta figura de Ballester por la puerta y aún tengo la sensación de que, a pesar de su carísimo perfume, el apartamento ha quedado impregnado de un empalagoso olor a azufre.

NOTAS AÑADIDAS CON POSTERIORIDAD POR EL AUTOR

Programa de actos de la Semana Negra de Gijón

A las siete de la tarde, mesa redonda sobre «Las claves del fracaso en el escritor de novela negra». Intervienen tres escritores en busca de editor, Angustias Cerecedo, Dimas Calvete y Manuel Molina. Modera, Paco Ignacio Taibo Dos.

Qué Leer Hoy

Entre la moraleja y el caos

El delito de la lluvia, *Paloma González Rubio. Ediciones de La Discreta. Tras años detrás de las bambalinas pero sin dejar de trabajar, González Rubio nos sorprendió con* Epitafio *(2010) y vuelve ahora en toda su madurez como escritora con otra espléndida novela corta…*

Albalajara Digital

Vanesa Vargas: «Crearemos un premio literario para mujeres albalajareñas»

La nueva concejala de Cultura de Albalajara ha anunciado que nuestro municipio será el primero del país que contará con un premio literario solo para mujeres. Vanesa Vargas, que hace unos años fue finalista del premio de Narrativa Breve de…

Transcripción de la entrevista con la famosa autora Dolores Barber en el programa televisivo ‘Super gente en super verano’

—¿Y te lleva mucho tiempo ser tan activa en redes sociales, mantener tu blog, y responder personalmente por *e-mail* a tus miles de fans, como se comenta que haces?

—La verdad es que sí, que lleva mucho tiempo, pero merece la pena.

—¿Nadie la ayuda en esa tarea?

—En absoluto. Todo lo hago yo misma, personalmente.

Agradecimientos

Con enorme agradecimiento a mi editora, Paloma González Rubio, sin la cual esta novela sería mucho peor, y a mis lectores Ginebra, Juan B., Carmen Daza Márquez y Pilar R. Todos ellos pusieron luz donde había tinieblas.



David Torrejón (Madrid, 1958) es periodista, publicitario y escritor, aunque intenta, dice, ser solo una cosa a la vez para no liarse. De sus tres ocupaciones es la literaria la primera y más querida de sus vocaciones. Cuentos dispersos por diversas revistas y una recopilación de historias de un insólito detective, *Cinco casos y un diálogo con Artero* (PPSA, 1987) fueron sus primeras publicaciones. Ediciones de La Discreta acoge la primera novela, *Más lo siento yo* (2000), que había figurado entre las finalistas de los premios Sésamo y Diana (México) y que hoy sigue reuniendo lectores apasionados en sitios de lectura por suscripción como 24Symbols. Le siguió *Mi querida Don Juan* (Ediciones de la Discreta, 2005), una de las novelas más divertidas publicadas por nuestra editorial y la demostración de que se puede hacer que el lector disfrute con el juego literario. En 2010 y tras años de

elaboración llegó a Prosa Nostra *Tango para un copiloto herido,* su obra con mayor repercusión de ventas y crítica y una novela en la que el autor entremezcla con mano maestra la aventura y la historia de la última mitad del siglo XX. Y ahora nos complace publicar *Escríbeme una foto,* en la que el autor nos deleita de nuevo con el juego literario y su asombrosa riqueza de registros.

Table of Contents